

PUCK

Y EL MISTERIO
DE LAS 60 CORONAS

Sally & Warren



PUCK, Y EL MISTERIO DE LAS SESENTA CORONAS

Por

LISBETH WERNER

Título original danés: PUK'S REDNINGSKORPS — FAR EN MISTANKE

Traducción: Josefina Dalmau.

Cubierta: Badía Camps.

Ilustraciones: R. Cortiella

DÉCIMA EDICIÓN

Depósito Legal: B. 31.716-1988 ISBN 84-310-2147-0



Era la víspera de Año Nuevo. En casa del veterinario Anders Moeller se hallaban reunidos alrededor de la mesa, además del veterinario y su esposa, el ingeniero Wintber, la señorita Ellen Brinck, su novia, y Puck, para quien aquella velada se convertiría en un recuerdo inolvidable.

Por la tarde, mientras ayudaba activamente a la señora Moeller a preparar la mesa, Puck no había dejado de pensar en el inminente

viaje de su padre. Pronto regresaría a Valparaíso, donde construía un puerto. Entre Navidades y Año Nuevo, había estado en Copenhague, junto con Ellen Brinck, para procurarse la documentación necesaria para su matrimonio. Puck pasaba las vacaciones en casa del veterinario Moeller, pero en cuanto se reanudasen las clases se reintegraría al pensionado de Egeborg.

Las vacaciones de Navidad habían sido pródigas en acontecimientos; toda la vida de Puck había cambiado. Después de la muerte de su madre, acaecida unos años antes, Puck, primero, había vivido con su padre en Copenhague. Después, su padre, ingeniero famoso, fue enviado a Chile para dirigir unas grandes obras de construcción y Puck ingresó en el pensionado. Allí encontró un ambiente apacible y armonioso, rodeada por muchos camaradas. El casamiento del señor Winther cambiaría su existencia, pero quería mucho a su nueva madre, su antigua profesora.

Puck miró a su padre, que estaba absorto conversando animadamente con Ellen Brinck. Se le veía tan feliz y despreocupado que parecía un muchacho joven. Puck recordaba haberle visto así, en «los buenos y viejos tiempos» antes del accidente que había costado la vida a la madre de la muchacha. Después, el señor Winther se convirtió en un hombre grave, lleno de dulzura a pesar de su dolor, e infinitamente paciente con su hijita, pero muy enfrascado en su carrera, ya que sin duda el ingeniero esperaba olvidar su pena sumiéndose en un intenso trabajo.

La mirada de Puck se dirigió más lejos, hacia el veterinario Moeller, que precisamente se levantaba para decir unas palabras:

□¡Aquí me veo obligado a pronunciar un discurso! El año viejo se desvanece, el nuevo está franqueando el umbral. A ti, Winther, y a usted señorita Brinck, mucho les aporta. Dentro de unos días serán marido y mujer, y volarán por encima de los mares hacia países lejanos, mientras nosotros tendremos que quedarnos aquí, algo entristecidos. Les echaremos de menos, pero pensaremos con alegría en el día en que ambos volverán para instalarse en Dinamarca. Mientras, les prometemos cuidar de Bente, mejor dicho de Puck, ya que todos la llaman así, y de su perro «Plet» —añadió con una sonrisa—. Pero deseo especialmente felicitaros por vuestra próxima boda. Nos alegramos francamente, Winther, de que hayas

encontrado una mujer tan gentil y simpática, y, permite que añada, ¡tan linda!

El veterinario levantó su copa y todos brindaron. Después se sentó y dijo:

— Y por poco se me olvida una cosa. Puck ha estado mirando con impaciencia las bengalas con sorpresa que hemos comprado esta tarde: ha llegado el momento de encender unas cuantas.

Acercó una cerilla a la mayor de todas: la mecha crepitó, las chispas volaron y veintenas de banderitas se esparcieron por la mesa.

— ¿No es maravilloso? —exclamó Moeller que se inclinó para pescar con el tenedor una banderita caída dentro de su copa de vino tinto—. Esta clase de bromas siempre me han divertido. ¿Recuerdas, Henny, el día en que una bengala prendió fuego en las serpentinatas que adornaban la mesa? Aquel día por poco tenemos que llamar a los bomberos..., lo que no nos impidió seguir encendiendo cohetes la noche de Año Nuevo.

Un poco más tarde, cuando todos se hubieron instalado en el salón para el café, el ingeniero Winther carraspeó y dijo:

□ Ya sabes que no me gusta discursar, pero aún no te he dado las gracias por tus amables palabras para con Ellen y para mí. Sin embargo, ten por seguro que te estoy muy agradecido, aunque no lo pregone en voz alta. Has sido siempre un amigo muy fiel, y como tú, pienso con alegría en el día en que Ellen y yo volveremos para instalarnos definitivamente en Dinamarca, y así tendremos la ocasión de verte más a menudo.

»Nunca podré agradeceros lo bastante la gentileza que habéis tenido con Bente y sus camaradas. Pero hay un problema que me preocupa y que quisiera discutir con vosotros ahora.

«Cuando me marché por primera vez, naturalmente me fue imposible llevarme a Bente, ya que no tenía idea del país en que iba a vivir. No podía llegar a una ciudad desconocida para dedicarme a un trabajo arduo y, al propio tiempo, responsabilizarme de la educación de mi hija. Así, pues, estuve más que contento al poder encontrar un sitio tan agradable como es el pensionado de Egeborg. Pero, naturalmente, no era más que una solución provisional.

— ¿Tienes una idea de lo que durará tu próxima estancia en Valparaíso? — preguntó el veterinario.

Winther hizo una seña negativa.

— Al principio, creí que la estancia sería bastante corta, pero los trabajos fueron más importantes de lo que pensaba y, como todo se hizo muy bien, las autoridades de allí piensan en ciertas ampliaciones.

»No me extrañaría que llegaran nuevos encargos, lo que significaría una ausencia de algunos años más. No sé bien lo que debo hacer. Pero, ya que estamos reunidos y podemos hablar tranquilamente, quisiera consultaros acerca del siguiente problema. ¿Creéis que sería una buena idea llevarme a Bente a Chile? Con mi esposa, Ellen, vamos a fundar poco a poco un verdadero hogar, en el que podré acoger a mi hija.

— Sí, pero ¿y sus estudios? — preguntó la señora Moeller.

□Tengo la intención de matricular a Bente en una escuela americana, lo que ampliará sus conocimientos de idiomas. Y como sea que aún no tiene en mente ninguna carrera determinada, lo que es normal en una muchachita de su edad, algunos años de escolaridad en el extranjero no la perjudicarían. Y de esta forma podríamos vernos todos los días, cosa que he estado deseando desde hace mucho tiempo.

La mirada de Puck iba de unos a otros. Las palabras de su padre le producían gran placer. Era palpitante pensar en la posibilidad de un viaje a Valparaíso. Y sería maravilloso poder ver a su padre todos los días.

Pero...

Sí, por curioso que parezca, había un *pero*. Aunque Puck fuera incapaz de explicar el porqué y el cómo, en ella había algo que se oponía al proyecto de su padre.

El ingeniero Winther miró a su hija:

— Hablamos y tú eres la única que no hace preguntas. ¿Qué opinas de esto, Bente?

Puck se apresuró a contestar:

— Me parece formidable.

Pero en su voz no había mucha convicción. Añadió:

— ¿Cuándo me iría? Quiero decir... Tendré que terminar el año escolar aquí y, además...

El veterinario miró a Puck asombrado.

— ¡A fe mía que no lo entiendo! Esta juventud de hoy día es

verdaderamente razonable. Cuando yo era un muchacho, creo que habría gritado de alegría y me hubiera tirado al agua inmediatamente para atravesar el Atlántico a nado. Pero Puck nos sale con el año escolar... Quizás incluso piensa en su examen. ¡Qué no habría dado yo cuando joven para zafarme de un examen!

Puck esbozó una sonrisa.

— No es esto — dijo —, pero es que en cierta forma me siento comprometida con la escuela. Han sido todos tan buenos para mí que no quisiera desilusionarlos... así, sin motivo.

El ingeniero Winther quiso objetar, pero Ellen Brinck se le adelantó:

□ Comprendo lo que piensa Puck. La situación ha cambiado. Cuando os separasteis por primera vez, la separación os pareció a ambos terriblemente cruel; lo sé porque los dos me lo habéis contado. Después, el tiempo pasó y cada cual ha vivido su vida. Tú, enfrascado en tu trabajo en Chile; Puck por su parte ha estado muy ocupada en la escuela, en la que ha sabido encontrar su sitio. Es muy querida por todos y el pensionado de Egeborg se ha convertido en una parte de su universo. ¿No es así, Puck?

Puck no dijo nada pero hizo una señal afirmativa.

□ Me imagino que te costaría arrancarte de este universo que se ha convertido en tuyo.

Puck hizo de nuevo una señal afirmativa. La mirada interrogante del señor Winther iba de Ellen a Puck.

□ Pero ¿significa esto que prefieres quedarte aquí a marcharte con nosotros? — dijo.

Reinó un denso silencio. Puck miraba a su padre. ¡Le había echado tanto de menos! ¡No había dejado de contar los días que la separaban de su regreso! Sí, y las cartas semanales del señor Winther habían sido su más viva alegría. Había habido momentos en que su desesperación le pareció intolerable. Pero Ellen Brinck tenía razón. Ahora que aquel sueño tan esperado — abandonar el pensionado de Egeborg — se convertía en realidad, que bastaba con tender la mano para alcanzar su dicha, sentía que le sería difícil hacerlo sin hacer trizas algo que tenía un gran valor.

□ No lo sé, papá — dijo suavemente —. No creo que podamos tomar una decisión tan aprisa.

Él sonrió. La comprendía. Su padre siempre comprendía.

□No, no vamos a tomar una decisión precipitada, Bente □dijo —. Sé de tus preocupaciones y adivino tus sentimientos. Y, además, ya no estamos tan alejados el uno del otro como antes. Aunque yo esté en Valparaíso y tú en Egeborg, cuando Ellen haya creado nuestro hogar, sólo nos separará un sencillo viaje en avión, y en cuanto se te antoje podrás vivir con nosotros..., cosa que algún día será forzosamente posible.

Se levantó, se acercó a Puck y la besó en la mejilla. El veterinario Moeller se sonó estrepitosamente y la señora Moeller dijo, emocionada:

□¡Voy a buscar un poco más de café!

Se dirigió hacia la puerta y el señor Winther dijo:

□¡Bente, ve a ayudar a tía Henny!

□Voy volando —contestó Puck, que salió con la señora Moeller.

El señor Winther la siguió con la mirada. Una amplia sonrisa iluminaba su cara.

□Quizá me permitirán asegurar que no hay otra chica como ella en todo el mundo — dijo —. ¿Comprenden por qué la echo de menos siempre?

□Claro que lo comprendemos —afirmó el veterinario—. ¡Tú no tienes idea de la alegría que nos trae con sus visitas! Es un verdadero rayo de sol.

Hubo un pequeño silencio y el señor Winther, volviéndose hacia Ellen Brinck y el veterinario, dijo con aire pensativo:

□Bente se ha convertido en Puck, esto es lo que no había comprendido. Ya no es la chiquilla que tuve que dejar cuando mi primer viaje a Valparaíso. Pero, decididamente, Puck no vale menos que Bente..., al contrario.

* * *

A mediados de enero, el invierno se instaló definitivamente. Un viento glacial barría el país. La temperatura bajaba cada día más y llegó a los doce y catorce grados bajo cero. Después algunas violentas tormentas de nieve detuvieron la circulación; los trenes quedaron bloqueados por montones de nieve de varios metros. Las carreteras quedaron cortadas. El hielo recubría los fiordos. En los dos lados de Storebelt los coches hacían cola para franquear el estrecho. Pero los «ferry-boats» estaban atestados. A veces se tardaban horas en ir de una isla a otra.

El pensionado de Egeborg quedó incomunicado del mundo durante varios días, rodeado por un espeso cinturón blanco. El lago de Ege, completamente helado, estaba recubierto por una espesa capa de nieve que no dejaba patinar a los niños.



Sin embargo, el invierno llenaba de una alegría incontenible a los alumnos de Egeborg. Las reservas de la escuela eran suficientes. La señora Frank era una ama de casa sin par, y su mano derecha, la cocinera Thora, no se preocupaba por lo que ella calificaba desenfadadamente de «un poco de nieve». Cuando el pan se terminaba, lo hacía ella misma. Si ya no quedaba carne, inventaba unos deliciosos menús vegetarianos que encantaban a todos los alumnos.

El director Frank, por lo contrario, se sintió un tanto desamparado por aquella caída de nieve tan abundante. A la hora del desayuno anunció que, siendo el tiempo verdaderamente excepcional para quedarse tranquilamente en las clases, les concedía un día de asueto.

El grito de alegría que su anuncio provocó casi hizo tambalearse el techo de la escuela. Los alumnos salieron corriendo para buscar sus esquís o sus trineos, y poco después el parque aparecía transformado en un campo de deportes de invierno. Los profesores no se sintieron menos felices que sus alumnos. Y la sensación de estar incomunicados del mundo daba a aquella jornada de libertad un ambiente particularmente romántico.

Para Puck, aquellas últimas semanas representaban una lenta readaptación a la vida cotidiana. A principios de año, su padre y Ellen Brinck contrajeron matrimonio en Copenhague, Puck tomó

parte en el almuerzo, que tuvo lugar en un hotel. La misma noche, con los señores de Moeller, acompañó a su padre y a su madrastra al aeropuerto, donde los recién casados emprendieron vuelo hacia América del Sur.

A la vuelta, el señor Moeller dejó a Puck en el pensionado de Egeborg.

Ahora su trabajo y sus juegos con sus camaradas la distraían por completo. Añoraba a su padre, claro está, pero la idea de que estaba formando un nuevo hogar la llenaba de alegría.

Sin embargo, Puck estaba apenada por la marcha de Ellen Brinck, y también por la de otra profesora joven, Benedikte Holm, que se había casado con el profesor de Letras Erling Holst. Benedikte Holm no sólo había sido una excelente camarada, sino que sus clases de danés eran de una calidad excepcional, mientras que con Grethe Kragh, que la sustituía, las clases habían perdido todo su encanto. Nadie recordaba haber visto sonreír a la señorita Kragh.

Era una mujer grave y su boca tenía una expresión amarga, casi dura. Con su pelo corto, su eterno traje sastre de lana, sus zapatos de gruesas suelas y sus molestos lentes de concha, parecía muy poco humana. Alboroto no tardó en apodarla «el Buitre».

Hubiera sido difícil encontrar un solo alumno que apreciara realmente a la señorita Kragh. Por lo demás, daba la sensación de que aún hubiera sido más difícil, por no decir imposible, encontrar un solo alumno al que ella apreciara. Y, por alguna razón desconocida, Puck parecía ser el miembro de la escuela que más le disgustaba. ¿Sería quizá porque Puck fue la primera discípula a la que tuvo que reprender seriamente?

Durante una lección en la cual Puck estuvo distraída, la expulsó de la clase, castigo muy grave que nunca se empleaba en Egeborg.

Naturalmente, Puck y sus camaradas ignoraban lo que se había dicho en la reunión de profesores, pero el asunto fue discutido en el «Trébol de Cuatro Hojas», la habitación que compartía Puck con sus amigas Navio, Karen e Inger.

Inger estaba convencida de que los colegas de la señorita Kragh le habían aconsejado no recurrir de nuevo a tal medio.

— En otros términos; ello significa — añadió Inger — que la señorita Kragh ha tenido un fracaso del cual, en parte, eres tú la

responsable, lo que explica su rencor.

Inger, la muchachita apacible de ojos color castaño, llenos de dulzura, que sonreía sólo cuando venía al caso, pero con mucho encanto, era desde luego la que mejor comprendía a los seres humanos y la que reflexionaba con más madurez.

Navio, o Lise Sommer, no había profundizado en absoluto en el asunto, pero se contentó con afirmar:

— ¡Es una historia sin pies ni cabeza! Sólo sé una cosa, que «el Buitre» se está agriando cada día más! ¡Si pudiéramos librarnos lo antes posible de ella!

Sí... Si pudieran... Puck había tenido la misma idea. Sus relaciones con Grethe Kragh presentaban un mal cariz. Después Puck recordó algunas conversaciones que había tenido no hacía mucho con la señora Frank.

La joven señora le había dicho que el comportamiento de la gente solía responder muchas veces a razones secretas; que si ciertas personas son malcaradas, se debe muchas veces a penas o preocupaciones ocultas. Puck reflexionó largamente sobre el particular y comprendía cada vez mejor que había que ser prudente y no juzgar temerariamente a nadie, por extraña y desagradable que fuera su conducta.

Pero en el caso de Grethe Kragh resultaba verdaderamente difícil atenerse a tan bellos principios, tanto más que la señorita Kragh parecía haber elegido a Puck como cabeza de turco.

Durante aquel día de asueto excepcional que el director había concedido a causa de la nieve, los profesores y alumnos se reunieron alegremente en el parque del pensionado, pero la señorita Kragh no formó parte de la alegre pandilla.

Parecía lo más natural del mundo ver al director y a su mujer, con los esquís puestos, bajar hacia el lago y encabezar pronto a todo el grupo. El profesor de cultura física, el señor Strandvold, organizó después una batalla con bolas de nieve con algunos alumnos mayores. Y la señorita Holm, «capitana del pasillo» donde se encontraba «El Trébol de Cuatro Hojas», tiraba de un trineo para pasear a los más pequeños, que se divertían a lo grande. Incluso la profesora de trabajos prácticos se paseaba con pasos prudentes por el parque. Nadie esperaba que tomara parte activa de una forma u otra en los placeres de la nieve, pero estaba presente, feliz al ver la

alegría de los demás. Toda la escuela estaba allí; toda, menos Grethe Kragh.



— Me pregunto dónde se esconde «el Buitre» — dijo Navio—. No la he visto en el parque, y, sin embargo, debe de ser una buena deportista.

— No ha salido en absoluto —contestó Inger—. He oído como el director la invitaba a reunirse con nosotros, pero contestó que tenía que corregir unas composiciones.

— No me extraña — murmuró Puck.

— ¡Es demasiado seria! — dijo Navio.

— Quizá su vida no es divertida —dijo Puck—. Quizás hay algo que la atormenta.

— ¡Bah! — dijo Navio —. Mejor diría que es ella quien nos atormenta a nosotras. No penséis más en esa botella de vinagre. ¡Vamos!

Navio se deslizó con sus esquíes, ligera y deportiva, y sus camaradas la siguieron con la mirada.

Pero Puck, que carecía de la despreocupación de Navio, no podía dejar de pensar que quizá la señorita Kragh tenía algún problema que la consumía y que era la causa de su mal humor.

Si en aquel mismo momento hubiera podido ver al «Halcón», sus sospechas se hubieran confirmado. Sentada delante de la ventana de su habitación, con la cara pálida y grave, la señorita Kragh miraba el bello paisaje. Del parque le llegaban las risas alegres y los gritos de los que se divertían con la nieve. Pero la señorita Kragh era la imagen misma de la más sombría melancolía. Sus labios temblaban ligeramente y las lágrimas brillaban en sus ojos. Tenía en la mano una carta que acababa de leer y cuyo contenido no conocía nadie más que ella.



Una nueva nevada durante la noche transformó los alrededores del lago Ege en un paisaje de ensueño. Todo aparecía blanco, el lago semejaba una inmensa llanura blanca, y los árboles se doblaban bajo el peso de la nieve acumulada.

Cuando el director bajó a desayunar se dio cuenta de la impaciencia que llenaba la sala. Cada vez que levantaba los ojos de su plato se encontraba con miradas interrogantes. Finalmente tuvo lástima de los niños que estaban sobre ascuas; se levantó y dijo:

— Sí, ya sé en lo que todos estáis pensando, y adivino que, si ayer os hubiera sido difícil concentraros en vuestras lecciones, hoy os resultaría totalmente imposible. Por lo tanto, os concedo otro día de asueto. Pero si entre vosotros hay algunos que os cansáis de los esquíes y de los trineos, y entonces pensáis con alguna simpatía en las ocupaciones que generalmente tienen lugar dentro de la escuela, tened la bondad de recordar que existen libros de clase y que no está prohibido que les echéis un vistazo.

Se levantó un clamor de entusiasmo, y a los pocos segundos la sala estaba vacía. Todos los alumnos ya estaban en marcha hacia sus habitaciones para cambiarse de ropa. Unos minutos después, los deportistas más encarnizados jugaban con la nieve frente al edificio principal.

Puck, aquel día, como el anterior, quería irse a esquiar, pero Annelise la detuvo en la escalera.

— Oye —le dijo—. Me parece que tengo una gran idea. Tenemos un trineo pequeño en la Gran Granja. El año pasado lo utilizamos. Me pregunto si podríamos sacarlo y engancharle un caballo.

— Este proyecto me parece apasionante — dijo Puck.

— Voy a telefonear a papá y se lo preguntaré. — Annelise ardía de impaciencia—. ¡Sube a vestirme, mientras!

Puck bajó un momento después vestida para esquiar, y encontró a Annelise en el vestíbulo.

— Papá está de acuerdo — dijo —. Se trata de ir lo antes posible a la Gran Granja. Me pregunto cómo podremos atravesar todos estos montones de nieve.

Estaban tan excitadas con la idea de aquel paseo, que se olvidaron de pedir permiso para salir de los límites de la escuela. Se pusieron en camino, chapoteando en la nieve, pasaron por delante de los invernaderos y tomaron el camino de Oesterby. Fue un paseo cansado, pero las chiquillas estaban de buen humor y se regocijaron pensando en su proyecto. Cuando tuvieron la Gran Granja a la vista, la señora Dreyer salió a su encuentro y les dijo:

— ¿No creéis que hubiera sido mejor enganchar el caballo al trineo grande y que alguien lo condujera? ¿Creéis de veras que os las arreglaréis con este pequeño trineo?

— Claro, mamá — respondió Annelise —. Con la condición de enganchar un caballo muy manso.

— ¿En qué caballo piensas? — preguntó la señora Dreyer.

— En «Príncipe».

— Sí, con «Príncipe» no corréis peligro —reconoció la señora Dreyer—. Es muy dócil y se puede confiar en él. Pero prometedme que el paseo no será muy largo.

Las chiquillas ya estaban camino del establo. La señora Dreyer las siguió con la mirada y sonrió ligeramente sacudiendo la cabeza. Después entró en la casa.

Llegadas a los establos, las muchachas encontraron un mozo. Annelise le rogó las ayudara a sacar el pequeño trineo y a enganchar a «Príncipe». El mozo de cuadra contestó:

— Encantado de ayudarla, Annelise, pero, en cuanto a «Príncipe», tiene una pata herida. No creo que sea posible utilizarlo. Annelise hizo una mueca.

— ¿Qué hacer, entonces? —preguntó—. ¿Qué caballo podemos tomar?

— Es mejor que lo hable con su padre — dijo el mozo.

— ¿Y «Pluto»? ¿Qué piensa de «Pluto»? —preguntó Annelise—. ¿Por qué no «Pluto»?

«Pluto» era un caballo nuevo, comprado el otoño anterior.

— Me pregunto si conseguirán dominarlo — dijo el joven, vacilando—. «Pluto» no es fácil de manejar..., tiene sus caprichos...

□Sí —contestó Annelise—. Pero también hay un límite para un caballo hundido hasta el vientre en la nieve, por más cabriolas que quiera hacer. Sea amable y engánchelo para que podamos salir en seguida; ya llevamos mucho retraso.

El mozo se encogió de hombros.

— Bueno, yo ya le he avisado. Pero no dejo de creer que sería una buena idea que lo hablara con su padre. Vaya a preguntárselo. Está en su despacho.

— ¡Bien! Allá voy — dijo Annelise, y echó a correr.

Mientras, Puck y el mozo sacaron el pequeño trineo del cobertizo y engancharon a «Pluto».

Annelise volvía corriendo. Puck se tranquilizó; su amiga tenía el permiso deseado porque parecía muy alegre y en forma. Dijo:

— Tú colócate delante, Puck. Yo me pondré detrás para conducir el caballo.

Puck se instaló, Annelise tomó las riendas y se puso de pie tras ella. Chasqueó el látigo, y «Pluto» salió del patio al trote.

Resultaba maravilloso volar sobre la nieve. Puck sentía como el aire helado le azotaba la cara. Por todos lados, su mirada alcanzaba la extensión de un blanco paisaje de gran belleza. Annelise tomó hacia el oeste, en dirección al bosque. Las dos muchachas estaban radiantes. Ya habían pasado la casa del guarda forestal y se dirigían hacia el norte, bordeando el lago, cuando Puck exclamó de repente:

— ¡Dios mío! ¡Nos hemos olvidado de pedir permiso en la escuela! Hay que dar media vuelta en seguida.

Pero Annelise tenía un día de excitada animación, y en aquellos momentos nadie en la tierra hubiera podido hacerla entrar en razón.

— ¡Nunca en la vida! — exclamó —. Además, no tardaremos mucho en volver.

Hizo chasquear el látigo y «Pluto» aceleró más la marcha.

— ¡Parece mentira la fuerza que puede tener este caballo! — exclamó apretando los dientes.



— ¿Estás cansada? ¿Quieres que tome las riendas? —preguntó Puck.

— ¡Ni hablar! Ya me las arreglo. Pero ¡este caballo es bastante fogoso!

Siguieron un rato en silencio. Puck pensaba en la aventura que estaban corriendo. De repente, dijo:

— Ya que es algo fogoso, y me doy cuenta de que lo es bastante, me extraña que tu padre nos haya permitido tomarlo.

Annelise no contestó de inmediato y Puck tuvo una terrible sospecha.

— Dime una cosa —preguntó—. ¿De veras se lo has preguntado a tu padre?

Hizo un esfuerzo para volverse hacia atrás y mirar a la cara a su amiga. Annelise tenía un aire burlón y Puck casi se quedó sin aliento.

— ¿Tu padre no..., no te ha dado permiso?

Annelise contestó:

— ¡No estaba en el despacho! ¡Y no podía esperarle todo el día! No seas tan cobardica.

Como para demostrar mejor que dominaba la situación, hizo chasquear de nuevo vigorosamente el látigo. «Pluto» dio un salto hacia adelante. Su velocidad iba acrecentándose.

El ligero trineo oscilaba peligrosamente. Puck se agarraba con las dos manos para no caerse. No estaba lejos del suelo y si caía no se haría mucho daño. Pero aquella velocidad endiablada había hecho perder el encanto del paseo. Parecía como si el caballo, por su fuerza y temperamento, dominara la situación.

Annelise no decía nada. Puck comprobó que la velocidad iba en aumento. Las riendas transmiten al caballo las órdenes del que lo conduce o cabalga, y además le permiten notar la calidad de quien le dirige. Por eso «Pluto», que no dudaba en absoluto de la incapacidad de la conductora, sentía un súbito deseo de total independencia.

— ¡Es mejor frenar! —gritó Puck—. ¡Deberías detenerle un momento!

— ¿Para qué? —murmuró a sus espaldas Annelise—. Esto va..., va muy bien.

— Tendrías que aminorar la marcha —insistió Puck—. Si se desboca, ¿cómo podremos detenerlo?

— No hay por qué tener miedo —aseguró Annelise, con una voz no del todo firme.

Conducir en pleno bosque tenía sus peligros. Necesitaba un completo dominio del caballo. Un gesto demasiado brusco podía proyectar el ligero vehículo contra el tronco de un árbol, lo que significaría una muerte segura para las dos amigas.

— ¡Para, Annelise! —repitió, vehemente, Puck—. ¡Páralo antes de que sea demasiado tarde!

Toda aquella escena no había durado más que unos minutos. La obstinación de Annelise se debía sobre todo a su sentimiento de culpabilidad, que la obligaba a querer demostrar que aún era dueña de la situación. ¡Tremendo error! Había perdido el control del caballo, que en aquel momento brincó hacia adelante, aumentando aún más su velocidad. El trineo bailaba de nuevo. «Pluto» se había desbocado, de tal forma, que incluso a un hombre fuerte le hubiera costado lo suyo dominarlo.

En vista de ello Puck ya no dijo nada más. Comprendía que la menor palabra sólo aumentaría el nerviosismo de Annelise. Y, de momento, ésta necesitaba toda su firmeza. Puck se limitó a agarrarse con más fuerza aún, pero se sentía completamente desamparada.

El trineo rozó varias veces los troncos de las hayas. Pero las muchachitas ya se acercaban al terreno despejado que rodeaba los pantanos y, cuando pudieran alcanzar aquella zona llana y descubierta, Annelise haría dar vueltas al caballo para fatigarlo.

A pesar de todo, Puck no pudo dejar de sentir cierta admiración

por Annelise. Claro que había acumulado las tonterías, pero, en pleno peligro, se mostraba por su valentía a la altura de la situación. Naturalmente, había hecho muy mal al tomar aquel caballo sin el permiso paterno, tanto más que el mozo del establo ya la había avisado. Sin embargo, en el momento en que rozó el accidente, Annelise demostró un notable espíritu de decisión.



Una vez fuera del bosque, tiró, primero suavemente, y después con más fuerza, de la rienda derecha, y consiguió que el caballo diera vueltas. Puck dio un suspiro de alivio.

Poco a poco, el caballo fue dándose por vencido. Puck, que no podía más, se secó la frente y dijo:

— ¡Al fin! ¡Vaya peligro hemos corrido!

Annelise no contestó nada. Puck siguió sentada y el caballo, después de reducir cada vez más su marcha, se detuvo. Puck bajó de un brinco. Annelise seguía de pie, manteniendo las riendas. Puck se dio cuenta de que estaba completamente agotada. Le corrían las lágrimas por las mejillas y aún estaba presa de la excitación y del susto.

— ¡Vamos, vamos! — dijo Puck para calmarla —. Todo está solucionado ahora. Harías bien tomando mi sitio. Después regresaremos tranquilamente al paso.

— Pero ¿por qué haré cosas así? —gimió Annelise, mientras Puck la cubría con una manta—. ¡He hecho muy mal, y también he obrado mal para contigo!

— ¡Bah! — dijo Puck, esforzándose en sonreír —. Otra aventura más en nuestro haber. Pero ¿no te parece que deberíamos regresar cuanto antes?

Una ligera sonrisa se dibujó también en la cara de Annelise.

— ¡Pero no demasiado aprisa! —dijo—. Por lo menos, prométeme esto.

— ¡Prometido! — respondió Puck.

Tomó las riendas y subió a la parte trasera, luego entraron de nuevo en el bosque. «Pluto» estaba manso como un cordero y Puck le guiaba serenamente. Ya no había razón alguna para tener miedo.

* * *

Durante su trayecto a lo largo del lago de Ege, las muchachitas hablaron poco: la aventura las había dejado un tanto avergonzadas. Aquella carrera loca a través del bosque había representado un peligro real, y si habían escapado al accidente no se debía tan solo a que Annelise entendía de caballos, sino a que habían tenido una suerte increíble.

De camino hacia la Gran Granja, pasaron ante el portal de la escuela, donde Karen, plantada a un lado del camino, parecía aguardar. Puck detuvo a «Pluto». Karen, que llevaba sus esquíes puestos, se acercó rápidamente.

— ¡La situación está muy mal! — dijo—. Os están buscando por todas partes. ¿Por qué no avisasteis antes de salir?

— ¡Nos han buscado! ¿Por qué?

Puck empezaba a sentirse preocupada.

— Veréis lo que ha pasado. A la señora Frank se le ocurrió de repente hacernos entrar a todos para tomar una taza de chocolate caliente. Apenas estuvimos sentados en el comedor cuando se dio cuenta de que habíais desaparecido. En seguida mandaron un grupo a buscaros por el parque, pero al regresar declararon que no os encontraban.

«Entonces el director temió que hubiérais sufrido un accidente y nos mandó a todos para buscaros. Mientras, telefoneó a la Gran Granja para hablar con tu padre, Annelise, y según tengo entendido, el señor Dreyer estaba furioso porque os habíais llevado a «Pluto».

Annelise bajó la cabeza y Puck dijo:

— O sea que nos esperan una serie de reprimendas que ya, ya...

— Es que también es toda una ocurrencia marcharse sin avisar, sabiendo que os hubieran dado permiso en el acto. Vale más que me acompañes en seguida, Puck. Annelise llevará el caballo al establo y vendrá a reunirse con nosotros. Lo peor es que la señorita Kragh estaba de guardia cuando vuestra desaparición, y su dignidad ha sufrido un rudo golpe.

— ¿Su dignidad? Si ella no es responsable de...

— Pues es lo que ella piensa. Estoy segura de que armará la mar

de jaleo. Tanto más porque tú estás mezclada en el asunto, amiga Puck.

Annelise se levantó.

— Es mejor que vuelva sin perder tiempo a la Gran Granja.

Puck y Karen enfilaron la avenida del parque. Al llegar a la escalinata, Puck se sacudió la nieve de los zapatos, subió aprisa al vestíbulo y llamó a la puerta del director. Cuanto antes se explicara, mejor.

El señor Frank estaba leyendo. Levantó los ojos.

— ¡Vaya, por fin estás aquí! Entra y cierra la puerta. ¿Dónde está Annelise?

— Ha ido a la Gran Granja a llevar el trineo.

— Sí, claro, hay que devolver el caballo a su establo.

Se levantó y se acercó a su mesa. Puck permanecía inmóvil desde su entrada en el despacho. El director hojeó unas cuartillas. Parecía no saber por dónde empezar la entrevista. Por fin se volvió hacia ella y le dijo:

— Supongo que es inútil enterarte de que Annelise y tú nos habéis dado un susto de muerte esta tarde. Comprendo que por distracción hayáis olvidado pedir permiso, pero el reglamento de nuestra escuela dice muy expresamente que nadie debe abandonar su terreno sin una previa autorización.

Se detuvo unos momentos, pero Puck no dijo nada. Nada había que decir.

— Me veo en la obligación de castigaros a ambas. Me parece que el castigo adecuado será una suspensión de salidas. He..., ¡hum!..., discutido el problema con la señorita Kragh y estamos de acuerdo en que el castigo debe durar ocho días.

¡Ocho días! ¡Qué duro castigo!

Como si el director hubiera adivinado los pensamientos de la muchachita, prosiguió:

— Quizás encuentres el castigo muy severo, pero así tus camaradas perderán todo deseo de imitaros. Es preciso que se respete el reglamento de la escuela.

Puck oyó cómo se abría una puerta. Instintivamente volvió la cabeza. Era la señora Frank, que llevaba una gran cesta llena de ropa para remendar.

Puck quiso hablar, pero en aquel momento llamaron a la puerta

y entró el señor Stranvold.

— Discúlpeme — dijo —, pero hay varios asuntos que me gustaría discutir con usted, señor director, si es que puede dedicarme unos minutos. Se trata de las reparaciones en la sala de gimnasia, de las que ya hemos hablado. ¿No podríamos bajar a verlo?

— Sí — dijo el señor Frank —. Es importante solucionarlo. En seguida vuelvo.

Golpeó su pipa contra el cenicero para vaciarla y luego se dirigió a Puck.

— Avisa a Annelise de que quiero verla en cuanto esté de vuelta.

Se dirigió a la puerta. Un momento después el señor Strandvold y él atravesaban el vestíbulo. Puck oyó como sus voces se perdían y luego el ruido de cerrarse la puerta de la entrada.

La muchachita no se había movido. No era el castigo lo que la desazonaba; era la sensación de no haber sido tratada con justicia y la idea de que la señorita Kragh buscaba humillarla.

La señora Frank, que se había instalado cerca de la ventana, la miraba y, de repente, le dijo:

— ¿No sería mejor, Puck, que habláramos las dos de lo que te atormenta?

Puck se dio vuelta y encontró una mirada sonriente. La señora Frank era, desde siempre, una amiga fiel y comprensiva.

Su proposición casi le llenó los ojos de lágrimas, pero dijo:

— Se trata únicamente de una suspensión de salidas, para Annelise y para mí, durante ocho días, porque esta tarde nos fuimos sin pedir permiso. Encuentro el castigo muy severo, y esto se debe, sin lugar a dudas, a que la señorita Kragh no me quiere.

— ¿Estás segura? —preguntó muy asombrada la señora Frank.

Puck insistió:

— Le disgusto soberanamente. Ha ocurrido así desde que me vio por primera vez. No consigo comprender qué le habré hecho. Por lo demás, a todos nos es difícil entendernos con la señorita Kragh. Desde que se fue la señorita Holm, las clases de danés no son lo que fueron.

La señora Frank dejó lentamente su cesta. Miró primero por la ventana el paisaje nevado, luego se instaló en un canapé e hizo sentar a Puck a su lado.

— Siéntate aquí, Puck, y hablemos tranquilamente.

Puck le contó todos los problemas que había tenido desde la llegada de la señorita Kragh.

— Sé bien que no somos fáciles en nuestra clase. Sé muy bien que a veces armamos bullicio y que no escuchamos, y comprendo que esto moleste a un profesor. Pero con los otros profesores todo discurre en un ambiente de buen humor. La señorita Kragh es una profesora formidable y aprendemos mucho con sus lecciones. Pero se diría que sólo hace su trabajo porque le pagan, sin que la materia que enseña le interese.

La señora Frank se recostó en el canapé. Encendió un cigarrillo.

— Recuerda que ya hablamos de esto: hay que evitar los juicios prematuros.

— Sí, pero de todas formas hay que comprender — dijo Puck—. Cuando se comprende a la gente no se la juzga. Pero ¿cómo se nos puede exigir que comprendamos a la señorita Kragh? Ni una sola vez ha intentado expansionarse con nosotros, confiar en nosotros, demostrar algo de buen humor. ¡Con ella, todo resulta gris, fastidioso y aburrido!

Puck se enardecía.

— Es difícil emitir un juicio — dijo la señora Frank con cierta vacilación.

□¿No podríamos intentar descubrir la razón por la que se muestra tan huraña? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su historia? Generalmente, estas explicaciones se encuentran en el pasado.

La señora Frank no contestó.

Puck prosiguió:

— ¿Podría hablarme un poco de ella? Quizá después la comprendería algo mejor.

La señora Frank hizo una señal negativa.

— Hay que respetar la vida privada de la gente — dijo — No puedo decirte nada. Nada en absoluto.

Puck se quedó boquiabierto.



Puck estaba sentada en «El Trébol de Cuatro Hojas» y estaba aprendiendo sus lecciones; es decir, se hacía la ilusión de aprenderlas sosteniendo un lápiz en la mano y con un libro abierto ante ella.

Sus ojos, de vez en cuando, recorrían las páginas del libro. Pero Puck se sentía incapaz de concentrar sus pensamientos en la zoología. Desde la conversación que había tenido con el señor Frank, estaba furiosa. Encontraba muy merecida la reprimenda, pero el castigo no le parecía del todo justo.

Sin embargo, no era su entrevista con el director lo que más le preocupaba, sino su breve conversación con la señora Frank. Siempre se habían hablado con el corazón en la mano. Sus relaciones se habían hecho tan íntimas que Puck consideraba a la joven señora un poco como a una hermana mayor. Pero aquella vez, cuando Puck le había formulado las preguntas acerca de la señorita Kragh, la señora Frank había cerrado bruscamente una puerta a las preguntas. Algo había que no quería explicar, algo en el pasado de la profesora que Puck no debía saber. ¿Por qué no quería hablar de ello?

Sentada ante su mesa, Inger escribía a sus padres, y Navio, tendida cuan larga era, leía una revista ilustrada.

De repente, Puck apartó el libro y se recostó en el sillón.

— No — dijo —. Me siento incapaz de concentrarme. Han pasado demasiadas cosas hoy... Demasiadas cosas desagradables.

— ¡Bah! — dijo Navio —. No te vas a morir por no salir durante ocho días. Además no debes olvidar que no tienes razón alguna para quejarte de tu paseo de esta mañana por el bosque. ¡Debió de ser

formidablemente palpitante!

— Un poco demasiado palpitante para mi gusto —murmuró Inger—. ¿Quieres que te ayude en la zoología, Puck? Yo ya he terminado y me lo sé de memoria.

— Sí, gracias, pero más tarde, ahora no —dijo Puck—. No consigo sacarme «el Buitre» de la cabeza. ¿Qué tendrá para que nos acose continuamente? Estoy segura de que, si sólo hubiera intervenido el director en este asunto, me habría dado una seria reprimenda, pero nada más. No puede haber la menor duda; si nos ha castigado tan severamente es porque «el Buitre» lo ha exigido.

Hubo un pequeño silencio. Ninguna de sus amigas tenía ganas de contradecirla. De repente se abrió la puerta y Annelise apareció.

— ¡Hola! — dijo solamente.

— ¡Toma! Ya has vuelto... Nos preguntábamos qué había sido de ti.

— Bueno, he tenido mucho que hacer — dijo Annelise intentando sonreír. Como Puck, parecía visiblemente avergonzada por lo que había ocurrido aquel día—. Vengo de ver al director; por tanto no vale la pena decir nada más...

— En efecto — murmuró Puck —. Me sé la lección de memoria, y precisamente estábamos hablando de «el Buitre». ¡Toda la culpa la tiene ella!

— Sí, desde luego. Pero ¿qué podemos hacer?

Inger dobló su carta y la metió en un sobre.

— Si sois juiciosas, no haréis nada — dijo —. Ni uno solo de nuestros camaradas tendrá en cuenta el castigo que os han impuesto, y si no armáis jaleo, esta historia se habrá olvidado antes de acabar la semana.

— Pero nosotras no la habremos olvidado — dijo Annelise—. Con mayor motivo porque en toda la semana no podremos salir y da la casualidad de que hace muy buen tiempo.

Se sentó en el borde de la cama de Navio y tomó una revista que empezó a hojear. Puck preguntó:

— ¿Qué ha dicho tu padre?

— ¡Ay! — fue la única contestación de Annelise.

— Entonces ¡es que estaba enfadado de veras! ¡Tenía que estarlo para que tu padre te riñera!

— Pues yo encuentro que lleva una temporada en que lo hace

muy a menudo y muy bien —contestó Annelise—. Pero ¿cómo pasaremos la semana? Éste es el problema.

— ¿En qué consiste en realidad una prohibición de salir?

□ Quiere decir —repuso Inger— que no podéis abandonar el terreno de la escuela. Nadie os privará de esquiar o pasear por el parque. Pero no podéis ir a Oesterby ni pasear con trineo por el bosque ni participar en las carreras de fondo a través de los campos. Todo ello no es tan terrible como os parece.

— Es más la sensación de estar castigadas lo que nos molesta —dijo Puck.

Y con ello terminó la conversación.

Un poco más tarde, aquel mismo día, Puck, que bajaba la escalera, se encontró con Alboroto.

— ¡Hola, Puck! —le dijo éste—. ¿Qué me han dicho de ti? ¡Estás hecha una rebelde fuera de la ley!

Puck no pudo evitar sonreírse. Alboroto era irresistible.

— No tengo inconveniente en explicarte el asunto, pero...

Alboroto la atajó con un gesto.

— ¡Me sé la historia de memoria! Corre por toda la escuela, y puedo garantizarte que todos están contra «el Buitre». Pero hay que mirar las cosas de frente: no será ésta la última vez que esa relamida nos creará problemas. Y ahora dejemos eso. Te buscaba porque estamos preparando una batalla de bolas de nieve en el parque, y tú tienes que participar. En nuestro equipo andamos escasos de buenos tiradores.

— ¿Quién forma parte del otro equipo? —preguntó Puck.

— Por una vez. Cavador y yo hemos dejado nuestra alianza. Se ha transformado en enemigo y buen adúlador; se ha aliado con el gordo Svend, porque éste es presidente del consejo de discípulos. Pero no creo que Svend valga un pepino cuando de bolas de nieve se trate. ¡Vamos, tenemos prisa!

— Voy a ponerme el abrigo y vuelvo en seguida —dijo Puck, mientras empezaba a subir los escalones.

¡Fue una lucha memorable! Los dos equipos habían construido unas barricadas, tras las cuales estaban agazapados. Los más jóvenes fabricaban bolas de nieve, que iban amontonando; los que más puntería tenían estaban en la delantera con sus municiones.

Cuando Puck llegó, la batalla estaba en plena acción. Era difícil

adivinar quién ganaría. Los dos equipos permanecían tras sus barricadas y sólo asomaban para disparar; por eso se trataba de apuntar lo mejor posible. Puck se metió de lleno en la refriega. Tenía buena puntería, gracias a su gran experiencia de los juegos de pelota. Cada vez que alcanzaba un blanco se armaba un griterío, en el campo adversario.

Pero si alguien se esperaba que el combate terminara así, se equivocaba mucho. Poco después, los francotiradores se deslizaron más lejos para atacar al enemigo por la espalda. Los primeros fueron rechazados rápidamente, pero otros les reemplazaron y pronto la batalla se desarrolló por casi todo el parque.

El frente adelantaba y retrocedía. A veces llevaba las de ganar el equipo de Alboroto; otras el de Cavadador. Puck y sus camaradas se encarnizaban contra un pequeño grupo dirigido por Svend, que se revelaba mejor combatiente de lo previsto. La patrulla de Puck se mantenía a la defensiva, hostigada por implacables bolas. Entonces Puck, haciendo un esfuerzo desesperado, transformó la derrota inminente en una ofensiva que tendría consecuencias imprevisibles.

Svend y sus camaradas emprendieron la fuga, corriendo sobre la espesa nieve, y se dirigieron hacia el rincón del parque en que estaba el pabellón de los profesores. Puck los perseguía a la cabeza de su tropa. Sus cualidades excepcionales de «tirador» la habían convertido en jefe de su equipo. Sus bolas de nieve caían sobre las cabezas de sus enemigos, pero Svend terminó por encontrar un refugio, tras los arbustos y desde allí organizó el tiro de contención contra las tropas de asalto.

Un consejo de guerra se hizo indispensable. Puck reunió a todo su grupo detrás de unos árboles para discutir la táctica que tenían que adoptar, si querían tomar las últimas posiciones y reducir a la derrota al equipo de Svend.

Decidieron repartirse por el terreno para cercar al enemigo, porque Svend había cometido el error de concentrar sus tropas en un lugar encajonado. La decisión se llevó a la práctica de inmediato. Puck dio un brinco y se alejó deslizándose de un árbol a otro. Sus camaradas hicieron lo mismo y, a una señal convenida, se lanzaron todos gritando y gesticulando, haciendo llover sobre Svend y su pequeño ejército una lluvia de bolas de nieve.

Puck eligió a Svend como víctima personal y le lanzó unas bolas

de nieve que había guardado especialmente para él.

Svend quiso eludirlas. Se dobló en dos con una destreza que, dada su corpulencia, parecía asombrosa. La primera bola le alcanzó, pero la segunda sólo le rozó y fue a estrellarse contra la pared del pabellón de los profesores.

El hecho de haber escapado al proyectil llenó a Svend de valor. Se inclinó hacia delante para hacer una bola de nieve en el instante preciso en que Puck le mandaba una tercera bola. Ésta pasó por encima de la cabeza del grueso muchacho y Puck se quedó sin aliento al darse cuenta del punto que probablemente alcanzaría.

¡Su temor era justificado!

Un crujido de cristales rotos anunció a la muchacha que acababa de romper el de una ventana. Se quedó clavada en su sitio. Como hipnotizada miraba fijamente el agujero producido.

En el mismo momento, una cara apareció tras el orificio. Puck casi se ahogó. La señorita Grethe Kragh la miraba desde su ventana rota.

— ¡Vaya, has sido tú! — fue su único comentario.

Puck no tenía nada que decir. Toda explicación le pareció inútil. El cristal se había roto y nada se podía añadir.

Puck dio un hondo suspiro. No había forma de escapar. La situación era desesperada.

Subió la escalera del pabellón de profesores, sacudió los pies para limpiarlos de la nieve y se refregó cuidadosamente las botas contra la esterilla. Después llamó a la puerta de la señorita Kragh.



— Entra.

Puck entraba en aquella habitación por primera vez. Sin

embargo, se dio cuenta de la semejanza que existía entre la habitación y la que la ocupaba. En las paredes habían cuadros hermosos. El mobiliario y las alfombras eran perfectos. Todo era correcto, limpio y en orden.

Pero faltaba aquel ambiente de intimidad y de calor que hace acogedora una habitación.

La señorita Kragh estaba de pie, de espaldas a la ventana. No se anduvo por las ramas.

— ¿Has roto el cristal adrede? — preguntó.

— ¿Adrede?

¿Cómo podía hacerle una pregunta como aquélla? Naturalmente que nadie rompía adrede un cristal.

— No — contestó Puck —. Fue un accidente. Pero lo siento muchísimo.

— Y con razón —respondió fríamente la señorita Kragh—. Además no tienes derecho a salir. ¿Cómo te atreves a desobedecer?

— Pero... —dijo Puck, que se sentía muy miserable—. Una prohibición de salidas sólo se refiere a no salir de los terrenos de...

— No tienes por qué explicarme el reglamento de la escuela — interrumpió secamente la profesora—. Me lo sé de la A a la Z. Has desobedecido y has roto un cristal. Ya me enteraré más tarde de si dices la verdad cuando pretendes que ha sido un accidente. Uno podría imaginarse que lo has hecho... ¡Hum!... Por otros motivos. — Y añadió—: Ya hablaré de esto al director.

Su tono descartaba cualquier objeción. Además Puck era la culpable. De nuevo había cometido una tontería. Era difícil explicar a la señorita Kragh que no había existido mala intención por su parte. El asunto tenía que seguir su curso.

— Puedes volver a tu habitación —dijo la señorita Kragh.

Una seca señal con la cabeza indicó que la conversación había terminado. Puck se volvió y se dirigió a la puerta.

¡Hubiera podido decir tantas cosas si la señorita Kragh no le hubiera cortado la palabra! Pero, de todas formas, hubiera sido lo mismo que dirigirse a una pared. La señorita Kragh *no quería* comprender.

Puck abrió lentamente la puerta y salió.

* * *

□ No sé si has visto que el librero nos ha mandado un paquete —

dijo la señora Frank a su marido—. Resulta romántico ver llegar el correo en trineo.

Se disponía a correr las cortinas del despacho.

El director no contestó nada. La señora Frank le miró por encima del hombro.

— Te he preguntado si habías abierto el paquete de libros □repiteó—. Estoy segura de que contiene la nueva obra de Hemingway, y quizás incluso las revistas que habías pedido.

— Ya lo he visto — contestó el director —. Lo he abierto. Los libros están en aquel estante.

Sentado ante su mesa, limpiaba su pipa. Su cara estaba seria. La señora Frank le miró preocupada y se dirigió hacia la biblioteca.

— Sí, aquí está — dijo, intentando que su voz pareciera lo más alegre posible—. Me agrada poder leerlo. A ver... Aquí están también los ensayos de Jacob Paludan. ¡Hay que reconocer que no nos faltará lectura para las próximas veladas!

Y como su marido seguía sin contestarle añadió:

— He visto el programa de la radio... Esta noche hay un concierto de Haydn. Y a ti que te gusta tanto Haydn...

Entonces su marido le dirigió una sonrisa, pero sus ojos seguían graves.

— También podríamos invitar a Strandvold y a un cuarto para jugar al bridge —propuso la señora Frank—. Encenderíamos la chimenea y os prepararía un buen «grog» de ron.

No, gracias querida — dijo el director —. Francamente no puedo aceptar ninguna de tus proposiciones, aunque las aprecie y te esté muy agradecido por tu solicitud. Eres una mujer deliciosa. Intentas alegrarme, pero de momento tienes que dejarme con mis ideas sombrías, ¿quieres?

Ella se acercó, se sentó en el brazo del sillón y le dijo suavemente:

— No me gusta verte preocupado. Creo que de nada haces una montaña. Otros directores de escuela se toman las cosas más a la ligera. ¡Y para ti representa tanto cada alumno!...

El señor Frank se encogió de hombros.

— Egeborg no es una escuela como las demás. Si fuera así, bastaría con que reinara la disciplina y que eligiéramos a profesores que supieran hacer de los alumnos unos empollones. El resto no

sería cosa mía. Pero tú y yo estamos aquí para reemplazar a los padres ausentes, lo que, a mis ojos, importa muchísimo más que la gramática alemana. Y como así están las cosas, no puedo evitar preocuparme cuando surge una situación que amenaza con arruinar el ambiente que hemos creado aquí.

— ¿Piensas en la señorita Kragh? —preguntó su mujer.

El director asintió.

— Sí, en ella es en quien pienso. Y me inquieto por Puck. Tú y yo la conocemos y sabemos cuál es su espíritu; pero para Grethe Kragh no es más que una chiquilla indisciplinada, imposible de tratar. Acepté prohibirle las salidas durante ocho días, aunque personalmente encontré el castigo demasiado severo. Pero, al dar a la señorita Kragh una sensación de victoria y de plena reparación, esperaba calmarla e inspirarle sentimientos más amistosos hacia Puck y sus amigas. ¡Por desgracia no creo haber tenido éxito!

— ¿Y por qué razón crees que la señorita Kragh no es benevolente con sus discípulos? —preguntó la señora Frank.

Su marido se encogió de hombros.

No tengo idea. Pero esta noche me ha pedido una entrevista. Se trata de una bola de nieve y de un cristal roto. Y, naturalmente, la culpable es Puck. ¡Cuando interviene la mala suerte, no se sabe nunca adonde pueden llegar las cosas!

— ¿Qué piensas hacer?

El director empezó a rellenar su pipa muy lentamente. Tuvo un ademán de desaliento.

— Lo ignoro.

Su mujer no contestó; se levantó, se instaló en un sillón y tomó un libro. En aquel momento llamaron a la puerta. Grethe Kragh entró.

— Lamento molestarles — dijo.

Su voz era seca. Parecía algo violenta.

— Os dejaré solos —murmuró la señora Frank—. Sé que tenéis que hablar de asuntos.

— No; sobre todo, no se vaya — dijo la señorita Kragh —. Por favor. Simplemente, tenemos que hablar de una alumna y esto también le concierne a usted. Además, no estaré mucho rato. Tengo mucho trabajo que me espera.

Se instaló en el sillón más cercano a la mesa del señor Frank.

— Se trata de nuevo de Bente Winther. No sé qué hacer con ella. Hoy ha tirado una bola de nieve a la ventana de mi cuarto, y me ha roto un cristal.

— Es muy lamentable —dijo el director—. Con el tiempo que hace, no es posible estar con un cristal roto. Espero que haya avisado ya a Thora. Nuestro jardinero Piil se ha convertido en un experto cristallero, gracias a los invernaderos.

— No se trata de eso... He puesto un cartón y la ventana ha quedado tapada. Lo que intento es dominar a esa chiquilla. No comprendo a Bente Winther.

El director se reclinó en su sillón y chupó varias veces su pipa. Luego miró a la señorita Kragh con una leve sonrisa y dijo;

— Pero ¿está usted segura de que haya que *dominar* a esa niña?

La señorita Kragh se sobresaltó.

— ¿Qué quiere decir, señor? —preguntó con tono de sorpresa.

— Quiero decir que no tenemos costumbre de *dominar* a nuestros alumnos en Egeborg. Aquí reina un cierto ambiente, muy definido, fundado en la confianza recíproca entre profesores y alumnos. Como es natural, hay algunos exaltados a los que ayudamos lo mejor que podemos. Pero los niños siguen siendo niños, y no podemos exigirles que piensen como nosotros.

— Sí, pero, cuando yo era niña, por lo menos se exigía una cierta cortesía —dijo la señorita Kragh.

— Nosotros también la exigimos —respondió muy firmemente el director—. No creo que pueda usted decir, después de los pocos meses que ha pasado aquí, que los alumnos, en conjunto, no sean corteses. Pero, como acabo de explicarle a mi mujer, Egeborg no es una escuela en la que simplemente se trata de enseñar. Damos o, mejor dicho, intentamos dar un hogar a niños que se encuentran privados de sus padres, interinamente o para siempre. Es por esta razón por la que Egeborg no puede adoptar del todo la misma forma de disciplina que reina en una escuela del Estado o en una escuela privada.

Los ojos del director no dejaban de mirar a la señorita Kragh mientras pronunciaba aquellas palabras. Estaba empeñado en hacerle comprender el espíritu del pensionado de Egeborg; aprovechaba la ocasión para explicarle lo que deseaba. Pero, por la expresión de la señorita Kragh, se dio cuenta de que no le había

comprendido.

— ¿Quiere usted decir —preguntó ella con voz aguda — que esta escuela no tiene más objetivo que dejar que los alumnos obren a su antojo y traten como les plazca a sus profesores?

La señora Frank dio una mirada rápida a su marido. Se dio cuenta de que éste se violentaba para no contestar secamente. Oyó como carraspeaba, como siempre que quería ganar tiempo en una conversación, y luego dijo:

— No creo que sea necesario, en absoluto, contestar a esta pregunta, señorita. Usted sabe tan bien como yo que deseamos que en esta escuela reinen el orden, la disciplina y la tranquilidad. Pero, ante todo, deseamos crear felicidad. «Felicidad y alegría en la vida cotidiana y en las relaciones entre profesores y alumnos. Conozco lo bastante a Bente Winther para saber que puede crear problemas, como todos los otros alumnos. Pero hay que tratarla, así como a sus camaradas, con un poco de buen humor. Alegrando a los niños se evita que éstos cometan tonterías. ¿Ha intentado ya hacer reír a esos niños, señorita Kragh?

□ Me temo —contestó Grethe Kragh— que esta conversación no nos lleva a ningún sitio. Tiene que perdonarme, señor director por haberle importunado. Pero, antes de retirarme, quisiera hacerle otra pregunta y saber si he interpretado mal el reglamento. Cuando Bente Winther ha roto hoy el cristal, le recordé que tenía prohibidas las salidas; me contestó con impertinencia que dicha prohibición sólo rezaba para las salidas fuera del terreno de la escuela.



— Es cierto que el reglamento sólo menciona la escuela. Nos hemos equivocado al no ser más precisos. En realidad se entiende por escuela los edificios principales, así como el parque. No veo como sería posible encerrar durante ocho días seguidos a dos muchachitas en perfecto estado de salud, sobre todo en esta estación en la que todos rebosan alegría por la nieve.

Grethe Kragh se levantó.

— Comprendo —dijo—. Ya veo que he interpretado mal no

solamente el reglamento de esta escuela sino también las reglas generales de pedagogía. ¡No me queda más que lamentar el haber sido tan estúpida!

La señora Frank se levantó.

— No se vaya ahora — dijo gentilmente —. Vamos a tomar una taza de té.

— No, gracias, *debo* irme — dijo Grethe en tono de amabilidad banal, y no como si acabara de tener una discusión seria con su jefe —. Me están esperando un montón de cuadernos para corregir, porque me figuro que mañana ni se hablará de volver a hacer fiesta... Buenas noches, señora. Buenas noches, señor director.

Ambos la miraron como cerraba la puerta tras ella. El señor Frank seguía muy serio. Después se volvieron el uno hacia el otro.

— Estoy preocupado — dijo.

Su mujer le puso una mano sobre el hombro.

— Preocupado... ¿por Puck?

— Me preocupa aún más la señorita Kragh. ¡Qué cantidad de problemas debe de tener! ¡Está siempre tan triste!... Confiesa que es una lástima.

— Sí — contestó pensativa la señora Frank —. Sobre todo en una muchacha bonita e inteligente como Grethe Kragh, que lo tendría todo para ser una mujer feliz.



— Hoy hablaremos del pretérito y del pluscuamperfecto.

Un silencio excepcional reinaba en la clase, debido sobre todo al desaliento de los alumnos que habían confiado en tener otro día de asueto. La abundante nevada que había caído durante la noche había transformado el parque en un lugar de ensueño. Las ganas de

esquiar o de pasear en trineo o simplemente de pelearse con bolas de nieve les daba cosquilleos en las piernas.

Pero el director anunció brevemente que se reanudaban las clases. Por aquella vez, la libertad se había terminado.

— No podemos seguir divirtiéndonos hasta que la nieve se funda —añadió con una sonrisa—. Nadie sabe cuánto puede durar este invierno; incluso se ha llegado a ver nieve en el mes de mayo.

Aunque se esforzó en adoptar un tono ligero, su anuncio no fue aceptado como él hubiera deseado. Nadie se había enfurruñado, claro. Hubiera sido inadmisibile después de dos días maravillosos. Pero a veces cuesta sobreponerse a una desilusión, y de postre, ¡la jornada empezaba con una lección de lenguas con la señorita Kragh!

— Inger —preguntó la profesora—. ¿Qué puede decirme del pretérito indefinido?

Por toda la clase se percibieron suspiros de alivio, especialmente de donde estaban los chicos. Cuando interrogaban a Inger la primera, todo iba bien. Se sabía la lección: todo el mundo estaba seguro.

Inger empezó:

— En latín, el pretérito indefinido se denomina *perfectum* y es un tiempo compuesto...

La señorita Kragh dio un golpe con el lápiz sobre su pupitre.

— Inger, ¿por qué no te levantas cuando te interrogo?

Inger se ruborizó y se levantó en el acto. Había que tener en cuenta que los alumnos nunca se habían levantado cuando la señorita Holm les interrogaba. Y, hasta la fecha, la señorita Kragh tampoco lo había exigido, pero de repente le había dado aquella idea.

— Perdóneme — murmuró Inger.

Se la veía muy turbada.

— Decías, *perfectum*. ¿Puedes nombrarme también los auxiliares?

Inger tartamudeó un poco:

☐ Es... haber...

☐ ¿No hay otros?

☐ Sí... Ser...

Navio se inclinó hacia Puck y le murmuró:

□ Por suerte, ha recobrado la memoria.

□ ¡Silencio! —ordenó la señorita Kragh—. Puedes sentarle, Inger. ¿Hugo?

Alboroto se levantó.

— ¿Cómo se forma el participio pretérito?

La mirada desamparada de Alboroto iba de unos a otros, pero nadie le socorrió. La señorita Kragh seguía pegando con el lápiz contra el pupitre y eso acababa de desconcertarle.

— El participio pretérito... —dijo—. Se construye... con...

— Se le añade algo, ¿no es esto? —preguntó la señorita Kragh.

— Sí —contestó Alboroto—. Esto es, justamente esto. Se le añade algo... Se le añade...

Su mirada seguía errabunda. Después eligió la solución que resulta más recomendable cuando no se tiene otra a mano. Se arriesgó.

— Se añade una e al radical —dijo.

La señorita Kragh hizo un ademán afirmativo.

— Puedes sentarte.

Alboroto se sentó con la frente húmeda de sudor.

— ¡Bente!

Restalló el nombre como un latigazo. Puck se levantó. El día anterior había leído y releído su gramática, convencida de que el día siguiente sería de prueba para ella, como nunca lo había sido. Creía saber la lección a fondo.

— ¿Cómo se llama el participio pasado en latín? —preguntó la señora Kragh.

— *Perfectum participium* —respondió Puck.

A sus espaldas oyó la voz admirada de Cavador que murmuró:

— ¡Perfecto!

Le costó disimular una sonrisa.

— Aparte de esto, ¿qué puedes decirme sobre el *perfectum participium*? —preguntó la señorita Kragh.

— Se añade una o al radical —dijo Puck—. Se puede decir *dado, ayudado, hablado*.

— No te he pedido ejemplos —interrumpió secamente la señorita Kragh—. ¿Son éstos los únicos sufijos?

Puck reflexionó un momento.

— A veces se encuentran otras desinencias.

— ¿Ejemplos?

Turbada por la actitud y tono de la profesora, Puck de repente fue incapaz de recordar nada.

La señorita Kragh golpeó con más brío con su lápiz.

— Sin embargo, no es muy difícil. ¿Y tú pretendes saberte la lección?

Su tono era sumamente irónico. El ruidito del lápiz ponía más nerviosa aún a Puck. Cerró los ojos para mejor concentrarse.

— La palabra olvidada... El invitado esperado...

Sólo interrumpía el silencio los golpes secos del lápiz sobre la mesa. Alboroto murmuró:

— ¡El cristal roto!

Aquellas palabras no llegaron a oídos de la señorita Kragh, pero sí a los de Puck. Y como la muchachita ya estaba muy nerviosa, no pudo evitar el soltar una carcajada. La señorita Kragh se levantó muy enfadada.

— ¿A qué vienen esas risas? —preguntó—. ¿Crees que voy a tolerar que te burles de mí?

— No me burlo de usted —dijo Puck—; es que... yo...

— ¡Tendrás una mala nota! Primero porque no te sabes la lección, y después porque haces burla cuando se te interroga.

Abrió su carnet de notas. Alboroto se levantó.

□Perdone, señorita, pero ha sido culpa mía.

La señorita Kragh le miró por encima de sus lentes.

□Puedes sentarte, Hugo — dijo secamente.

□Sí, es culpa mía — repitió el muchacho que estaba ya muy serio—. No hay razón alguna para poner una mala nota a Puck porque no la ha merecido.

Puck había permanecido de pie. Observaba atentamente a la señorita Kragh, cuya boca temblaba ligeramente, revelando su agitación interior.

— ¡He dicho que te sientes, Hugo! — repitió secamente.

Alboroto siguió de pie.

— Le ruego que me ponga a mí la mala nota y no a Puck. He sido yo quien la ha hecho reír; ella no tiene la culpa.

— ¡Siéntate!

— Perdóneme — insistió obstinado Alboroto —. Pero debo insistir en que me ponga la mala nota a mí. De no hacerlo, no será

justo.

Puck se volvió hacia él e intentó por señas hacerle comprender que tenía que sentarse y callar. Pero Alboroto estaba encolerizado y nada en el mundo podía ya detenerle.

La señorita Kragh miró titubeando a sus alumnos. Evidentemente, se daba cuenta de que estaba en juego toda su autoridad. Se levantó, cerró su carnet con brusquedad, salió y cerró dando un portazo. Los alumnos oyeron como sus pasos se alejaban por el pasillo. Luego todo fue silencio.

Unos segundos después toda la clase estaba en ebullición. Los alumnos hablaban todos a la vez. Si bien todos opinaban que la señorita Kragh había obrado mal y había sido injusta, los más sensatos reconocían que, a su vez, Alboroto se había pasado de rosca y no podría eludir un severo castigo.

El muchacho permanecía sentado con las mejillas ardiendo. Cavador le dijo:

Eres un héroe, viejo amigo, pero me temo que esta vez el asunto nos costará caro. ¡Qué se le va a hacer! Ya que «el Buitre» se empeña en cebarse contra Puck, me obliga a tomar cartas en el asunto. Soy yo el que ha hecho una tontería y quien debe ser castigado.

— Irá a quejarse al director, no hay duda.

— ¡No le temo a un castigo!

— No es tanto por eso como... —objetó Inger—. Lo siento por el señor Frank..., y en cierto modo también por la señorita Kragh.

— Sí —dijo Navio fogosamente, sacudiendo sus rubios bucles—. Esto tenía que acabar mal. Lo vi desde el principio. ¡La señorita Kragh estaba completamente desquiciada! ¡Este asunto se está convirtiendo en algo muy feo!

Puck no decía palabra. Sentada frente a su pupitre, miraba fijamente ante ella. A decir verdad, no comprendía bien lo ocurrido. Se sabía la lección y, sin embargo, oyó como la señorita Kragh decía que no la había aprendido. ¿Qué había hecho ella para que la señorita Kragh le tuviera tanto rencor?

De repente se abrió la puerta de la clase y apareció el señor Frank. Miró asombrado a su alrededor. Los alumnos regresaron precipitadamente a sus puestos, donde se quedaron totalmente inmóviles.

El director entró en la sala.

— ¿Qué pasa aquí? ¿Quién debería dar la clase?

Inger respondió:

— La señorita Kragh. Es la clase de lenguas.

— ¿Y *dónde* está la señorita Kragh?

— La señorita Kragh se ha ido.

— Bien — fue la única respuesta del director.

Después de otra mirada a los alumnos, se fue hacia la puerta.

— Prometédme que os estaréis quietos hasta la vuelta de la señorita Kragh. Estorbáis las otras clases haciendo ruido.

Con la cabeza les dirigió un saludo breve pero amistoso y salió.

— ¡Esperad a que conozca toda la historia y veréis lo amable que se pondrá! — comentó luego Cavadador.

Pero, al sonar el final de la clase, cuando los alumnos salieron al nevado patio, sin que la profesora hubiera regresado, nadie rogó a Alboroto que fuera al despacho del director. Tuvo lugar una clase, después otra. Y sin novedad alguna. Durante los recreos, los alumnos vieron al director paseando con distintos profesores, pero nadie vio a la señorita Kragh durante la mañana. A la hora del almuerzo entró en el comedor, se sentó, pero no habló con nadie. Todos los alumnos de la clase de Puck la miraban de reojo de vez en cuando, pero ella aparentó no darse cuenta.

Puck acabó por pensar si al final habría decidido echar tierra al asunto. Quizá todo el jaleo terminaría sin más consecuencias.

Cuando se levantaron de la mesa aún faltaban unos diez minutos para que se reanudaran las clases, y Puck entró en el vestíbulo en el mismo momento en que lo hacía el cartero. Éste, después de sacudir la nieve de sus botas, dejó el correo sobre la mesa.

— Ando algo retrasado hoy —le dijo con una sonrisa—, pero cada vez es más difícil circular. Tuve que dejar la bicicleta en casa porque hubiera tenido que llevarla de la mano. Con un tiempo así no sirve para nada. ¿Quieres cuidarte tú misma del correo?

— Sí — contestó Puck —. Yo lo haré.

Pensando que quizás habría alguna carta de su padre, Puck empezó a mirar el montón de cartas, y de repente se detuvo. Veía un sobre largo, amarillo, que parecía provenir de un centro oficial. La dirección que llevaba atrajo su atención:

Señora Grethe Kragh.

Oetbanegade 219 C, Copenhagen Est.

La última raya estaba tachada y en su lugar se leía:

Pensionado de Egeborg, por Oesterby.

La palabra *Señora* era lo que había llamado la atención de Puck. *Señora Grethe Kragh*. La carta provenía del centro de estadísticas de Copenhague.

Puck se quedó parada, con el sobre en la mano, con expresión soñadora. Era raro. En el centro de estadísticas saben bien si una mujer es casada o soltera, y en el sobre ponían señora.

¿Estaría Grethe Kragh realmente casada?

— ¡Bah! —se dijo Puck—. Esto no me importa.

Siguió mirando el montón de cartas, y sí; había una de Valparaíso. ¡Una carta por avión de su padre! En aquel momento, al ver pasar a una alumna mayor, Puck le dijo:

— ¿Quieres cuidarte del correo? Acabo de recibir una carta de mi padre y me queda el tiempo justo para leerla antes de la clase.

Puck miró su reloj. Le quedaban cinco o seis minutos antes de que tocara la campana. O sea, lo bastante para poder leer la carta. Subió las escaleras de cuatro en cuatro, en busca del refugio del «Trébol de Cuatro Hojas».

Las dificultades que había tenido durante los últimos días hacían que lamentara más que nunca el tener tan lejos a su padre. Por ello, ¡qué alegría le causaba tener noticias de él! Su padre escribía unas cartas largas, encantadoras. Al leerlas, Puck tenía la sensación de estar muy cerca de él, de oírle hablar de la apasionante vida en la gran ciudad chilena, de aquella vida en la que quizás ella algún día tomaría parte.

Hasta mucho después, cuando estaba en la clase con sus amigos, no recordó de nuevo el sobre amarillo de la *Señora Grethe Kragh*.

* * *

Bastaba tener un cierto conocimiento del ambiente que reinaba en Egeborg para comprender que los acontecimientos que habían tenido lugar en la clase de Puck iban a fomentar la rebelión entre los alumnos. La clase en cuestión se esperaba una severa reprimenda en el despacho del director, pero la jornada transcurrió sin que sucediera nada.

Todos los alumnos sabían del incidente, que discutían apasionadamente. La señorita Kragh no gozaba de las simpatías

generales y no parecía que todo aquello fuera a mejorar la situación. Una verdadera tempestad parecía cernerse sobre la clase de Puck. Tarde o temprano estallaría. Pero nadie conseguía explicarse por qué la señorita Kragh no había informado aún al director.

La propia Puck estaba harta de aquel asunto. Se preguntaba por qué la señorita Kragh la había tomado con ella, y no podía olvidar la injusticia de que había sido víctima. Al propio tiempo, sus pensamientos daban vueltas alrededor del sobre amarillo. Éste contenía sin duda la clave del enigma que le daría a conocer la verdadera personalidad de la señorita Kragh. Puck era lo bastante sensata como para reconocer que aquella enemistad con su profesora no podía durar indefinidamente.

Puck, gracias a numerosas conversaciones sostenidas con la señora Frank, había aprendido que solamente una auténtica comprensión facilitaba las relaciones entre los seres humanos.

A Puck le hubiera gustado hablarle con el corazón en la mano a la mujer del director, pero su primer intento había fracasado.

Parecía como si la señorita Frank conociera algún secreto concerniente a Grethe Kragh y ¿quién sabía si el secreto era simplemente que su profesora era en efecto la *señora Kragh*? Puck ya había oído comentar que un fracaso matrimonial podía amargar un carácter.

¿Y cómo combatir aquella amargura? Dada la poca simpatía que le profesaba la señorita Kragh, ella era la persona menos indicada para intentar consolarla. Por lo que Puck decidió hablar del asunto seriamente con Inger.

Por suerte encontró a su amiga sola cuando subió al «Trébol de Cuatro Hojas».



Inger no había perdido su inalterable serenidad cuando el relato dramático de la clase de lenguas había corrido por la escuela. Cuando Puck entró le dirigió una de sus sonrisas comprensivas y le dijo:

— ¿Tú también estás cansada de tanto comadreo? Si por lo menos quisieran dejar de hablar de este incidente. Los cotilleos no llevan a ninguna parte.

— No —dijo Puck—. Pero, sin embargo, he venido para hablarte de eso.

Inger apartó sus libros.

— Habla pues. Si esto puede aliviarte...

— Si, precisamente me aliviará.

Y Puck le habló de la carta y de las conclusiones que de ella había sacado. Inger no respondió en seguida. Reflexionó un momento con los ojos cerrados y luego dijo:

— Sí, puede ser que lo que dices tenga algún fundamento... ¿Por qué no vas a hablar con la señora Frank y la pones al corriente? De momento, estamos todos a la espera del informe que la señorita Kragh presentará al director, quien por fuerza tendrá que tomar cartas en el asunto, lo que significará un asunto grave del que todos tendremos que pagar las consecuencias.

»Si hablas ahora con la señora Frank, si le cuentas lo de la clase de lenguas y todo lo demás, por lo menos tendrá nuestra versión de los hechos, y quizá la señora Frank te ayude a reconciliarte con la señorita Kragh. Porque una reconciliación es indispensable.

Al principio, nadie tenía nada contra ella; ha sido su actitud intratable y desagradable lo que ha desencadenado todas las dificultades. Imaginemos que os hacéis amigas gracias a la señora Frank, y quizá todo termine de la mejor forma posible.

Puck dirigió una sonrisa radiante a su amiga.

— Eres verdaderamente maravillosa, Inger, porque siempre conservas la lucidez y la firme esperanza de que todas las cosas acabarán bien.

— En efecto; por regla general, todo suele terminar bien — fue la única respuesta de Inger.

No había razón para demorarlo. Puck bajó en seguida en busca de la señora Frank, a la que encontró en la cocina dando instrucciones a Thora para la cena.

— ¿Quieres hablar conmigo? — preguntó a Puck, que hizo una señal afirmativa.

— Sí, gracias, si tiene tiempo.

— Sí. Dentro de un momento. Me quedan unos detalles que ultimar con Thora. Tenemos que hacer durar las reservas porque no es fácil hacer llegar víveres de Oesterby. Por suerte, el padre de Annelise ha salido con el trineo para conseguir algunas mercancías que necesitamos. Estará de vuelta esta noche, me figuro. Y nos sacará de apuros esta semana. Me da una sensación extraña estar incomunicada del mundo. Hace días que no hemos oído el motor de un coche.

Después de haber despachado con Thora, la mujer del director sonrió alegremente a Puck y le dijo:

— Vamos, querida. ¿Quieres tener una conversación de corazón a corazón?

Puck hizo un ademán afirmativo.

— Entonces, subamos a mi habitación — dijo la señora Frank—. Me parece que mi marido está trabajando en el despacho.

La habitación de costura de la señora Frank, en el primer piso, era una pieza pequeña, agradable y amueblada con sencillez y buen gusto.

— Ven, siéntate en este sillón y cuéntame lo que te ocurre. Supongo que se trata de la señorita Kragh, ¿verdad?

— Sí, eso es —dijo Puck—. No sé muy bien cómo empezar... Puede parecer tonto..., pero me gustaría mucho ser amiga de ella.

— ¿Por qué sería tonto? —preguntó asombrada la señora Frank.

□Sí — dijo Puck —; porque podría parecer que quiero beneficiarme con ello, y no es éste el caso. Usted me aconsejó hace algún tiempo que, ante todo, hay que intentar comprender al prójimo. Y esta enemistad entre la señorita Kragh y la clase no puede eternizarse. Y como yo soy la causa principal, es preciso que intente buscar una solución.

Levantó los ojos, temerosa de que la señora Frank no se burlara a pesar de sus denegaciones. Sus propias palabras se le antojaba a Puck ridículamente solemnes. Pero la esposa del director estaba muy seria. Su mirada azul y clara seguía fija en Puck.

— Sigue — le dijo —. ¿Qué has descubierto?

Puck vaciló un poco y luego se decidió:

— ¿Es verdad que Grethe Kragh está casada?

Entonces la señora Frank pareció francamente asombrada.

— Santo Dios, ¿por qué haces esta pregunta?

— Bueno —repuso Puck—; he visto una carta dirigida a la *señora Grethe Kragh*. Esto me ha hecho pensar que estaba casada o había estado casada, y que el hecho de hacerse llamar señorita se debía quizás a que deseaba olvidar todo lo que podía recordarle su matrimonio. Puede significar también que su secreto sea un divorcio y por esto está tan amargada... Lo que le digo quizá le parecerá tonto, pero he querido hablar de esto con usted. ¿Con quién podría hablarlo sino?

Hubo un pequeño silencio y luego Puck prosiguió:

— Usted, naturalmente, puede contestarme que no es de mi incumbencia, lo que es muy cierto. Pero..., ¿me gustaría tanto encontrar una forma de reconciliarme con mi profesora! Porque no somos únicamente ella y yo las que sufrimos por este malentendido: la clase entera lo sufre.

Actualmente, también hay demasiados comentarios en la escuela acerca de una disputa entre la señorita Kragh y nosotros durante la clase de idiomas. No sé si ha presentado un informe al señor director, pero, sea lo que sea, abandonó la clase y estuvimos esperando en vano su regreso. Como no volvió, tememos lo peor. Ya tengo una suspensión de salidas y, además, tuve la desgracia de romperle un cristal de su ventana. En resumen, el caso me parece desesperado; no sé realmente qué hacer.

Después de explicar sus cuitas, Puck parecía a punto de llorar. Sus ojos brillaban cuando los levantó hacia la señora Frank. La joven señora la miraba sonriente, con ternura.

— No creo que seas del todo sincera cuando dices que parece tonto que me cuentes todo esto. Al contrario, prueba que has usado tu inteligencia y sentido de la observación, lo que demuestra que eres exactamente la muchacha que siempre conocí. Y ahora, quiero contestarte con toda franqueza. Sí; la señorita Kragh, porque exige que ahora se la llame señorita, es casada. Se lleva tan mal con su marido... que se habla de divorcio. Era profesora de una escuela en Copenhague cuando conoció al joven médico con el que se casó. Pero el matrimonio no tuvo éxito. Al cabo de unos años muy penosos los esposos han preferido separarse. Y la señora Kragh se ha

visto en la necesidad de reanudar su trabajo. Puedes imaginar la sensación que tiene de haber fracasado en su vida y no es difícil comprender que esté amargada. Probablemente le ha sido difícil volver a la enseñanza, sobre todo en una escuela como Egeborg, que difiere mucho de las escuelas públicas de Copenhague. El arranque ha sido malo. Quizá no ha sabido a ciencia cierta qué actitud tenía que tomar para con vosotros. Las relaciones me parece que están algo tensas en este momento, pero veremos si podemos encontrar una solución. Sea como sea, buena voluntad no te falta, lo que ya es algo..., ¿y si bajaras a su habitación a disculparte?

Puck miró extrañada a la señora Frank.

— ¿Disculparme? —repitió—. ¿Y de qué?

— Bueno..., por lo que ha ocurrido hoy y por lo del cristal roto y por... ¿Te parece que no le debes ninguna excusa?

— En efecto — reconoció francamente Puck —. Ésta es mi opinión. Ya me disculpé cuando lo del cristal. Claro que no lo hice adrede, pero la señorita Kragh así lo creyó.

Sí, pero ¿y si *de todas formas* fueras a disculparte? Quizás es el gesto que necesita para superar las dificultades actuales. A veces, es preciso dar un poco más de lo necesario para obtener un buen resultado. Claro que todos tememos perder nuestra dignidad, como dicen los chinos. Cultivamos cuidadosamente nuestra dignidad. Pero, atiende; he leído en algún sitio esta bellísima frase que deberíamos meditar: «Ha podido ocurrir que un hombre haya perdido la dignidad pero haya conquistado un corazón, y, en este caso, a pesar de todo, ha hecho un buen negocio.»

Puck no pudo evitar una sonrisa. La señora Frank tenía una manera muy personal de presentar un problema. Todo parecía siempre fácil. ¡Y quizá sí era más fácil de lo que una misma imaginaba!

— ¡De acuerdo! — dijo con tono decidido —. Bajaré a verla.

— ¿Quieres que te acompañe?

— Sí, se lo agradecería — respondió Puck.

La esposa del director se levantó.

Se pusieron los abrigos; estaba nevando y el viento seguía soplando. Chapotearon en la nieve hasta llegar al pabellón de los profesores. Llamaron a la puerta de la señorita Kragh. No hubo respuesta. La señora Frank llamó de nuevo. De la habitación salían

unos sonidos parecidos a quejidos. La señora Frank abrió la puerta y entró. Puck la siguió.

La señorita Kragh estaba sobre la cama, con los ojos cerrados. Tenía la cara contraída por el dolor.

— ¡Señorita Kragh! ¿Qué le ocurre? —preguntó la señora Frank acercándosele.

Puck no oyó la respuesta, pero se dio cuenta de que su profesora tenía mucha fiebre. La señora Frank se volvió hacia Puck y le dijo brevemente:

— ¡Corre a llamar una ambulancia!

— Sí, pero ¿cree usted que la ambulancia podrá llegar con tanta nieve? ¿Qué ocurre?

La señora Frank se expresó con decisión:

La ambulancia *tiene* que llegar, cueste lo que cueste. No hay la menor duda: la señorita Kragh tiene un grave ataque de apendicitis. Ya he visto otros casos similares en mi vida. La profesora tiene que ser trasladada a un hospital con toda urgencia.

Puck corrió hacia el parque. Entró como una tromba en el despacho del director y le puso al corriente en pocas palabras. Éste telefoneó inmediatamente. Después de una breve conversación se volvió hacia Puck:

— ¡Mal asunto! —dijo—. La carretera está despejada, pero el camino que llega hasta ella está impracticable. ¿Qué hacer?

— El padre de Annelise tiene que traernos provisiones en un trineo —se apresuró a contestar Puck—. ¿No podríamos telefonearle para que venga en seguida aquí, en lugar de pasar primero por Oesterby? Abrigaríamos a la señorita Kragh con unas mantas y la transportaríamos hasta la ambulancia. Es la única solución.

— Sí, desde luego —contestó el director—. ¡Buena idea, Puck!

Descolgó el teléfono y llamó a la Gran Granja. Un momento después estaba todo arreglado. El director parecía aliviado y dijo a Puck:

— Dreyer está en camino. Voy a llamar a la ambulancia para decirles que nos reuniremos con ellos en la carretera. Y telefonearé al hospital de Sundkoebing para que tengan dispuesto el quirófano. Vuelve aprisa para avisar a mi mujer.

Puck vaciló un momento.

— Señor — dijo —, ¿me permite ir con el trineo y la

ambulancia? Me gustaría mucho acompañar a la señorita Kragh hasta Sundkoebing.

Se dio cuenta, por la expresión del director, de que éste estaba a punto de decirle que no. Pero cambió de idea. Miró atentamente a Puck, y luego sonrió.

— Sí — dijo —. Me parece que llevas razón.

— ¡Oh, gracias, señor! — exclamó Puck —. Es muy amable de su parte.

□ Es gentil de tu parte —dijo el director, y su sonrisa tenía un fondo de gravedad—. Cuida de ir bien abrigada para que no tengas frío por el camino. Seguramente la señorita Kragh se sentirá feliz de que la acompañes... Sí, estoy seguro...

Observó a Puck un momento. Seguía sonriendo, pero en sus ojos se reflejaba la gravedad.

— Esperemos que todo vaya bien — dijo —. La situación presenta cierto peligro, pero tenemos que ser optimistas.



Seguía nevando y el viento soplaba cada vez más fuerte. La señora Frank dio una mirada por la ventana. Con la ayuda de Puck había envuelto a la señorita Kragh con varias mantas y luego la había tendido sobre una colchoneta de camping que habían subido del despacho del director. Ambas estaban aguardando el trineo.

— ¿Cuánto tiempo necesitaréis, según tú para llegar a la carretera?

— No mucho, me figuro. Probablemente, el señor Dreyer traerá el trineo de tiro, y sus caballos son rápidos y robustos.

Pero parecía que los elementos estuvieran en contra. La tempestad resonaba por todos los rincones del edificio y la nieve

golpeaba las ventanas. Sólo atravesar el parque presentaba ya muchas dificultades. Puck lo había hecho varias veces para ir en busca de cosas indispensables. Sin embargo, no sentía ninguna fatiga; estaba demasiado inquieta.

— ¡Si llegara de una vez el trineo!... —murmuró la señora Frank.

— No puede tardar — dijo Puck —. Estoy segura de que el señor Dreyer reacciona aprisa y sabrá encontrar un camino para llegar hasta aquí. Pero el tiempo corre y pronto será completamente de noche.

Pocas veces se podía ver a la señora Frank tan angustiada, pero la situación era excepcional. Ambas estaban en la habitación del señor Strandvold, acechando la llegada del trineo. La señorita Holst cuidaba de su colega. La enferma tenía fiebre muy alta y se quejaba de fuertes dolores.

— ¿Es peligrosa la apendicitis? —preguntó Puck.

— Sí — contestó la señora Frank —, En ciertos casos, hay que operar con toda urgencia. Me pregunto si habrán avisado al hospital.

— Sí; oí como el director telefoneaba. Habló con el médico de guardia.

— ¿El médico en jefe no estaba?

— No lo creo —dijo Puck—. Me ha parecido comprender que se halla en Copenhague para una consulta, pero supongo que su sustituto será también muy eficiente.

Finalmente vieron acercarse el trineo. Herbert Dreyer no se andaba con miramientos con sus caballos. Con mano firme los condujo directamente hacia el pabellón de los profesores y los detuvo ante la puerta de entrada.

— ¡Bueno! —dijo el señor Strandvold—. Ha llegado el momento de trasladar a la enferma hasta el trineo.

Salían al corredor en el preciso momento en que llegaba el señor Frank. El director aparecía blanco de nieve, de los pies a la cabeza, después de haber corrido tras el trineo.

— Miren —dijo—. El señor Dreyer trae una gran manta forrada de piel de cordero. Es muy caliente. Y aquí van otras mantas. ¿Ya vas bien equipada, Puck, para esta salida?

Ni esperó la respuesta. Ayudado por el señor Strandvold llevó a

la señorita Kragh hasta el trineo, donde la instaló lo más confortablemente que pudo. La tapó y luego le puso la manta de piel de cordero. Iba bien abrigada contra el frío. No tenían más que iniciar la marcha.

Puck llevaba su traje de esquiar, su abrigo grueso de invierno y una bufanda de lana arrollada al cuello. El gorro le tapaba bien las orejas y se puso unos guantes forrados. La señorita Kragh estaba en el asiento trasero y Puck se instaló al fondo. Así no estorbaba y podía ver a la enferma.

— ¡Por fin! ¡En marcha! —exclamó Herbert Dreyer, que también iba abrigado hasta los ojos—. Iremos todo lo aprisa posible y os llamaremos en cuanto lleguemos, Frank. Hasta luego.

Hizo chasquear el látigo. Los caballos atravesaron el parque al trote y enfilaron el camino. Respiraban con dificultad por la tempestad y Puck y el señor Dreyer mantenían los ojos entrecerrados, dejando que la nieve azotara sus caras. El paisaje estaba sumido en la penumbra del atardecer y la visibilidad era casi nula.

Puck se inclinó hacia delante y apretó las mantas contra la señorita Kragh. ¡Con tal de que todo terminara bien!

Los caballos seguían llevando un trote rápido. Herbert Dreyer estaba inclinado hacia delante. Puck no se sentía capaz de imaginar en qué estaría pensando o qué sentía, pero el señor Dreyer le inspiraba confianza. Como cochero, sabía la gravedad de lo que arriesgaban.

Bordearon la plantación del lado sur, pero, como la tempestad venía del este, barría los campos y pantanos, ya nada los protegía contra aquel terrible viento. Puck se arrodilló, de forma que su cara tocaba casi la de Grethe Kragh. La profesora seguía gimiendo. La muchachita notaba su respiración ardiente y se sentía cada vez más inquieta.

Una brusca sacudida hizo tambalear peligrosamente el trineo. Puck miró el paisaje, hasta donde le permitían la penumbra y la tormenta. El suelo estaba completamente recubierto por la nieve. No se podía ver por dónde pasaba el camino, y su único punto de referencia sería la plantación, mientras la tuvieran a la derecha. Pero pronto la dejarían tras ellos, los campos se extenderían al este y oeste, y sería difícil seguir la dirección del camino.

Herbert Dreyer, siempre inmóvil, sostenía las riendas con sus robustas manos. Dejaba que los caballos siguieran al trote; no se podía perder ni un minuto. ¡Estaba en juego una vida humana!

Dejaron la plantación tras ellos. La tempestad azotaba los campos. De vez en cuando pasaban a través de montones de nieve que sacudían el trineo. Imposible distinguir un camino o un sendero. Había que seguir orientándose gracias a las débiles sombras que formaban árboles solitarios o alguna granja aislada. Pero la carretera ya no podía estar muy lejos. La ambulancia les estaría aguardando. Pero ¿podría atravesar las ingentes masas de nieve acumuladas hasta Sundkoebing? Aunque el trineo avanzaba aprisa, Puck tenía la sensación de que se arrastraba como una tortuga.

Tuvieron otra sacudida. El trineo casi se volcó, se enderezó y se inclinó del otro lado. Otra sacudida y se detuvo. Los caballos resoplaban y pateaban. Herbert Dreyer bajó y se hundió en la nieve hasta la cintura.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Puck.

— ¡Hemos perdido el camino! ¡Estamos encajonados en la cuneta! — gritó Herbert Dreyer.

El viento seguía soplando, lanzándoles grandes copos de nieve a la cara.

— ¿En qué puedo ayudarle? — preguntó Puck.

— Intentaré dirigir los caballos por la cabezada. Hay que sacarlos de aquí.

Pero los caballos se agitaban, excitados por la nieve y el viento. Herbert Dreyer consiguió calmarlos un poco, pero los animales no pudieron desatascar el trineo la primera vez que Dreyer les hizo tirar de él.

Puck se inclinó hacia la enferma y le dijo:

— No se preocupe. No pasa nada. Seguiremos de nuevo dentro de un momento.

La señorita Kragh murmuró unas palabras incomprensibles y gimió suavemente. Puck la tapó aún más. Luego se volvió al señor Dreyer!

— ¿No cree que yo debería tomar las riendas?

El señor Dreyer volvió al trineo.

— No, será mejor que lo haga yo. Saldremos de la cuneta. Pero

los caballos están muy excitados. Se están cansando inútilmente tirando sin ton ni son. Tengamos calma y todo se arreglará.

Volvió a sujetar las riendas y tomó el látigo. Un momento después ambos caballos tiraron con fuerza y Puck se dio cuenta, con gran alegría, de que ya estaban de nuevo en el sendero.

— ¡Uf! — dijo el señor Dreyer, instalándose de nuevo en el trineo—. He pasado un mal rato. El sendero no se ve en absoluto.

Entrecerró los ojos, haciendo un esfuerzo para orientarse. A lo lejos vieron brillar una luz.

— ¡Seguro que es la ambulancia! —exclamó el señor Dreyer.

Hizo chasquear el látigo y el trineo siguió adelante. Puck dio un suspiro de alivio. Dentro de un momento estarían en la carretera.

Y así fue, en efecto. Dos camilleros corrieron a través de la nieve. El señor Dreyer condujo el trineo hasta la ambulancia.



Los camilleros levantaron cuidadosamente a la enferma y la depositaron sobre una camilla.

— ¿Creen ustedes que conseguirán atravesar los montones de nieve? — preguntó inquieta Puck.

— Generalmente lo conseguimos. Además, llevamos cadenas en las ruedas. En nuestro equipo de salvamento nunca decimos que *quizá lo hagamos*, sino que *lo haremos*.

— ¿Vienes a la ciudad con nosotros? —preguntó uno de ellos a Puck.

— Ésa es mi intención.

— Pues, siendo así, nos despediremos del señor Dreyer.

Éste seguía con las riendas en las manos.

— Bueno, esta vez pasaré por Oesterby. No me lanzaré a una aventura como ésta por segunda vez.

Se rió y dio una palmada amistosa en la mejilla de Puck.

— ¡Pero lo hemos hecho, chiquilla! Ahora sólo tenéis que llegar rápidamente al hospital.

Puck subió al coche y se sentó al lado de la camilla. Un momento después se dirigían a Sundkoebing. Pero lo peor estaba aún por venir: la operación. Puck se inclinó, alisó las mantas que cubrían a Grethe Kragh y le dijo:

— Llegaremos al hospital dentro de unos momentos.

Su mano rozó la mejilla ardiente de fiebre de Grethe Kragh. La enferma tenía escalofríos. Puck se dio cuenta de que hacía esfuerzos para decirle algo.

— Pronto vamos a llegar — repitió Puck —. Todo irá bien.

— Gracias, Puck...

Sólo fue un murmullo, pero una sonrisa iluminó la cara de la chiquilla. Por primera vez, Grethe Kragh la había llamado Puck.

El conductor de la ambulancia guiaba con gran seguridad. Puck, de repente, tuvo una sensación de fatiga. Ya no le quedaba nada que hacer. A decir verdad, se sentía de más, aunque estaba muy contenta de haber podido hacer el viaje. Pensó: «Con tal de que la operación vaya bien, y que la señorita Kragh se reponga pronto. Se dará cuenta de que su clase sólo desea entenderse bien con ella, y será más indulgente.»

Los faros del coche ya iluminaban las primeras casas de Sundkoebing. La carretera se convirtió en una calle y pronto franquearon el portón del hospital. ¡Habían llegado!

Sacaron la camilla. Los camilleros aguardaban. Puck pudo acompañar a su profesora hasta la recepción, donde se encontraban varias enfermeras. Una de ellas le dijo:

— Será mejor que te quites el abrigo; sin duda necesitas descansar un rato.

— Pero tengo amigos aquí, en la ciudad; puedo ir a su casa.

— Estupendo, pero ¿no crees que antes deberías tomar alguna bebida caliente?

— ¿Cómo encuentran a la señorita Kragh? —preguntó Puck —. La operarán en el acto, ¿verdad?

Dos enfermeras llevaron a la enferma a una cama. Un médico entró en la habitación. Puck no le perdía de vista. El hombre se acercó a la cama y examinó a la enferma. Después se dirigió a la

enfermera y le dio breves instrucciones. Un camillero hizo rodar la cama hasta otra sala. El médico y la enfermera le siguieron. Puck sabía que no podía acompañarles, pero además estaba demasiado cansada para moverse.

¡Realmente, el viaje había sido duro!

Oyó como una enfermera le preguntaba:

— ¿No crees que una taza de chocolate caliente sería una buena idea?

— Sí, gracias — dijo Puck.

Tenía la voz pastosa. ¡La única cosa que necesitaba era dormir!

* * *

Sin embargo, el chocolate caliente obró maravillas. Puck se sintió mucho mejor después de tomarlo, aunque siguiera agotada, pero ya no tenía trío. Se encontraba en la sala de guardia de las enfermeras, que se desvivían por atenderla.

— ¿Cómo está la señorita Kragh? —preguntó a la enfermera que tan gentilmente había cuidado de ella.

— Van a operarla —dijo la enfermera—, pero no te preocupes por nada. Hoy en día, una operación de apendicitis no es nada. Generalmente, todo está terminado en media hora. Dentro de unos días, si no se presenta algún imprevisto, la paciente saldrá del hospital. Claro que después necesitará un período de reposo antes de reanudar su trabajo.

El teléfono sonó. La enfermera habló por él.

— Es para ti — dijo.

— ¿Para mí?

Puck tomó el aparato. Era Herbert Dreyer.

— Puck, sólo quería saber si habíais llegado bien.

— Sí, gracias, todo ha ido bien.

— ¿Y la enferma?

— Van a operarla. Yo iré a casa de mis tíos; ya sabe, el veterinario Moeller. Puedo pasar la noche con ellos.

— Es perfecto —repuso el señor Dreyer—. Bueno, ¡te aseguro que he tenido un viajecito terrible de vuelta! ¡Qué tiempo! Pero nos las hemos arreglado muy bien los dos. Casi tengo ganas de montar una empresa de transportes contigo. ¡Si este tiempo dura, sería muy útil! La llamaríamos «Equipo de Salvamento de Puck», y nuestra especialidad sería transportar a la gente en plenas tempestades de

nieve. ¿No encuentras que es una buena idea y que el nombre suena bien? ¡«El equipo de salvamento de Puck»!

— Poca cosa he hecho — dijo Puck —. Sólo me han dado permiso para ir con usted.

— Pero nadie mejor que tú hubiera velado por la enferma como lo has hecho — afirmó el señor Dreyer.

Algunos minutos después, Puck se encaminó a casa del veterinario Moeller; la tormenta seguía desencadenada y la nieve caía abundante, pero no tenía mucho camino que recorrer. Se subió el cuello del abrigo y apretó el paso. No tardó en llegar ante la puerta del veterinario y tocó el timbre.

El señor Moeller en persona fue a abrirle. Se quedó asombrado al ver a Puck.

— ¡Dios mío!... ¿Qué te ocurre?

Puck respondió simplemente:

— ¿Puedo entrar, tío Anders?

— ¡Vaya pregunta! Mi casa es la tuya.

La señora Moeller llegó a su vez. Ayudó a la chiquilla a quitarse el abrigo, y todos se sentaron en el salón. Puck les contó las horas de angustia que acababa de vivir.

— Voy a llamar al señor Frank para decirle que todo ha ido bien. Tú te quedarás aquí esta noche y mañana no te levantarás hasta muy tarde. Después iremos al hospital a saber cómo sigue la enferma. Quizá te dejarán que la veas un momento.

— Sería maravilloso — dijo Puck.

Se sentía feliz, pero en su vida había tenido tanto sueño. La señora Moeller no tardó en prepararle una cama y en acostarla.

Cayó dormida al momento, sumida en un profundo sueño, y cuando se despertó al día siguiente se asombró al verse en Sundkoebing. Se vistió rápidamente y bajó a reunirse con el veterinario y su mujer que estaban desayunando.

— Estábamos decididos a dejar que durmieras — dijo el veterinario —, pero puesto que te empeñas en reanudar tu actividad, no te lo impediremos. ¿Cómo se encuentra nuestra muchachita esta mañana?

— Perfectamente bien, pero ¡vaya sueño tenía anoche!

— Me debes un par de días de asueto — dijo el veterinario—. Anoche charlé un buen rato con el señor Frank. Es verdaderamente

un hombre muy comprensivo y parece dispuesto a dejarte aquí dos o tres días más para que vayas a ver de vez en cuando a la señorita Kragh. Pero, quizá no te apetezca quedarte...

Puck se rió.

□¿Qué pregunta, tío! — dijo□. No estoy lo bastante loca como para desdeñar algunos días de vacaciones cuando se presenta la ocasión. Pero antes tenemos que averiguar si la señorita Kragh desea recibirme.

Puck atacó su desayuno con un apetito de lobo. El veterinario le dijo:

— He recibido una carta de tu padre.

— Yo también.— dijo Puck.

— Me habla de sus proyectos. Todo parece ir de maravilla y ya les falta poco para tener un hogar instalado en Valparaíso. Él sigue pensando en hacerte ir allí. Me pregunta mi opinión y tengo que escribirle hoy. ¿Por qué no me das tú la respuesta que debo darle? A fin de cuentas, tu opinión es la que cuenta.

Puck no supo qué contestar. Naturalmente, tenía grandes deseos de reunirse con su padre. Le echaba de menos. Pero, por otra parte...

— No sé si mi opinión puede interesarte — dijo el veterinario —, pero, de hecho, creo que no deberías tener prisa en irte a Chile. Tu padre es muy feliz al no estar de nuevo solo y poder empezar otro capítulo de su existencia. Podrá volver a ser de nuevo el hombre hogareño que había sido y empezar a hacer proyectos para el porvenir. Pero yo creo, y me parece que le escribiré en este sentido, que debemos ser razonables y reflexionar bien. Ya lo discutimos la noche de Año Nuevo y encontré muy juicioso tu punto de vista. Te gusta y quieres a tu escuela, y tienes que quedarte para pasar tus exámenes tranquilamente. Mientras, tu padre podrá pensar más claramente en sus proyectos. Podría ser que volvieran a llamarle a Dinamarca para dirigir grandes obras, y en tal caso lamentaríais una decisión precipitada que te habría hecho interrumpir los estudios. Si tú no te opones, se lo escribiré a tu padre, que podrá meditarlo y discutir el asunto con su esposa. ¿Qué te parece?

□Encuentro que tienes toda la razón, tío — dijo Puck —. Quiero quedarme en Egeborg. También tengo muchas ganas de reunirme

con mi padre, pero no me gustaría cambiar de escuela y encontrarme de repente en medio de un grupo de alumnos desconocidos.

— ¡Como siempre, esta chiquilla está llena de sentido común! — exclamó riendo el veterinario.

La señora Moeller añadió, sonriendo:

— Apruebo tu punto de vista, Puck. Y, además, ahora puedo confesártelo, ¡te añoraría terriblemente!

Se levantó de la mesa y dijo:

— Voy a llamar al hospital para preguntar cómo sigue nuestra enferma.

Se fue al despacho del veterinario. Puck y su tío oyeron su voz, pero sin poder distinguir sus palabras. Al cabo de un momento la mujer volvió.

— Hay un médico nuevo de guardia — dijo —. He hablado con él, y me ha dicho que él fue quien la operó anoche, que todo va bien y que la paciente ya no sufre.

— ¿Ha dicho a qué hora podría visitarla? —preguntó Puck, impaciente.

— Sí; cree que podrás pasar a media mañana, pero que no podrás quedarte mucho rato.

Después de una operación, el paciente necesita descanso.

Puck estaba contenta, en parte porque la operación había ido bien, y en parte también porque la visita tenía que ser breve. ¿Qué decir? ¿Y cómo la acogería la señorita Kragh?

La tempestad amainaba y ya no nevaba. Se trabajaba en todas partes para limpiar las calles, y los montones de nieve se apilaban al borde de las aceras. Las modestas casitas de Sundkoebing parecían hacerse más pequeñitas bajo las enormes masas blancas que recubrían los techos.

Había poca circulación. La gente vaciaba cajones de ceniza sobre las aceras para hacerlas menos resbaladizas. Un digno policía se paseaba por la calle principal velando para que todo andara bien.

Puck apretó el paso y llegó al hospital. La gentil enfermera que la atendió la víspera salió a su encuentro y le rogó que esperara en el pasillo. Un joven médico vestido de blanco se le acercó con paso rápido. Puck lo reconoció en el acto, era el médico que el día anterior se había cuidado de la enferma. Se detuvo ante ella.

□Buenos días —le dijo—. ¿Usted es quien acompañó ayer a la señorita Kragh?

Puck se levantó y contestó:

— Sí, yo fui.

El médico le sonrió gentilmente.

— Lo hizo usted todo muy bien. Merece ser felicitada. Si no hubieran llamado urgentemente aquel trineo, y entendí que la iniciativa fue suya, la operación no habría ido tan bien. ¡Llegó justo a tiempo!

Dio una palmada amistosa a Puck y siguió su camino. Aquella escena apenas si duró unos segundos y Puck no tuvo ocasión de preguntarle nada. Sin embargo, le hubiera gustado saber de la señorita Kragh. Quizá no le hubiera querido contestar...

Apareció en el umbral una enfermera. Hizo una seña a Puck y le dijo:

— Puedes entrar. Pero ¡sólo un momento!

Puck entró en la habitación. Sólo había una cama. Los ojos de Grethe Kragh estaban mirando la puerta. Al ver a su alumna sonrió. Puck se acercó a la cama. No tenía idea de lo que había que decir. La operada parecía cansada y muy pálida, pero su sonrisa era cordial.

— Buenos días..Puck — le dijo.

— Buenos días, señorita. He venido a saber cómo sigue.

— Estoy bien — contestó la profesora —. Vaya jaleo, ¿verdad? Y gracias por haberme ayudado.

— Ah — dijo Puck algo turbada —. No fui yo; fue el señor Dreyer quien...

— Pero me acompañaste hasta aquí, y te estoy muy, muy agradecida.

Puck se quedó asombrada. Era una Grethe Kragh desconocida la que descansaba en aquella cama. No sólo su sonrisa, sino hasta su voz eran cálidas, y en sus ojos brillaban una dulzura y cariño que Puck nunca había visto.

«¡Es decididamente bonita!», pensó Puck.

— El director me ha permitido quedarme aquí un par de días para que pueda venir a verla —dijo—. Es decir..., si a usted le gusta.



— ¿Que si me gustaría? Sí, puedes estar segura. De momento tengo que contentarme con transmitir mis mejores recuerdos a todos los habitantes de la escuela, y decirles que estoy bien. En cuanto me lo permitan, llamaré al director para pedirle un mes de vacaciones por enfermedad. Estaré ausente un mes, como mínimo.

La enfermera puso fin a la visita. Grethe Kragh sonrió de nuevo a Puck y ésta le deseó una rápida mejoría. Luego salió al pasillo.

□Es encantador — dijo la enfermera — ver a una muchacha tan amiga de su profesora.

— Sí — dijo Puck sin poder evitar una sonrisa —. En efecto, es encantador.

Durante el almuerzo en casa del veterinario Moeller se habló de la visita de Puck al hospital. La señora Moeller dijo:

— Está muy bien eso. A los operados de apendicitis sólo los tienen unos pocos días en el hospital. Claro que después tienen que hacer una temporada de reposo para estar bien del todo. Una operación siempre es cosa seria. Me pregunto dónde pensará pasar la señorita Kragh su convalecencia.

— Es un problema, en esta situación — dijo el veterinario —. Si no sabe adónde ir, podría venir aquí.

— Sí — dijo la señora Moeller —. Sería bien venida. Tenemos sitio de sobra. Y así no estaría lejos de la escuela.

— Se lo diré mañana, cuando vaya a verla — dijo Puck —. Pero quizá tenga otros proyectos. Debe de tener familia en alguna parte... Pero ¡qué amable es esta invitación por parte de ustedes!

Puck pasó un día maravilloso en Sundkoebing. Después del almuerzo ayudó a la señora Moeller en la cocina, mientras el veterinario iba al matadero. Cuando regresó invitó a Puck a llevarla con él en el coche, mientras hacía sus visitas.

— ¡Por suerte, ya no hay nieve por los caminos, ni alrededor de la ciudad! Lo han limpiado bien y, si quieres, podemos salir en

seguida.

Fueron a distintas granjas de los alrededores de Sundkoebing. En un lugar, el veterinario tuvo que curar a un caballo que se había herido una pata, en otro fue una vaca la que necesitó de sus cuidados. En todas partes se le acogía con gran afecto y bromas amistosas.

Después de la cena, el señor Moeller propuso una sesión de cine y los tres fueron a ver una dinámica película del Oeste. No era una obra de arte, pero la acción tenía suspense y, como dijo el veterinario, mientras haya caballos en una película vale la pena de verla porque, aunque los actores sean malos, los caballos siempre son caballos.

Volvieron a casa, se tomaron una taza de té y se metieron en sus camas. Puck tenía la maravillosa impresión de estar de vacaciones.



— No puedes imaginarte lo feliz que me siento por lo que ha ocurrido — dijo Grethe Kragh.

Puck estaba sentada cerca de su cara. La joven profesora la miró con una sonrisa afectuosa.

— Yo también — dijo Puck —. Todos lamentábamos tanto que..., que...

— No digas más —interrumpió la señorita Kragh—. Sé muy bien a lo que te refieres pero, créeme; yo también lo sentía mucho. Me costó adaptarme a la escuela. Me parece que estaba demasiado nerviosa. Y francamente, os encontré muy revoltosos.

— Pero ahora nos alegraremos todos de su regreso — dijo Puck sonriendo —. Toda la clase le manda afectuosos recuerdos. Estas flores son de todos nosotros.

— Sí, y estoy encantada. Creí que mi estancia en Egeborg era un

fracaso completo, pero, ahora...

Hubo un silencio un tanto violento y Puck se apresuró a tomar la palabra.

— Mis tíos, que viven aquí, el veterinario Moeller y su esposa, me han rogado que le diga que, cuando salga del hospital, sería muy bien recibida en su casa. Mi tía vendrá a verla un día de éstos.

— ¡Cuánta amabilidad por tu parte! — exclamó Grethe Kragh—. ¡Invitar a una persona como yo, a la que no conocen de nada!

La puerta se abrió y entró el joven doctor. Se acercó a la cama y miró a Grethe sonriendo.

— ¡Vaya! Tenemos visita. ¿Todo va bien?

— Sí — contestó ella sonriente —. Todo va muy bien.

El doctor señaló a Puck, preguntando:

— ¿Le has contado que...?

Puck abrió mucho los ojos. ¿Por qué el doctor tuteaba a la señorita Kragh?

— No — dijo ésta —. Aún no.

Puck estaba boquiabierta. El doctor dijo, sonriendo:

— Es verdad que usted ha seguido de cerca los acontecimientos, pero así y todo hay muchas cosas que ignora.

Puck dijo:

— No comprendo...

— No — contestó el médico, riendo —. Esto es precisamente. Pero aún no me he presentado. Usted es Puck, ¿verdad?

— Sí, me llaman Puck, pero mi nombre es Bente Winther.

El doctor le alargó la mano por encima la cama.

— Mi nombre es Joergen Kragh — dijo.

Puck se levantó. Maquinalmente, estrechó la mano del doctor, pero muy asombrada, preguntándose por qué se presentaba y qué...

De repente comprendió.

— ¡No! —exclamó—. ¡No querrá decir que...!

La cara de Grethe resplandecía.

— Así que ¡el doctor es su marido!

La señorita Kragh acabó por preguntar:

— ¿Cómo lo has adivinado tan aprisa?

— Desde hace unos días sabía que no es usted la *señorita* Kragh, sino la *señora* Kragh.

— ¡Vaya! — dijo el médico, riendo —. Los jóvenes son más

perspicaces de lo que solemos creer. En pocas palabras, ya no tenemos secretos para ella, Grethe.

Dio la mano a su esposa.

— Cuéntale el resto.

Grethe Kragh vaciló un momento antes de empezar. Su cara era grave.

Puck la miraba atentamente.

□ Me temo — dijo Grethe lentamente — que tus camaradas y tú habéis sido víctimas de mi mal humor, debido a circunstancias de las cuales no podía hablar con nadie. Cuando llegué a Egeborg temía haber fracasado en mi matrimonio. Mi marido y yo acabábamos de separarnos, esperando, a pesar de todo, poder reanudar nuestra vida en común. Pero estaba desesperada al no tener el hogar con el que había soñado. Hay que reconocer que ignoraba cosas; por ejemplo, el empleo que mi marido tendría aquí. Disputamos y... Ninguno de los dos quería dar el primer paso..., cuando hubiera sido tan fácil reconciliarnos. Si te hablo tan francamente, Puck, es porque de todo esto podemos sacar una lección. Tú y yo también hemos estado enemistadas, pero, gracias a ti, todo terminó. He recibido una larga carta de la señora Frank en la que me pone al corriente de todo. Sé que, cuando fuiste a mi habitación, era para ofrecerme disculpas; sé también que aceptabas hacerlo, aun cuando pensabas que no tenías por qué disculparte, en lo cual tenías toda la razón. Después caí enferma, y tus camaradas y tú hicisteis todo lo posible para cuidarme y traerme aquí, al hospital... ¿Y no es un extraordinario azar que el médico de guardia haya sido precisamente mi marido?

Con los ojos brillantes, Puck miraba a la profesora. Recordaba el día aún reciente en el que se había dado cuenta de que poco le faltaba a la joven para ser una mujer bonita. En realidad, era una cuestión de expresión. Con los ojos radiantes de dicha y sin las arrugas de amargura alrededor de la boca, Grethe Kragh era casi una belleza.

El doctor le dijo:

— No estoy muy seguro de devolveros a vuestra profesora. Creo que mi mujer tendrá bastante trabajo con nuestro hogar. Pero nos quedaremos unos años en Sundkoebing; así que espero veros a menudo a ti y a tus camaradas. Tengo entendido que tienes familia

en la ciudad...

— Sí —dijo Puck—, pero el veterinario Moeller no es pariente: es un amigo de siempre de mi padre; por eso le llamo tío.

— Él y su esposa me han invitado a pasar unos días en su casa, cuando salga del hospital — dijo Grethe.

— ¡Tienes que aceptar esa invitación! — afirmó Joergen Kragh —. Así te tendré cerca de mí y podré ver si te recuperas bien.

Puck se levantó.

— ¡Ya ha pasado la hora de la visita!

Y añadió:

— No diré ni palabra de todo lo que me ha contado.

Grethe Kragh se echó a reír.

— ¡No decir palabra! —protestó—. ¡Muy al contrario! ¡Puedes contárselo a todos los que encuentres en tu camino!

— Bueno, así lo haré — dijo Puck riendo.

Casi bailaba cuando bajó las escaleras del hospital. Una historia que había empezado muy tristemente, con mil problemas, acababa de la mejor manera del mundo. ¡Todo estaba divinamente!

* * *

□ El ejército danés, acantonado cerca de Copenhague, contaba con efectivos netamente superiores. Pero, impresionados por la inesperada llegada de los suecos, los daneses ofrecieron una paz que se concertó en Roskile, en el mes de enero. Dinamarca cedía Skaane, Halland, Blekinge y la isla de Bomholm; Noruega, los feudos de Trondhjem y de Bohus. A pesar de todo, Carlos Gustavo no quedó satisfecho y en el mes de agosto desembarcó en Korsøer con un ejército, sin previa declaración de guerra...

— Hay una cosa que no logro comprender —dijo Navio—. ¿Por qué cuando nos devolvieron la isla de Bornholm no nos devolvieron también Skaane, Halland y Bleking?

— No digas tonterías! — exclamó riendo Inger.

Puck apartó el libro y se apoyó en la silla.

— Si queréis saber mi opinión, lo que más falta me hace en este momento no es Skaane, ni Halland ni Blekinge, ¡sino chocolate con avellanas!

— Ni yo misma hubiera podido expresarme mejor — dijo Karen.

— Y, además — prosiguió Puck —, hoy no encuentro nada interesante en nuestro libro de historia. Hemos terminado con

Leonora Christine, y nos encontramos con que perdemos provincias en favor de un rey sueco que, a pesar de todo, no queda contento. ¿Sabéis que voy a hacer? Me voy a Oesterby a comprar algo bueno. ¿Quién me acompaña?

Navio se levantó de un brinco de la cama en la que estaba recostada.

□ ¡Yo! —exclamó—. No quiero que creas que soy una amiga que te abandona cuando la necesitas. ¿No has hablado de chocolate?

— No; de chocolate de avellanas.

— ¡También me va! —dijo Navio—. A vestirnos rápidamente y nos vamos. ¡Andando, Inger y Karen!

Karen dijo:

— Lo siento, pero me temo que primero he de terminar mis deberes de cálculo, y luego he de copiar una cosa...

— Y yo no puedo ir —dijo Inger—. Tengo montones de deberes que terminar. Además si no me equivoco, vosotras tampoco tenéis tiempo para ir a Oesterby.

— ¡Si siempre tuviéramos que andar con tanta sensatez!...

□ exclamó Puck.

— ... Tendríamos mejores notas —dijo Inger, terminando la frase—. ¿No podríais esperar a que tengamos los deberes y las lecciones terminados?

— Si tengo que esperar tanto, no iré a Oesterby hoy □ declaró Puck con tono categórico —. Tengo necesidad de ir porque mi pobre estómago me reclama chocolate con avellanas. Y no veo por qué un desembarco histórico, que me tiene sin cuidado, tiene que impedírmelo. ¡Vamos, Navio!

— ¡Un momento! Aguardad a que os pueda dar algo de dinero y nos traeréis chocolate para nosotras también — dijo Inger—. Pero si queréis un buen consejo, no estéis mucho tiempo ausentes.

— Iremos en bicicleta.

— ¿Está el camino transitable?

— Así lo creo. La nieve se está fundiendo cada día más, aunque por la noche aún hiela. ¡Oh, cómo me gustaría estar en primavera! Francamente, encuentro que este invierno ya ha durado bastante.

Puck y Navio se pusieron los abrigos y bajaron rápidamente la escalera. Cuando atravesaron el patio, delante del edificio principal se encontraron con Alboroto, que llevaba su bicicleta empujándola

con la mano.

— ¿Adónde vais, pequeñas?

— A Oesterby, a hacer unas cuantas locuras dulces.

— ¡Buena idea! —dijo Alboroto—. ¿Me dejáis que os acompañe?

— ¿Tienes dinero? — preguntó Navio, mirando con escepticismo a Alboroto —. No somos millonarias, y el que aceptemos que nos acompañes no significa necesariamente que hagamos gastos para ti.

— Soy rico —dijo Alboroto riendo—. No temáis, pequeñas. Es que cuando habéis mencionado lo de locuras dulces me han entrado ganas de comer golosinas.

— ¡De acuerdo! — dijo Puck —. Vamos por nuestras bicicletas y estaremos aquí en un momento.

Salieron del portal y se dirigieron hacia la derecha, en dirección a la pequeña ciudad. Una ligera bruma no impedía que el tiempo fuera bueno. Los contornos del paisaje aparecían velados. La nieve aún cubría los campos, pero en ciertos lugares ya se descubría la tierra en tono oscuro.

Era el momento de la estación en que el invierno y la primavera empiezan a juntarse, en que las noches traen heladas y el sol del mediodía el deshielo, en que las ramas empiezan a mostrar signos de esa vida que se anima en los bosques, de la fuerza de la primavera que de la tierra sube a través del tronco y alcanza las ramitas más frágiles. Dentro de poco tiempo, los brotes y retoños anunciarían la hermosa estación.

El invierno se resistía, luchaba por no morir. El viento que azotaba los campos mordía las mejillas y, a veces, atravesaba los abrigos más calientes. Pero era una lucha desesperada.

Pronto la primavera victoriosa reinaría en todo el país.

Alboroto dijo:

— ¿No sería divertido construir una cabaña de nieve? Tenemos el tiempo justo antes del deshielo.

□Sí, en verdad sería divertido —dijo Puck—, pero, por otra parte, los días pasan tan aprisa... Parece como si las horas también se fundieran. Acabamos teniendo tantos deberes y lecciones que casi no nos queda tiempo para jugar.

— Sin embargo, no te pierdes las lecciones de equitación □dijo Alboroto.

— Sí. Pero sólo son dos días por semana. Los días en que tenemos deberes escritos, nunca tengo tiempo de llegarme a la Gran Granja.

— ¡En resumen, que es una tontería! — fue el comentario de Navio.

Puck se rió.

— Si te comprendo bien, Navio, te gustaría hacer reformas. ¿Cuál es tu programa?

— La abolición de todas las escuelas — dijo Alboroto —. ¿No sería una gran idea, Navio?

Navio se echó a reír de buena gana.

— ¡Tanto como eso, no! — dijo —. Pero creo que personalmente exigiría la supresión de trabajo, fuera de las horas de clase. Y ¿por qué no cuatro lecciones de gimnasia por semana, o seis, quizá?

— Y algunas lecciones de remo y natación suplementarias — propuso Alboroto —. ¡Y después un examen de fútbol!

— ¡La de tonterías que estamos diciendo! — dijo Puck riendo —. Pero no niego que son divertidas.

Poco después, los tres amigos llegaban a Oesterby. En seguida fueron a la tienda del pastelero Bose, su proveedor habitual.

— Es cuestión de encontrar al dueño — dijo Navio—. Porque si está su mujer no haremos nada. Es muy tacaña.

Por suerte el pastelero Bose les atendió en persona. Gordo, resoplando, charlando y sonriendo, acogió a los tres amigos y empezaron las compras. Llevaban bastante dinero para comprar chocolate, chiclets, caramelos y regaliz. Y para no irse de vacío, hicieron honor a los mejores pasteles de Bose, antes de salir de la tienda. Una vez en la calle, Navio dijo:

— ¿Regresaremos en seguida o nos vamos a la estación para ver llegar el tren?

— ¡Cuando se trata de divertirse, eres insaciable! — comentó Puck riendo.

— Francamente, en esta ciudad no hay gran cosa...

— Podemos mirar escaparates, pero la verdad es que no hay muchos: dos colmados, una perfumería y una tienda de bicicletas. Claro que la estación siempre es un recurso para distraerse. ¿Qué opinas, Alboroto?... ¡Toma! ¿Dónde se ha metido?

Dieron una mirada a su alrededor y vieron a Alboroto a cierta distancia, hablando con un joven.

— ¿Quién es ese muchacho? — preguntó Navio —. No le había visto nunca.

Puck se encogió de hombros.

— Yo tampoco, pero desde luego Alboroto debe de conocerle. Ya nos lo explicará. Dejemos que charlen tranquilamente; no importa esperarle un poco.

En aquel momento, Alboroto se volvió y se dirigió hacia las dos amigas. El muchacho le siguió. Era alto y bastante guapo, pero llevaba un traje raído. Tendría unos diecisiete o dieciocho años y era una cabeza más alto que Alboroto.

— ¡Mirad, muchachas! —dijo éste—. Oídme. ¡Vaya coincidencia! Al salir de la tienda me he encontrado con mi primo.

Hizo las presentaciones.

— Ésta es Bente Winther, y ésta es Lise Sommer. A la primera la llamamos Puck y a la otra Navio, y éste es mi primo Axel Svendsen.

El muchacho les dio la mano y sonrió a las chicas.

— Yo iba camino del pensionado, pues tenía ganas de ver a Hugo. Hace mucho tiempo que no nos vemos, pero le reconocí inmediatamente.

— Sí... ¿Cuándo nos vimos por última vez? Fue en Copenhague, creo. Y ¿dónde has estado todo este tiempo?

□ Bueno, un poco en todas partes. He tenido diferentes empleos, pero ninguno me ha gustado porque no tenían porvenir. Ahora tengo la intención de encontrar trabajo en una granja. He sido aprendiz en la ciudad, pero no me sienta bien estar todo el día en un taller oscuro y reducido. Estoy seguro de que he nacido para granjero. Quisiera hallar una verdadera granja con mucho trabajo.

Sonrió de nuevo a las muchachas. Su sonrisa era agradable.

— Pero ¿de dónde vienes ahora? —preguntó Alboroto.

— De la ciudad — contestó Axel.

— Y ¿cómo se te ha ocurrido venir precisamente aquí?

— Bueno, es que... Me preguntaba cómo podría conseguir trabajo en el campo. No conozco a nadie a quien pueda preguntárselo. En la ciudad es distinto: se ve un anuncio, se escribe una carta o se habla con el patrón, y en seguida se sabe si el empleo es bueno o malo. Pero en el campo es muy distinto. Si conociera a una sola persona que me pudiera aconsejar o que pudiera darme trabajo...

— Bueno, siempre tenemos al tío Lauritz, que vive cerca de Randres —dijo Alboroto—. Es primo de tu padre y tiene una granja muy grande. ¿Recuerdas nuestras estancias allí?

— Sí — dijo Axel —, naturalmente, ya pensé en el tío Lauritz, pero no tiene nada de divertido pedir ayuda a la familia. Y de repente se me ocurrió que en esta región hay muchas granjas y faltan brazos. Entonces pensé que sería una buena idea pedirte consejo, tú debes de estar enterado de todo eso, ¿verdad?

— Claro — dijo Hugo —. Pero ¿qué dicen tus padres?

— Bueno... —contestó Axel después de un breve silencio—. Tendré que hablarte de esto. Tuve unas pequeñas discusiones con mi familia porque no me gustaba el aprendizaje en la ciudad. Y cuando me vino la idea de trabajar en el campo, pensé que valía más demostrarles que sabía espabilarme y ponerles ante el hecho consumado, en lugar de hablarles de mis proyectos. ¡No te imaginas con qué alegría escribiré a casa para decirles que todo va bien y que por fin he encontrado el sitio ideal para mí!

Puck observaba al muchacho con interés. Su sonrisa, sus ojos castaños y su elocuencia inspiraban simpatía. Pero a pesar de todo pensó que era un tipo raro. Claro que tenía unos años más que todos ellos.



— ¿Ya te has instalado en la posada?

— Sí. Llegué hoy y justamente me dirigía a la escuela para verte.

¿Adónde vais ahora?

— Volvemos a la escuela —dijo Puck—. Tenemos que hacer nuestros deberes.

— ¿Por qué no venís antes a la posada para tomar un refresco?

— No, gracias — dijo Alboroto —. No es posible.

— Nos está prohibido entrar en la posada — explicó Puck— y, en realidad, nunca podemos estar ausentes por mucho rato del pensionado.

— Pero..., ¡Dios mío! ¿Cómo conseguís matar el tiempo?

— ¡Bah! —dijo Puck—. No nos faltan ocupaciones. Primero tenemos nuestro trabajo. Después, siempre hacemos algún deporte. En esta estación hacemos trineo y esquí, cuando el tiempo lo permite, y tenemos concursos de patinaje en el lago. En verano se pueden inventar miles de juegos.

— ¿Me permitiríais esquiar con vosotros un día de éstos? — preguntó Axel.

— Sí... Sí —dijo Alboroto—. Puede ser, si realmente te interesa quedarte aquí.

— ¡Claro que me interesa! —contestó Axel riendo—. Aún no soy un vejestorio. Pero si no podéis tomar un refresco conmigo, me temo que tendremos que separarnos. Te llamaré en la escuela, Hugo. Tengo muchas ganas de charlar un rato contigo; tienes que ayudarme a encontrar trabajo. Lo harás, ¿verdad?

Hugo miró a su primo con admiración. Le halagaba que aquel grandullón le consultara.

— Sí, claro — contestó —. Me encantará hacerlo.

— Entonces ¡hasta muy pronto!

Los tres camaradas volvieron a la escuela y Puck dijo:

— Es un tipo raro tu primo. ¡Imagínate; dejarlo todo plantado para venir a buscar trabajo en el campo! No debe de ser un caso corriente.

— No — dijo Alboroto —. Pero es que Axel nunca ha sido como los demás.

— ¿Su padre es hermano del tuyo?

— Sí...; es decir, hermanastro sólo. No nos hemos visto mucho. El padre de Axel y el mío nunca han sido muy amigos. Me acuerdo de que, cuando éramos pequeños, Axel siempre tenía muchas y buenas ideas, pero que a los mayores no entusiasmaban tanto como

a nosotros. Hacía tiempo que no sabía de él. Es muy amable, y nos hemos reconocido en el acto. ¿Crees que podremos hacer algo por él?

— Bueno — dijo Puck —, siempre podemos preguntárselo a Annelise. Quizá su padre necesite un ayudante. Después está también la Gran Granja del Este. Y Piil, el jardinero, quizá podría emplearlo en los invernaderos. ¡Nos informaremos!



VII

— Señoras y caballeros — dijo el grueso Svend mirando a su alrededor—. ¡Exijo silencio! Tengo que comunicarles una noticia importante.

El ambiente se apaciguó un poco. La discusión había sido más bien tempestuosa; Cavadore y Karen habían disputado por una silla.

— Oigamos qué tiene que decirnos Svend —exclamó Puck—. Ardo de impaciencia por saber qué nos dirá. Acaban de anunciarnos, sin previo aviso, que había reunión. Parece que hay grandes secretos inscritos en el programa. Adelante, Svend. ¿De qué se trata?

Svend se sentó en el borde de la mesa y miró a su auditorio.

— Se trata simplemente de nuestros fondos —dijo—. Me parece que ya es hora de reunir algo más de dinero. Nunca se sabe cuándo se puede necesitar y, además, Frederik nos ha hablado del proyecto

del viaje de este verano. Propongo cambiar un poco los estatutos de la fundación. Por ejemplo, podríamos ayudar a los que no tienen los medios para viajar. De esto quería hablaros esta noche, porque me gustaría saber vuestra opinión.

Todos empezaron a hablar a la vez, gritaron, discutieron y finalmente Cavadore elevó la voz.

— Encuentro la idea excelente — dijo —. Al principio no queríamos que estos fondos fueran muy importantes, pero hemos acabado teniendo una bonita cantidad. ¿No sería razonable que estas reservas se emplearan no solamente para la clase, sino también para los viajes?

□ ¡Sí, sí! — contestaron todos.

— Entonces —terció Svend— por eso sería conveniente procurarnos más dinero, y es sobre este tema que pido vuestros consejos. Ya hemos sido capaces de aumentar nuestros fondos. ¿Por qué no seguir por este camino? Pero ¿por qué medio? Éste es el asunto.

— ¿Está el director al corriente? —preguntó una voz.

Svend sonrió con indulgencia.

— Ya podéis suponer que he hablado con el director antes de reunimos. ¿Tan limitada es vuestra confianza en mis facultades?

— ¡No, no! — gritaron a coro todos los reunidos.

Svend primero quedó sorprendido, luego se echó a reír.

— Gracias por esta declaración. ¿Podemos seguir?

— ¡Sí, sí! — clamó el coro.

— El problema, pues, es éste: ¿qué podemos inventar? Como estamos saliendo de la Cuaresma, podríamos organizar un baile de máscaras, pero el tiempo es espantoso, y nos exponemos a que no venga nadie si las carreteras están bloqueadas por la nieve.

La discusión fue muy animada. Algunas muchachas votaban, a pesar de todo, por el baile, pero los muchachos respondieron que no sacarían gran cosa, que era mejor organizar una gran lotería o una subasta, donde se vendieran toda clase de objetos cómicos.

— Sí, pero ¿quién los comprará? —preguntó Alboroto.

— Tú, entre otros — contestó Svend.

— ¿Yo? ¡Jamás en la vida! —exclamó Alboroto.

Durante cinco minutos se barajaron toda clase de proyectos que fueron rechazados. Lo que a uno le gustaba, el otro lo criticaba

violentamente. Al final, alguien se levantó y se acercó al piano. Era Else, una muchachita delgada, un poco seria, que vivía en la «Habitación de las Retamas» con Annelise, Lilian y Lone.

De pie ante el instrumento, rozó las teclas. Después, de repente, pensó en una melodía y, casi sin saber lo que hacía, se sentó y empezó a tocar. Aquello terminó las discusiones en seco.

Todos miraban hacia el piano, escuchando con atención, mientras Else tocaba. Cuando terminó sonaron muchos aplausos.

Ella se levantó, se ruborizó ligeramente y dijo:

— Disculpadme. No quería estorbaros.

— ¿Estorbarnos? —dijo Puck—. Nada nos gusta tanto como oírte tocar, Else. Quizá sería mejor organizar un concierto; ¿no creéis que nos haría ganar más?

— ¡Ya hemos organizado este tipo de velada!

Desde luego, pero recogimos mucho dinero. Y ¿por qué no podemos ser capaces de organizar un nuevo programa que atraiga a la gente? En las granjas vecinas, e incluso en Oesterby, hay mucha gente a quien les encantaría oír tocar a Else, y quizá también ver a Lilian ejecutando acrobacias ...

— No —dijo Lilian—. Esta vez yo no. Ya estoy demasiado vista.

— Bien — dijo Svend —. Sea la que sea nuestra decisión, podríamos organizar un programa como Puck propone. No nos puede perjudicar y, además...

Entonces llamaron a la puerta.

— ¡No queremos que nos molesten! — dijo Svend con tono irritado—. Tenemos permiso para celebrar esta reunión y deseamos que nos dejen en paz.

La puerta se abrió lentamente y un joven sacó la cabeza.

— Perdonen si soy importuno, pero...

— Estamos celebrando un consejo — dijo Svend —. En este momento no podemos atenderle.

Alboroto se levantó algo violento. El muchacho, que seguía en la puerta, dijo:

— Lo lamento, pero estaba citado con mi primo... Es aquel de allí.

Con el dedo señaló a Alboroto. El gordo Svend no sabía qué actitud tomar. El joven entró decidido, cerró la puerta tras él, se acercó con desenvoltura a la mesa y dio una palmada en el hombro

de su primo.

— Ya te avisé que vendría para hablar contigo —le dijo—. Pero ¿qué ocurre aquí?

Dio una mirada a su alrededor, saludó con la cabeza a Puck y le dijo:

— A ti te vi ayer, ¿no?

Y sin esperar contestación, prosiguió:

— ¡Qué solemnes estáis todos! ¿Se trata de una reunión secreta?

— Sí — repuso Svend, el gordo, haciendo un esfuerzo para aparecer digno—. Éste es el caso, en efecto.

— Entendí que hablabais de una representación — dijo el joven —, y he oído que alguien tocaba el piano. ¿Quién era?

— Else, aquí presente — dijo Alboroto.

— ¡Tocas formidablemente bien! Me gustaría tocar a cuatro manos contigo. ¿Siempre eliges música clásica?

— Sí —dijo Else—. No me gusta mucho la música moderna.

— Es porque no la conoces bien —dijo el joven—. Pero permitidme que me presente; mi nombre es Axel Svendsen, y Hugo es mi primo. Nos encontramos ayer en Oesterby. Veamos — prosiguió, dirigiéndose a Svend—; si queréis organizar una velada, quizá yo pueda ayudaros. Si Else toca un número de música clásica y yo tocara después algo de música moderna, sería bastante divertido, ¿no creéis?

Sin esperar a que le contestaran, se acercó al piano. El grueso Svend hizo un ademán brusco como para detenerle, pero fue en vano. Axel se sentó delante del instrumento, se frotó las manos para calentárselas y luego empezó a tocar una pieza de «jazz» muy conocida.

Los auditores, que se esperaban una música estridente, quedaron sorprendidos. Tocó con una suavidad que hacía resaltar a la perfección el ritmo y la expresividad. Cuando Axel tocó el estribillo por última vez, todos los chicos y chicas que rodeaban el piano se balanceaban al ritmo de la seductora melodía. Terminó con un acorde, y los bravos y aplausos resonaron.

Axel se levantó, miró a su alrededor con su sonrisa habitual, llena de aplomo, y preguntó:

— ¿Y qué? ¿Os ha gustado?

— Sí, francamente sí — dijo Karen con entusiasmo —. Svend,

hay que arreglar algo. No todos los días se encuentra a un pianista como éste.

— Sí... —respondió Svend sin comprometerse demasiado—. A mí también me ha gustado, pero ignoro lo que dirá el director.

— ¿Por qué tendría que oponerse? —preguntó Axel—. Yo estoy dispuesto a ayudaros. Y ¿de quién ha sido la idea de organizar un concierto?

□ Bueno —dijo Svend vacilando aún—. Disponemos de un fondo económico escolar, y de vez en cuando organizamos una velada para llenar la caja. Esta vez, probablemente organizaremos un concierto, siempre y cuando encontremos bastantes artistas, y si usted realmente quiere...

— ¡Puede tutearme! —observó riendo Axel—. No nos llevamos tantos años como eso.

— Bueno, pues, si quieres participar, ya tendríamos una buena parte del programa. Else tocaría música clásica y después vendría la música moderna.

— ¿No tenéis un coro?

— No; un verdadero coro no. Pero muchos de nosotros cantamos bastante bien.

— Podríamos formar un cuarteto de vocalistas que presentaran algunas buenas canciones antiguas de «jazz».

— Sí, quizás es una buena idea —dijo Alboroto.

— Pero antes debemos consultar al director —dijo Svend en un tono decidido—. Me parece que voy a verle ahora mismo.

— Por favor, mientras esperamos, toca algo más —propuso Karen.

Axel no se hizo de rogar. Volvió al piano y tocó un vals lento. Puck lo reconoció, lo había oído en la radio y en discos, pero parecía como si Axel hiciera resaltar aún más las cualidades esenciales de la melodía.

Seguía tocando, rodeado por los alumnos, cuando se abrió la puerta tras ellos. Svend y el director entraron en el comedor. Los ojos del señor Frank buscaron las manos de Axel, que se deslizaban ágilmente sobre las teclas. Cuando el piano calló, el director dijo:

— Realmente es muy hermoso, muy bonito.

Axel se levantó y se inclinó cortésmente. Luego se presentó. El señor Frank le dijo:

— Es muy agradable para ti que tu primo te haya visitado, Hugo, y además un primo con un talento así. Svend me ha contado que hay en proyecto un concierto y que usted quizá querrá colaborar.



— Sí, de muy buena gana — dijo Axel —. Estos días vivo en Oesterby, y estaría encantado de poder serles útil.

— Es una oferta que me parece debemos aceptar — dijo el señor Frank—. ¿Quiere compartir la cena con nosotros esta noche?

— Con muchísimo gusto.

Poco después sonó la hora de los deberes para los discípulos. Pero Alboroto se quedó en el comedor, ya que le dieron permiso para atender a su primo. El director volvió a su despacho.

— Oye —dijo Axel cuando estuvieron solos—. ¿Has encontrado algún trabajo para mí?

— A decir verdad —dijo Alboroto—, no he adelantado mucho. Claro que por aquí hay granjas, pero no creo que les falten brazos. Sin embargo, me pregunto si el jardinero y horticultor Piil, cuyos invernaderos lindan con la escuela, podría emplearte. ¿Te convendría este tipo de trabajo?

— Sí, sería perfecto — dijo Axel —. ¿No podemos ir a verle ahora mismo?

— Por mí no hay inconveniente, pero no consigo comprender por qué estás empeñado en instalarte en pleno campo.

— No te canses la sesera — contestó riendo Axel —. Tú únicamente procúrame el empleo, que ya me las arreglaré para lo demás.

— De acuerdo — dijo Alboroto —. Encantado de poder hacerte este favor.

Frente a su primo se sentía en condiciones de inferioridad. ¡Axel

siempre le había parecido todo un tipo! Nunca tenía miedo de nada y siempre se las arreglaba para todo. Alboroto recordaba sus juegos en la playa de Jylland, durante las vacaciones veraniegas. Cuando se trataba de una carrera a pie, nadie iba tan aprisa como Axel; cuando se bañaban se atrevía a nadar hasta la segunda boya. Alboroto nunca se había cansado de admirarle, sin por ello sentirse a gusto en su compañía.

— Sí — dijo —. Vamos a ver a Piil.

Atravesaron el vestíbulo sin ver a Puck, que les observaba desde el descansillo. Cuando salieron, Puck se volvió lentamente y entró en el «Trébol de Cuatro Hojas», donde Inger, Navio y Karen estaban ya absortas en sus lecciones.

Se instaló ante su mesa y abrió un libro. Pero sus pensamientos estaban fuera de allí.



Sin explicarse muy bien el porqué, no podía sentir por Axel aquel entusiasmo que parecía general. Era de lo más amable y un estupendo pianista. Pero parecía que... Sí; aquello era: se diría que no estaba en su ambiente en Egeborg. «Si viene cada día, la cosa acabará mal», pensó.

Karen declaró de repente:

— Me gusta ese Axel, quiero decir el primo de Alboroto.

— Sí, tiene un aire muy gentil —añadió Inger.

□¡Y, además, toca el piano de un modo admirable! — exclamó fogosamente Navio—. Y es muy amable por su parte el querer ayudarnos para el concierto. Si consigue formar un cuarteto, nuestro éxito está asegurado. No deja de ser formidable que un tipo de su edad quiera alternar con unos pequeñajos como nosotros. ¿No opinas lo mismo, Puck?

— Pues..., sí —contestó Puck, titubeando—. Llevas razón...

— Pero ¿tú no lo encuentras agradable? —siguió Navio.

— Sí, verdaderamente agradable —contestó Puck.

Y pensaba:

«¿Por qué tendré este espíritu de crítica? Gusta a todo el mundo, incluso al director. Desde luego, es un muchacho muy gentil...»

Y Puck se inclinó con aire decidido sobre su libro de geografía.



— Pareces activo y fuerte, y si realmente quieres trabajar y comportarte bien, de buena gana te daré trabajo.

El horticultor observaba al joven mirándole detenidamente, pero con benevolencia.

□El trabajo no falta — prosiguió— y es interesante para el que le guste. Como puedes ver, tenemos muchos invernaderos. Suministramos flores a las floristerías de las ciudades próximas, flores delicadas a las que hay que vigilar como a recién nacidos. Esto hace que no me sea fácil encontrar personal competente, ya que la mayoría de los jóvenes sólo piensan en el salario.

— ¡Siempre me han gustado las flores! — dijo Axel.

Paseó su mirada por las plantas del invernadero y sonrió. Luego se dirigió al horticultor.

— Pero no pretendo en absoluto ser competente — dijo —. Si, al principio, quiere usted ser indulgente, le prometo que lo haré lo mejor que sepa.

Alboroto les miraba sin tomar parte en la conversación, orgulloso y contento a la vez por haber podido echar una mano a su primo.

— Queda la cuestión del alojamiento —dijo Axel—. ¿Qué me aconseja; que alquile una habitación en Oesterby? ¿O quizá tendría usted un rinconcito para mí? No soy exigente. Con una cama, una silla y una mesa me contento.

— Sí, puedo alojarte aquí y para las comidas ya nos

arreglaremos. Además aún no hemos hablado del salario.

— Confío en usted para que me pague lo que le parezca razonable —dijo Axel—. El salario no me importa mucho, ya que tendré comida y alojamiento. Lo que me interesa, por encima de todo, es aprender y perfeccionarme. Me gustaría que no lamentara haber tenido confianza en mí.

— Puedes instalarte aquí hoy mismo, si te conviene — dijo Piil —. Hay trabajo que está esperando unas manos ágiles y vigorosas. ¿Tienes las maletas en la posada de Oesterby?

— Sí... —contestó algo embarazado Axel—. Es decir, no traje gran cosa; tengo la intención de hacérmelo traer todo cuando esté instalado. No creí encontrar trabajo tan pronto y tan felizmente. Puedo instalarme en seguida.

— Pero algún equipaje debes de tener — dijo el horticultor—. Y también tendrás que liquidar la cuenta.

Sí, claro — se apresuró a contestar Axel —. Vale más ue me vaya a Oesterby sin tardanza, pero me gustaría volver aquí esta misma noche.

— Nada podría convenirme más — respondió Piil —. Así podríamos empezar el trabajo mañana mismo.

Ya estaba decidido.

— Te debo un gran favor, Hugo; has sido un buen amigo al encontrarme trabajo — dijo Axel sonriendo ampliamente y dando una amistosa palmada en el hombro de su primo —. Pero, dime, ¿qué nombre es éste que te dan en la escuela?

— Me llaman Alboroto.

— ¿Por qué? ¿Porque alborotas mucho?

Alboroto sonrió.

— Sí, probablemente. Tengo un compañero que se llama Henrik Smith y, como es el rey de los vagos, le llaman Cavador. Nos gusta ponernos motes. A Svend Aage, por ejemplo, que es pequeñito y redondo, con ojos negros, le llaman Pasa y hemos bautizado a Kaj con el nombre de Caoba por su cutis bronceado.

Sonrió a su primo, pero Axel estaba pensativo. Parecía tener preocupaciones tan graves que no prestaba atención a las palabras de Alboroto.

— Bueno, bueno — dijo distraídamente —. Es hora de que vaya a la ciudad. Ya nos veremos luego.

— Perfecto. Yo vuelvo a la escuela para terminar mis deberes.

— A propósito, ¿dónde, se encuentra tu habitación?

Alboroto le explicó dónde estaba situada.

— La comparto con tres camaradas, y el ambiente es formidable.

— Lo creo de buena gana. ¡Hasta la vista, viejo!

Axel montó en su bicicleta y empezó a pedalear por la carretera resbaladiza y llena de baches, mientras Alboroto se dirigía a la escuela.

Sus pensamientos estaban centrados en aquel primo mayor, que había surgido de improviso y que tanto éxito había tenido. Alboroto estaba encantado por las miradas de admiración de sus compañeros. De hecho, Axel había aumentado la categoría de Alboroto. Le había prestado una importancia que nunca había tenido.

Alboroto se fue a su habitación y se dedicó a sus lecciones, pero unos momentos después llamaron a su puerta. Se levantó para abrir y se encontró con Axel.

— Oye — dijo el visitante —. Tengo que hablarte. ¿Puedes venir un momento?

Alboroto le siguió. Sus compañeros le miraron extrañados. Cerró la puerta.

— ¡Me ha pasado algo espantoso! — dijo Axel —. ¿Dónde podemos hablar sin que nos oigan?

— En un rincón del comedor —dijo Alboroto.

Cuando estuvieron abajo, preguntó:

— ¿Qué te pasa?

— ¡Mi dinero! ¡He perdido mi dinero!

— ¿Perdido?

— Sí, o me lo han quitado. Al marcharme de casa, tenía una cartera con unos centenares de coronas. Todos mis ahorros. Se necesita algo de capital cuando uno va en busca de trabajo. Me instalé en la posada de Oesterby y ahora, al querer pagar la factura, ¡el dinero ha volado!

— ¡Qué cosa más desagradable! — exclamó Alboroto —. ¿Estás seguro de haberlo perdido? ¿No estará metido por entre alguna de tus cosas?

— ¡No! ¡Imposible! —contestó Axel, y su voz denotaba cierta impaciencia—. ¡Comprenderás que lo he buscado por todas partes!

O bien el dinero se me ha caído del bolsillo o me lo han robado en la posada. ¡Eso, si no me lo han robado aquí, en la escuela! ,

— ¿Aquí, en la escuela?

Alboroto se azaró.

— ¡No, es imposible! Nadie roba aquí. O has perdido el dinero o te lo han robado en alguna parte, pero no en la escuela. ¡Aquí, jamás en la vida!

— Bueno — dijo Axel, preocupado —. No sé qué se ha hecho de mi dinero, sólo sé que ya no lo tengo y que debo un día en la posada.

— ¿Cuánto debes?

— Me imagino que una docena de coronas... ¡Pensar que estaba tan contento por la buena noticia que iba a escribir a mis padres!...

— ¿Qué haremos? —preguntó Alboroto un tanto perplejo—. ¿No podrían esperar una semana, hasta que cobres tu sueldo en casa de Piil?

— Desde luego que no. Nunca he oído de ninguna posada que quieran fiar a un viajero desconocido. Quería saber tu opinión. ¿Conoces a esta gente para intervenir en mi favor?

— No, no conozco a nadie en la posada, no tenemos permiso para ir allá. Pero espera un momento.

Alboroto salió corriendo y subió a la habitación donde Cavadór, Pasa y Caoba estudiaban con ahínco.

— Bueno, ¿qué pasa? — preguntó Cavadór levantando los ojos del libro—. ¿No es tu primo el que ha vuelto?

— Sí —contestó Alboroto—. Él es... Ya te explicaré luego. Pero ahora decidme una cosa; ¿a alguno de vosotros le sobra una veintena de coronas?

Pasa miró asombrado a su compañero.

— ¿Es que quieres tomarnos el pelo?

— No —contestó Alboroto—. De verdad necesito veinte coronas. ¿No podéis ayudarme? Os las devolveré dentro de una semana.

— A mí me quedan diez u once coronas de mi dinero para gastos — dijo Cavadór —, y no me importa prestarte diez, si sólo es para una semana. No sé si Caoba tiene dinero, pero es muy probable, en general siempre lleva los bolsillos bien provistos.

Alboroto hurgó en su cajón y encontró su portamonedas.

— Bueno, yo tengo ocho coronas — dijo —. Sólo me faltan dos.

— Yo puedo prestártelas — dijo Pasa.

— Yo también —dijo Caoba—, si eso te puede ayudar. Pero ¿para qué lo quieres?

— Mi primo está en un lío; ha perdido la cartera y tiene que pagar su habitación en la posada.

— Realmente es desagradable —dijo Cavadór—. ¿Y llevaba mucho dinero?

— Un centenar de coronas.

— ¡Me dejas sin respiración! — fue el único comentario de Cavadór.

Alboroto salió corriendo y bajó la escalera a toda velocidad. Axel le esperaba en el comedor.

— Toma —dijo Alboroto, que empezó a contar el dinero sobre una mesa—. Diez, quince, dieciséis, veinte...

— ¿Cuánto hay entre todo? —preguntó Axel.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Alboroto, extrañado.

— Solamente quiero decir que si puedes darme un poco más de veinte coronas, me las arreglaré mejor. Veamos... Sí, necesito exactamente veinticuatro coronas. ¿Me las prestas? Te las devolveré en cuanto Piil me pague.

Se levantó apresuradamente, dio una palmada amistosa a Alboroto y le dijo:

— ¡Eres un chico estupendo! ¡No lo olvidaré!

Hizo una señal con la mano y salió. Alboroto le siguió con los ojos. Tendría que prescindir de todo gasto durante la semana, pero, por otra parte, no se puede dejar a un amigo en la estacada. Bastante pena tendría Axel al haber perdido todo aquel dinero. Pero que un robo se hubiera cometido en la escuela, no; era imposible.

Sumido en estas reflexiones, Alboroto volvió a su habitación.

— No volvieron a ver a Axel hasta el día siguiente. Una vez terminadas las clases. Alboroto, Puck y Navio se fueron a ver al horticultor para saber cómo había transcurrido el primer día. Encontraron a Axel en un invernadero donde se afanaba transportando macetas. Axel les recibió con una gran sonrisa.

— ¡Sí, aquí estoy, en plena faena! Me parece que me irá muy bien. Claro que, cuando me puse en campaña, no soñaba en dedicarme a las flores, sino en trabajar en una granja verdadera, con vacas, caballos, etcétera. Pero sea como sea, me ocupo de cosas

vivas. Un bulbo de flor puede parecer una cosa muerta, pero, sin embargo, contiene vida. ¿Cómo estáis todos? Pronto habrá que organizar el concierto de marras. Tengo prisa por formar el cuarteto. Un día de éstos iré para oíros cantar y elegir las cuatro voces mejores. Después pondremos mano a la obra.

La puerta del invernadero se abrió y Axel exclamó:

— ¡Dios mío! ¿Quién es esa momia que viene hacia nosotros?

Puck y los otros se volvieron y por poco les escapa la risa. Era su profesora de trabajos manuales, la señorita Fagerlund.

— No digas nada desagradable —murmuró Alboroto—. Es una de nuestras profesoras.

— De acuerdo —musitó Axel—. ¿Qué enseña? ¿Historia antigua?

Puck tuvo que volverse y fingir que examinaba una planta para que la señorita Fagerlund no la viera reír; en cuanto a Navio, se refugió en el rincón más apartado del invernadero, haciendo como que no había visto entrar a la profesora.

— No —dijo en voz baja Alboroto—; da clases de costura y de canto.

Pero la señorita Fagerlund ya se había acercado a ellos...

— Me alegra verte aquí, Puck —le dijo gentilmente—. Tienes razón; es muy sano contemplar las hermosas flores. Siempre he dicho que no hay nada en el mundo más edificante que la belleza de las flores en el corazón de un invierno frío y nevado. ¡Es tan poético!

Axel, que en apariencia permanecía serio sin esfuerzo alguno, tomó un aire solemne, dio un pequeño suspiro y contestó:

— ¡Tiene usted muchísima razón!

La señorita Fagerlund le dirigió una amplia sonrisa.

— Me alegra oírle, joven —dijo—. En la juventud actual, pocos son los que aprecian la belleza y tienen el sentido de los valores auténticos. Pero, a propósito, yo no le conozco. ¿Acaba de llegar?

— Sí. Apenas estoy empezando mi trabajo con el horticultor Piil —contestó Axel con mucha cortesía—. Además soy primo de Albo... Quiero decir de Hugo.

— ¡Es muy interesante! —exclamó la señorita Fagerlund—. He venido aquí para comprar unas plantas para mi habitación. Cuido muy bien de mis plantas, pero, a pesar de todo, algunas se han

muerto. El invierno ha sido muy duro. Quisiera adornar un poco el alféizar de mi ventana. Desde siempre, las flores y la música me han apasionado.

— A mí también —replicó simplemente Axel.

— ¡No! ¿Es posible? — exclamó radiante de felicidad la señorita Fagerlund—. ¿Es usted músico también?

— Sí, de verdad, lo es —interrumpió Alboroto—. Ayer tarde tocó el piano para nosotros, y hasta el director se entusiasmó.

— Siendo así, tiene que tocar para mí —dijo la señorita Fagerlund—. Adoro la música clásica, pero quizás usted es de los que cultivan el «jazz», ¿no?

— Bueno — dijo Axel, titubeando —, en la música moderna se encuentran auténticos valores, pero, naturalmente, la música clásica será siempre... clásica...

Guiñó un ojo a Puck. La señorita Fagerlund dijo:

— Sí, tiene usted razón. A mí tampoco me gusta el «jazz». Oiga, no tarde en venir a verme. ¿Qué toca? ¿Brahms? ¿Schubert? ¿Chopin?

— No soy tan buen pianista como pretende Hugo. Después de una conversación con algunos alumnos, tenemos el proyecto de organizar un concierto para llenar la bolsa de viajes.

— □Realmente es usted de una amabilidad extraordinaria □dijo la señorita Fagerlund —. Me encantará verle. A propósito, ¿puede usted venderme las plantas, o debo dirigirme a Piil?

— Yo mismo la serviré — contestó Axel —. Que se marchen los otros visitantes. Hasta la vista, vosotros todos.

Alboroto, Puck y Navio salieron del invernadero.

— ¡Vaya! Ha conquistado a la señorita Fagerlund en persona — dijo Alboroto—. Hay que reconocer que Axel tiene éxito.

— Sí, pero no ha dicho la verdad exacta —contestó Puck —. En el fondo, no le gusta la música clásica.

— ¡Poco importa! —exclamó Navio—. No ha querido contradecir a la señorita Fagerlund. Eso es todo.

— No, no puede permitirse molestar a los clientes de Piil — observó Alboroto—. Volvamos pronto a la escuela. Tengo prisa por volver a oír tocar a Axel.

* * *

Durante los días que siguieron, Axel parecía tener al don de la

ubicuidad en la escuela.

En cuanto estaba libre iba a ver a su primo. Su buen humor y sus distintas habilidades hacían de él un visitante muy popular. Aceptaba aquella popularidad con gran calma, y con una modestia de buen tono, que le valió una acogida aún más calurosa por parte de los profesores y de los alumnos. Solamente Puck no parecía compartir el entusiasmo general. Y, sin embargo, oía decir por todas partes: «Axel es muy listo», «Axel es muy gentil», «Axel es muy alegre».

Puck escuchaba aquel coro de alabanzas y acabó por pensar que ella debía de estar equivocada, y que Axel era perfecto.

La lucha entre el invierno y la primavera se eternizaba y, después de una corta retirada, el invierno lanzó una nueva ofensiva. El viento era del este. Una noche nevó y de nuevo reinó el frío, dando a los alumnos la oportunidad de calzarse de nuevo los esquíes y divertirse en el parque de la escuela.

¡Naturalmente, Axel formaba parte del grupo!

Un profesor le prestó unos esquíes y demostró ser un brillante esquiador. Bajo su dirección, los muchachos construyeron un trampolín impresionante en la pendiente más escarpada a la orilla del lago Ege. Necesitaron toda una tarde para realizar la obra. Fue una tarea dura, pero los chicos estaban impacientes por ver lo que el novel esquiador podría sacar de la nueva pista.

Cuando terminaron el trabajo llamaron a Axel, que se lanzó sin titubear desde lo alto de la pendiente. Un instante después planeaba, como un saltador noruego en Holmen-kollen, a pesar de que el trampolín sólo tenía dos metros de altura.

El espectáculo valía la pena de ser visto. Nada tenía, pues, de extraño que Axel fuera allí el centro de atención como lo era en otras cosas. Los muchachos construyeron un trampolín más pequeño al lado del grande y no tardaron en entrenarse afanosamente bajo su competente dirección.

Sí, Puck acabó por reconocer que el primo de Alboroto era un deportista de primera, pero por muy buena voluntad que pusiera no conseguía simpatizar con él. Una tarde se calzó los esquíes y se fue a dar un paseo por el bosque. Sentía deseos de estar sola para poder reflexionar mejor. La escuela se había hecho demasiado bulliciosa.

Nada le agradaba tanto como pasearse entre los altos troncos,

bajo la bóveda de las copas de desnudas ramas, en las que las ramitas parecían encajes. Puck adoraba el bosque, en el que se sentía a gusto, libre y alegre. Un paseo a pie al lado del lago, un paseo cabalgando sobre la hojarasca dorada del otoño, un paseo con esquíes, como ahora, sobre la nieve. Esto era lo que más le gustaba.

El día era maravilloso. En el corazón del bosque no se notaba el viento. Todo era sereno, virginal, hermoso. Puck pensó en su padre y en su nuevo hogar. Sabía que el día



que lo deseara podría irse con él. Pero, de momento, parecía más razonable permanecer en Egeborg, donde sus compañeros, sus profesores tan competentes, y el director y su esposa conseguían que cada jornada fuera agradable.

De repente, Puck vio una silueta en medio de los troncos. ¿Otro esquiador? Pestañeó. ¿No era...? Sí, era la señora Frank que se le acercaba. La esposa del director también buscaba la soledad para gozar de la belleza y tranquilidad del bosque.

Entregada por completo a su admiración por el bello paisaje, la señora Frank aún no había visto a Puck. La chiquilla estaba sólo a unos metros cuando la mujer se dio cuenta de su presencia.

Se sobresaltó, luego sonrió.

— ¡Hola! ¿Eres tú, Puck?

— Sí —dijo ésta—. Me apeteció pasearme un rato sola.

— A mí también — dijo riendo la señora Frank—. ¡Cuánto bullicio hay estos días en la escuela! Si los alumnos no aporrean el piano, cantan a grito pelado o se precipitan en el parque gritando como locos. Pero, claro, es bueno que estén de tan buen humor. ¿Quieres regresar conmigo?

— Sí, con mucho gusto. Precisamente pensaba que ya era hora

de dar media vuelta.

Pasearon un rato en silencio, luego la señora Frank preguntó:

— ¿Qué piensas del primo de Alboroto?

Puck no contestó en seguida, luego sonrió a la señora Frank.

— Y usted ¿qué piensa?

— Bueno —contestó la señora Frank—. Ese muchacho tiene muchas habilidades. Toca el piano de una forma notable, y ayer mismo, sin ir más lejos, el señor Strandvold me contó que salía de la sala de gimnasia donde Axel Svendsen había ejecutado unos saltos acrobáticos que admiraron a los muchachos. Debo decir que, verdaderamente..., tiene muchas aptitudes.

— Sí —reconoció Puck—. Es indiscutible, y Alboroto está encantado con su presencia.

— Me parece que te muestras algo reticente —dijo sonriendo la esposa del director—. ¿Acaso no te simpatiza?

— Pues, con franqueza, no mucho —respondió Puck—. Le encuentra demasiado osado. Naturalmente, es muy gentil por su parte el ayudarnos a formar el cuarteto para el concierto. Pero tengo la impresión de que impone un tanto su presencia. Hasta la fecha, aquí, en Egeborg, no las arreglábamos solos, tradición que debemos conservar. ¿No le encuentra usted también algo descarado?

La señora Frank se echó a reír.

— Sí —dijo—. Quizá tiene demasiado aplomo, pero esto suele pasar con los chicos de su edad. Ignoraba la existencia de este primo de Hugo y, si mal no recuerdo, apenas si se conocían. Los recién llegados siempre suelen traer consigo un poco de animación.

— Podría ser, pero a mí no me gusta nada.

La señora Frank se detuvo y se dirigió a Puck, entonces estaba muy seria.

— Francamente, Puck, opino lo mismo que tú. Ese chico tiene algo que inspira cierta reserva. Sin embargo, debemos acoger a nuestro prójimo con franqueza y sin desconfianzas. Según tú, ¿qué ha hecho de malo ese Axel?

— Bueno, a decir verdad...

— Bien, sigamos nuestro camino —dijo más alegremente la señora Frank—. No juguemos a comadres cotilleras, ¿eh?

Dirigió a Puck una de sus radiantes sonrisas.

— Tengo que hacer en casa del horticultor. Voy a comprar unas

flores para mi ventana. Ya que estás aquí, ¿quieres hacerme el favor de acompañarme y ayudarme a transportar las macetas?

— Sí, con muchísimo gusto — dijo Puck.

El señor Piil las hizo entrar en un invernadero. La señora Frank estaba indecisa, finalmente se volvió a Puck y le dijo:

— Aconséjame. ¿Qué plantas elegimos?

— No lo sé. Todas son bonitas. Pero el otro día, cuando vino la señorita Fagerlund, vi aquellas de allí que la encantaron.

— ¿El otro día? —preguntó el señor Piil—. Pero si hace la mar de tiempo que la señorita Fagerlund no viene por aquí.

— No; hace unos días. Axel Svendsen la atendió.

— No comprendo — murmuró el horticultor —. Me parece que no me ha dicho nada. Será mejor que se lo pregunte cuando regrese.

— Me parece que me llevaré las que Puck me ha indicado. ¿Podemos llevárnoslas? —preguntó la señora Frank.

— Algunas macetas, desde luego. Pero todas no; pesarían demasiado. Cuando el joven Svendsen vuelva le mandaré el resto. Las pondré en una caja, que ya me devolverán cuando puedan.

—

En aquel momento se abrió la puerta del invernadero y entró Axel. Saludó alegremente y dijo:

— Espero que no estará enfadado, señor Piil, porque he estado ausente bastante rato. ¡Olvidé completamente la hora! Esquiamos en el parque y nos hemos divertido como unos locos. Aquí estoy, y espero que no se habrá enojado.

— No — contestó el señor Piil algo secamente —. De nada serviría. Todos los chicos se parecen y, en cuanto hay nieve y pueden hacer deportes de invierno, por fuerza el trabajo tiene que esperar. ¡Ya estamos acostumbrados! Pero ¿vino el otro día la señorita Fagerlund a comprar flores?

La mirada de Axel fue del horticultor a Puck. Contestó:

— Sí, la señorita Fagerlund vino, miró las flores, pero no compró ninguna.

— Bueno, eso ya lo entiendo mejor... Aquí tienes unas plantas para la señora Frank. ¿Quieres llevar la caja a la escuela?

— Al momento — respondió Axel con una sonrisa a la señora Frank—. ¡No hay nadie a quien me guste más hacer un favor que a la señora Frank!

La mayoría de los alumnos estaban de vuelta. La tarde finalizaba, era la hora del crepúsculo. El gordo Svend había organizado una reunión en una de las salas de clase.

Tenía doscientos billetes de lotería, que vendía a media corona cada uno, y esperaba de aquella manera reunir una primera cantidad bastante importante. El pastelero Bose les había prometido un gran pastel de crema. El tendero de Oesterby les había regalado varias cajas de bombones. Algunos se habían hecho con libros y otros objetos que podían servir de lotes. La lista ya estaba anunciada en una tablilla; los billetes tenían que venderse lo más pronto posible.

— Propongo que veinte de nosotros compren diez billetes cada uno. Así tendremos aseguradas las cien coronas. ¿Qué opináis?

— Tienes toda la razón —dijo Alboroto—. Pronto terminaremos con estos billetes. Que nos los den.

Y se organizó una cacería en toda regla. Los profesores, acosados, tuvieron que comprar un billete y a los alumnos casi se les obligó a soltar su media corona. Los billetes no vendidos podrían tener salida entre los amigos del vecindario. Ni el propietario Dreyer, de la Gran Granja, ni el señor Holm, de la Granja del Este, escaparían al acoso.

Mientras tenía lugar la reunión de alumnos, Axel se presentó en casa del director Frank con la caja de flores. Se ofreció a la señora Frank para ayudarla a instalar las plantas en la ventana, pero ésta se negó, dándole las gracias.

— Será mejor que te vayas pronto — le dijo —. Creo que Piil ya llevaba rato esperándote cuando compareciste en el invernadero.

— Sí —asintió Axel cortésmente—. Vale más que vuelva allí.

Salió al vestíbulo y se encontró con la señorita Fagerlund.

□ ¡Qué sorpresa! ¡Aquí tenemos a nuestro gran pianista! Es una verdadera suerte, porque hay varias cosas que me gustaría discutir con usted.

— Mire, señorita; sobre todo no me llame de usted — dijo Axel con su más seductora sonrisa—. Claro que ya no voy a clase, pero no por esto me considero todavía una persona mayor.



quizá el señor Piil se mostrará indulgente cuando sepa que me ha retenido usted.

— Perfectamente. Entremos en el refectorio, que es donde está el piano.

En aquel momento compareció Puck, y la señorita Falgerlund se volvió hacia ella.

— ¡Ah, Bente! — exclamó —. Sé un ángel y baja a mi habitación para recoger un montón de partituras que están a la izquierda de mi mesa. Pero date prisa porque no tenemos mucho tiempo y queremos trabajar para el concierto.

— A la izquierda sobre su mesa —repitió Puck—. Estaré aquí en un momento.

— Y, a propósito — dijo la señorita Falgerlund —; encima de las partituras encontrarás un librito sobre Chopín. Es el que te prometí, Axel. No lo olvides, sobre todo, Puck.

— ¿Un libro sobre Chopín? —repitió Puck.

La señorita Fagerlund y Axel desaparecieron en el comedor. Puck bajó la escalera de cuatro en cuatro y atravesó corriendo el césped cubierto de nieve. Un momento después entraba en la habitación de la señorita Fagerlund.

En la habitación todo estaba limpio y en orden. Encontró sin dificultad la pila de partituras y el librito. Los tomó y se fue hacia la puerta. De repente tuvo una idea. Dio media vuelta y se acercó a la ventana para mirar las flores con una mirada pensativa y escudriñadora.

Las macetas estaban colocadas sobre unas baldosas de cerámica. Habían dos plantas que eran exactamente iguales a las que había visto en el invernadero de Piil. Las flores parecían frescas.

— No deja de ser curioso — murmuró Puck —. Así que, en realidad, compró flores. ¿Por qué Axel dice lo contrario?



Por fin llegó la primavera.

La última ofensiva del invierno sólo duró unos días. El aire se suavizó. El agua chorreaba por los techos y ramas. El suelo se cubrió de grandes zonas de tierra oscura a medida que la nieve se fundía. El invierno estaba definitivamente vencido. Los días siguientes fueron húmedos y templados. Los troncos de las lilas pasaron del color negro a un tono verdoso. En los árboles y en los arbustos ya apuntaban las yemas. Apenas se hubo fundido la nieve que ya los azafranes mostraron sus frágiles bretes. Los pájaros daban ruidosos conciertos en el parque.

El profesor de matemáticas y de física, el señor Jossiassen, dio una palmada sobre la silla y dijo:

— Mirad por la ventana, chicos y chicas. La primavera está en camino. ¡Por tanto, ya es más que hora de hacer un esfuerzo para salir con bien de los exámenes!

A pesar de todo, en sus ratos libres seguían con los preparativos del concierto, con el que contaban recaudar fondos para los viajes. El profesor de gimnasia, señor Strandvold ayudaba a los alumnos con buenos consejos y, aún más; se cuidaría de la recaudación. Alboroto se sintió muy orgulloso el día en que el gordo Svend le envió al señor Strandvold para entregarle el producto de la lotería. No solamente se vendieron los cien billetes, sino que la generosidad de algunos permitió a Alboroto entregar al señor Strandvold un sobre que contenía quince billetes de diez coronas.

— ¡Vaya; aquí está Hugo! — dijo riendo el joven profesor cuando Alboroto entró—. Precisamente tenía ganas de verte para discutir acerca de cuándo podremos tomar las lecciones de gimnasia

al aire libre y proseguir los entrenamientos de fútbol.

— ¡Qué suerte! —exclamó Alboroto—. ¡Ya terminó el invierno!

— Sí — dijo Strandvold levantándose —. Ya está terminado, e incluso hace calor.

Entreabrió una ventana.

— De veras que tenía la sensación de encontrarme dentro de un termo — dijo con una sonrisa —. A propósito; ¿a qué viene el honor de tu visita?

□ Le traigo el dinero que hemos recogido. Los señores Dreyer y Holm no sólo nos compraron los billetes, sino que nos regalaron una cierta cantidad. Por tanto, no le traigo cien coronas, sino ciento cincuenta. Aquí están.

□ ¡Estupendo! —dijo el señor Strandvold—. Voy a ponerlas en vuestra cuenta. Pero, oye; sé buen chico y ayúdame a formar los equipos.

— Me parece que tenemos algunos que son una promesa. Por tanto, quizá sería mejor esperar y entrenarnos un poco antes de tomar una decisión definitiva — contestó Alboroto—. Es una lástima que mi primo Axel no forme parte de la escuela; juega muy bien y todo el mundo le quiere. ¿No le parece que es un buen pianista?

□ No sé gran cosa de música, pero como dice un humorista, puedo notar cuando la música se para. Es muy probable que toque muy bien el piano, y es muy deportista. Pero, Hugo, ¿no te parece que no debería venir tan a menudo?



Alboroto se puso serio de repente.

— Sí —prosiguió Strandvold—; este asunto me preocupa un poco. Esta escuela no es para chicos de su edad. Todos sois más jóvenes, y los años que os separan son años muy importantes, durante los cuales se opera una gran transformación. Tu primo es casi un adulto, pero a su edad, no siempre se comprende a los

adolescentes.

— Sin embargo, nos entendemos a las mil maravillas. Axel es siempre muy gentil con nosotros.

— Ya lo veo, pero yo no digo que deje de venir. Que se limite simplemente a venir de vez en cuando, sin querer pasar toda su vida aquí. No quisiera apenarte, Hugo, al expresarme así. Pero tú y yo estamos acostumbrados a hablarnos con toda sinceridad. No me gustaría que tuvieras una decepción con Axel.

Alboroto miró a su joven profesor y se preguntó si Strandvold sentía antipatía y, en caso afirmativo, por qué. Alboroto acababa de ver a su primo y éste había compartido su entusiasmo por el resultado obtenido en la lotería. Decididamente, Axel era un muchacho muy agradable.

Una campana sonó y Strandvold se levantó.

— ¡Oh! —exclamó—. Charlando se nos ha pasado la hora. Es la del almuerzo. Ven, vamos aprisa.

Strandvold abrió la puerta y echaron a correr a través del parque. Tuvieron tiempo de entrar en el comedor antes de la llegada del director y la señora Frank. En Egeborg se mantenía una gran puntualidad tanto para las horas de comer como para las horas de clase. Las comidas eran siempre muy alegres. El director no ponía freno alguno a la conversación y al buen humor de los alumnos.

Aquel día se discutía con ardor el próximo concierto y Alboroto pudo anunciar a sus compañeros que pronto jugarían al aire libre. El terreno de fútbol estaba aún demasiado mojado, pero el sol pronto lo secaría. Se proyectaban partidos con los equipos de otras escuelas, para el verano, y era cuestión de no descuidar los entrenamientos para estar en la mejor forma posible. Después del largo invierno, todos estaban ilusionados con la idea de jugar al aire libre.



La señorita Fagerlund estaba encantada con los ensayos que se hacían para el concierto. No paraba de recalcar lo notable que era Axel. Claro que le hubiera gustado incluir varias romanzas en el programa, pero Axel le había convencido de que las canciones de «jazz» también tenían su valor, siempre que fueran interpretadas con suavidad y tacto.

La señorita Fagerlund, pues, explicaba sus proyectos al director, que la escuchaba con paciencia. El tema del concierto la llevó a uno de sus temas favoritos: Chopín. Y el director, disimulando un suspiro, escuchó los apasionados elogios, ya oídos tantísimas veces.

— Lo que es apasionante es la lucha heroica de Chopín contra la enfermedad. Como ya sabe, sólo vivió treinta y nueve años, y se pasó una buena parte de su vida en la cama. Sin embargo, sus composiciones son casi incontables... Preludios, improptus, vales maravillosos, baladas...

— Sí, sí —contestaba pacientemente el director—. Era un hombre admirable.

— Prométame que leerá un libro extraordinario que sobre él poseo — siguió la señorita Fagerlund —. Opino que conocer a Chopín forma parte de una... educación elemental.

— Me interesa muy de veras tener una... educación elemental — dijo sonriendo el director —. Me agrada leerlo, si el libro no es muy voluminoso, porque tengo tantas cosas que leer estos días...

— No; se trata de una obra muy corta, pero de un valor excepcional. Se la dejaré lo antes posible. Ahora acabo de prestársela al joven Axel Svendsen, al que le ha interesado muchísimo.

— ¿De veras? —preguntó el director, frunciendo un poco las

cejas—. ¿También se interesa por esto? Ese joven se interesa por muchas cosas.

Terminado el almuerzo, el director salió al vestíbulo seguido de cerca por la señorita Fagerlund.

— Hasta luego — le dijo a ésta —. Tengo el tiempo justo de echar una ojeada a mi correspondencia antes de reanudar las clases.

Tuvo buen cuidado de no demostrar el alivio que sentía al poder escapar de Chopín y de la señorita Fagerlund. Pero, una vez en su despacho, suspiró y rellenó su pipa.

En el patio, la señorita Fagerlund se encontró con Axel, que llegaba con el libro de Chopín en la mano.

— ¡Qué suerte! —exclamó ella—. Acabo de hablar de Chopín con el director y le he prometido darle el libro que le presté el otro día.

— Bueno — dijo algo turbado Axel —; cierto que venía a devolvérselo. Pero, pensándolo mejor, hay ciertos capítulos que me gustaría volver a leer, y me interesaría mucho copiar la carta que Chopín escribió a George Sand.

— Me hago cargo — dijo la señorita Fagerlund, no sin algo de importancia —, pero quiero prestarle al director este libro sin falta, antes de que olvide su promesa.

Sin que Axel pudiera evitarlo, le quitó el libro de las manos.

— Te lo devolveré en cuanto lo haya leído el señor Frank.

Ante la imposibilidad de protestar, Axel se encogió de hombros, se despidió y, con las manos en los bolsillos, se dirigió hacia los invernaderos.

La señorita Fagerlund atravesaba el vestíbulo con pasos rápidos cuando Alboroto y algunos alumnos salían del comedor. Estaban enfrascados en una conversación acerca de los partidos de fútbol.

De repente, Alboroto interrumpió la conversación balbuceando:

— ¡La ventana! ¡La ventana!

— ¿Qué quieres decir? — preguntó Fleming.

Alboroto jadeaba de miedo.

— ¡Dejé el sobre en el alféizar! — contestó.

Y sin dar más explicaciones, salió velozmente y se precipitó hacia el pabellón de los profesores. Cuando había estado en la habitación, al llegar había dejado el sobre que contenía el dinero sobre el repecho de la ventana. Después, el profesor y él, distraídos

con la conversación sobre el fútbol, olvidaron las ciento cincuenta coronas. ¡De repente sintió un miedo terrible! El dinero pudo caer, alguien pudo tomarlo... Sea lo que fuere, tenía que ir a buscarlo.

Abrió bruscamente la puerta del cuarto del señor Strandvold, ¡A Dios gracias, allí estaba el sobre! Alboroto corrió a tomarlo, lo abrió y le echó una rápida mirada. Sí, los billetes estaban allí, no había razón para contarlos. Se metió el sobre en el bolsillo y volvió a toda velocidad a la escuela, donde encontró al señor Strandvold.

— ¡Pareces muy excitado! ¿Qué ocurre? —preguntó el joven profesor.

Alboroto explicó el incidente.

— Olvidé el sobre en el alféizar de su ventana, y de repente me asusté.

Strandvold se rió.

— ¡El que no tiene memoria tiene que tener piernas! — dijo.

Después se metió el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta, dio una palmada amistosa a Alboroto y siguió su camino silbando alegremente.



Puck también estaba perpleja. ¿Por qué Axel había negado su venta de flores a la señorita Fagerlund? ¿Tendría alguna razón para ocultarlo? ¿Temía quizá la ira del señor Piil por haber hecho la venta sin pedirle permiso? Sí; naturalmente, debía de ser eso.

El horticultor siempre deseaba hablar personalmente con sus clientes y, a fin de cuentas, Axel era sólo un aprendiz, que no debía haberse tomado la libertad de efectuar una venta, ignorando quizás el precio de las plantas. Si era así, Puck comprendía muy bien que Axel, para evitar una reprimenda, afirmase que no había vendido

nada a la señorita Fagerlund.

Sin embargo, no resultaba muy correcto. Hay cosas que no deben hacerse, y Axel, aquel muchacho deportista, tan seguro de sí mismo, hacía mal recurriendo a la mentira y ocultando su acción.

No; decididamente, a Puck no le gustaba ni pizca. Parecía como si siempre estuviera representando una comedia. Los demás le encontraban toda clase de cualidades. Pero allí había gato encerrado. Axel pretendía ser muy gentil y franco, y en realidad no lo era, Puck estaba convencida de ello.

Tuvo muchas ganas de hablar del asunto con alguna amiga. Por la tarde, al subir al «Trébol de Cuatro Hojas», se encontró con Karen de pie ante su armario, sumida en profundas meditaciones.

— ¿Algo va mal? — preguntó.

— ¡Bah! —dijo Karen—. Sólo intento guardar mi ropa interior, pero no es cosa fácil, sabes. ¡Siempre se necesita precisamente lo que tenemos en la lavandería! ¿A ti no te pasa eso?

— Bueno —replicó Puck—; con ponerte cualquier otra prenda limpia estás al cabo de la calle.

Mientras Karen cerraba con llave su armario, Puck hizo un esfuerzo para escoger un libro de clase, pero no tenía ganas de preparar sus lecciones. Al final se tendió sobre la cama y se quedó mirando al techo.

Karen se sentó ante la mesa canturreando.

— Tenemos ensayo dentro de un rato —dijo—. Me encanta formar parte del cuarteto. No me creía capaz de hacerlo, pero Axel dice que tengo justamente la voz que buscaba.

¡Otra vez Axel! ¡Todos hablando de Axel!

Puck se sentó sobre la cama y miró gravemente a su amiga.

— A propósito de Axel, tengo que contarte una cosa.

□¿Qué?

— Encuentro que ese Axel es un tipo raro. No creo que sea el chico que pretende ser.

— ¿Quieres decir, quieres decir... que no es el primo de Alboroto? —preguntó Karen con los ojos muy abiertos.

— ¡Qué tontería!... Claro que no; ni es eso lo que quiero decir. No; lo que pienso es que aquí nadie conoce el pasado de Axel, ni siquiera Alboroto.

— Pero son primos, ¿verdad?

— Sí, pero Alboroto nos explicó que lo había perdido de vista desde hacía mucho tiempo. Por tanto, sólo tenemos la información que Axel nos ha querido dar. Encuentro algo raro en esta manera de llegar de imprevisto, y de querer a toda costa un empleo en casa del horticultor. Y, además, no me gusta que se pase el día vagando por aquí. Para postre, hoy me ha ocurrido una cosa que aumenta mis sospechas.

Y Puck explicó a Karen el episodio de las flores compradas por la señorita Fagerlund. Karen la escuchó muy seria y luego sacudió la cabeza.

— ¡Ahora la que eres tonta eres tú! En primer lugar, nada demuestra que Axel haya vendido realmente esas flores. Quizá la señorita Fagerlund ya las tenía o las compró en otro sitio.

— ¡Sí, quizá, quizá y quizá! — contestó algo molesta Puck —. ¿Y si realmente las ha vendido y se ha quedado con el dinero?

— De todas formas, no es cosa tuya —contestó algo enojada Karen—. A mí me simpatiza mucho Axel, y a los otros también les agrada. Me pregunto si no estás de mal humor por no formar parte del cuarteto.

— ¡No! Te aseguro que yo... — dijo Puck.

□No tienes por qué estar malhumorada —interrumpió Karen—; al contrario. Opino que Axel ha sido muy amable al ayudarnos a organizar el concierto. Y no ganará nada con hacerlo. Un joven con sus dotes tendría éxito en cualquier parte; no tiene por qué mezclarse con unos colegiales como nosotros, si no es para ayudarnos. ¡Es fastidioso que siempre haya alguien que encuentre sospechosas las amabilidades que tienen para con nosotros! ¡Y esta vez eres tú la desconfiada!

Puck dio un gran suspiro. Las palabras de Karen la habían herido.

— No comprendes en absoluto lo que quiero decir — contestó lentamente—. En primer lugar, no veo por qué tiene que gustarme este Axel Svendsen por el hecho de que sea primo de Alboroto. ¡Se nos impone aquí para darse tono! Además, me parece que, como buenas amigas que somos, deberíamos poder hablar de corazón a corazón.

— Sí, naturalmente — dijo Karen, que seguía algo irritada y no podía disimularlo —. Pero, por regla general, me parece que si no

puede reprocharse algo en concreto a alguien, lo mejor es callarse.

— En eso probablemente llevas razón — dijo Puck —. Debería haber callado.

Lamentaba haberse confiado a Karen. Karen no *quería* escuchar, y mucho menos comprenderla.

Mientras ésta se iba a su ensayo, Puck se volvió a recostar para meditar en paz. Opinaba que, tarde o temprano, Axel les decepcionaría a todos. No podía decir por qué, y tuvo que reconocer que su convicción no tenía fundamento. Sin embargo, no creía equivocarse. Sentía cierta repulsión hacia el joven. Le parecía que sus modales afables y su gran encanto le servían de pantalla para ocultar algo que no podía adivinar.

La puerta se abrió y entró Inger.

— ¡Vaya! Qué perezosa eres —dijo alegremente—. Creí que tenías que estudiar tantas lecciones que no podías distraerte ni un momento.

— ¡Me siento holgazana hoy! — dijo Puck.

— ¡Imposible! —respondió Inger con su calma habitual—. No te quedará más remedio que estudiar.

Puck se sentó al borde de la cama. Después se levantó y alisó la colcha.

— Contigo no se puede hablar, Inger. Siempre acabas teniendo razón. ¡Claro que tengo que aprender esas odiosas lecciones!

Se dirigió a su mesa, se sentó y abrió un libro. Inger ya ponía en limpio su composición. Trabajaron un rato en silencio. Después, Puck apartó el libro y dijo:

— Casi me disputé con Karen. Lástima que no estuvieras aquí. Nos hubiera hecho falta un árbitro.

En aquel momento entró Navio y se instaló en su mesa.

— ¿De qué habláis? —preguntó.

— ¡Oh! — dijo Puck —. Sólo le contaba a Inger que por poco Karen y yo nos las tenemos, porque le dije que no compartía el entusiasmo general que despierta Axel.

— ¿Y por qué? —preguntó Navio—. Yo encuentro que es un tipo estupendo.

— Sí, estupendo, nadie lo duda —dijo Puck—. Pero ¿quién es en realidad?

— ¡Bah, y qué importa! Pero, ya que es tan gentil...

— Sí — deslizó Inger —, poco nos importa quien sea. Y ahora, ¿podréis callaros un ratito para que pueda terminar mi deber?

La discusión quedó así cerrada, pero Puck siguió cavilando.

* * *

El director Frank se levantó, consultó su reloj y comprobó que aún tenía tiempo para dar un pequeño paseo. Salió al vestíbulo, se puso su abrigo y bajó las escaleras. Al llegar abajo se encontró con Axel.

— Bueno, ¿qué hay? — preguntó alegremente el director—. ¿No estáis ensayando con el cuarteto?

— Sí, precisamente por eso he venido.

— Estoy deseoso de ver el resultado final.

El señor Frank saludó amistosamente con un gesto a Axel, y se dirigió al lago Ege. Axel le siguió con la mirada, y luego entró en el vestíbulo. En el comedor se oían voces; los componentes del cuarteto ya estaban reunidos.

Axel se dirigió al despacho del director y llamó a la puerta, al no contestar nadie, entró. Su mirada escudriñó el despacho y las estanterías donde se apilaban los libros. De repente, una leve sonrisa iluminó su cara y se dirigía hacia uno de aquellos estantes cuando la puerta se abrió. Axel se quedó clavado.

La señora Frank, desde la puerta, le miró muy extrañada.

— Buenos días — dijo ella.

Su tono era seco. Axel se turbó, pero se rehízo de inmediato y sonrió ampliamente.

— Venía a ver al director — dijo.

— Mi marido acaba de salir. ¿No se ha encontrado con él en la escalinata? — contestó lentamente la señora Frank.

Axel no contestó a la pregunta. Sólo dijo:

— Venía a preguntar de cuánto tiempo disponemos para el ensayo.

— Yo creía que era cosa decidida —contestó la señora Frank, cuya voz seguía siendo glacial—. Si no es así, puede disponer de una hora. ¿Le bastará?

Axel había recobrado su aplomo. Dio unos pasos descuidadamente, miró a la cara de la señora Frank y guiñó amistosamente los ojos.

— Será mejor que lo confiese —dijo—. Acabo de hablar con el

director, pero no es a él a quien quería ver; era a usted.

— ¿A mí?

La señora Frank levantó las cejas.

— ¿No vino a preguntarme de cuánto tiempo disponía para el ensayo?

— No — dijo Axel —. Sólo quería saber si sería posible que nos sirvieran un refresco, para el cuarteto.



La señora Frank sonrió más tranquila.

— ¡Haberlo dicho en seguida! — respondió riendo —. Claro que les mandaré un refresco, ya que trabajan tanto, y añadiré unos pastelillos.

Axel le sonrió de nuevo y salió. Ella le siguió un momento con los ojos y después bajó a la cocina para dar instrucciones a Thora.

* * *

El ensayo fue muy bien. Axel era un excelente director de música. Sentado al piano, con los cuatro cantantes a su alrededor, canturreaba para acompañar ya a una voz ya a otra, corregía, felicitaba, y las cancioncillas empezaban a quedar muy bien.

Puck, que estaba en la escalera, les escuchaba. Pero aún se sentía demasiado agitada interiormente para quedarse quieta. Bajó lentamente la escalera y, cuando llegaba al pie de la misma, la puerta de la entrada se abrió y entró Alboroto, más excitado que de costumbre, y jadeando casi sin aliento.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Puck—. Parece que estás muy nervioso.

— ¿Nervioso? ¡Y con motivos! —dijo Alboroto—. Vengo de la habitación del señor Strandvold. ¿Sabes lo que hemos descubierto?

— No. ¿Qué habéis descubierto?

— Que faltan sesenta coronas en el sobre que entregué al profesor. Tenía que haber ciento cincuenta en billetes de diez y sólo hay noventa. Nos habíamos olvidado el sobre en el alféizar de la ventana, y allí seguía cuando fui a recuperarlo. Estaba convencido de que estaba intacto. Pero, cuando contamos los billetes, hace un momento, nos encontramos con que faltaban sesenta coronas. ¡Si supiera quién las ha tomado. ..!

Puck miró a Alboroto. Tuvo una terrible sospecha, pero no podía decírselo. No lo hubiera entendido.

— ¿Qué piensas hacer? — le preguntó.

— Confesárselo todo al director —contestó Alboroto—. Pero he visto que se iba de paseo; por tanto, esperaré su regreso para contárselo con toda calma.

Puck se dirigió a la puerta de entrada y la abrió. Alboroto la siguió con la mirada, intrigado.

— ¿Adónde vas? —preguntó—. Si vas a salir, ponte un abrigo.

— No —dijo Puck—. No tengo tiempo. Es un recado muy urgente.

— ¡Cuánto misterio! —dijo Alboroto—. No irás en busca del dinero, ¿verdad?

—



— Algo hay de eso. No puedo decirte de qué se trata, pero tengo que comprobar algunas cosas.

— ¿Estás bromeando, o en serio piensas ir en busca del dinero desaparecido?

— Tengo que estar de vuelta para poder contestarte — dijo Puck con una sonrisita—. Pero vamos a prometernos que no diremos ni pío acerca de ese dinero desaparecido. Guardaremos el secreto; creo que de momento será lo mejor.

— Estamos de acuerdo. Pero tengo que poner al corriente al director. Tiene derecho a saber lo que ocurre en la escuela.

— Naturalmente. Hasta luego.

Puck bajó velozmente las escaleras. En el comedor seguían cantando, y la muchacha murmuró:

— Sí, cantad... Deseo con toda mi alma que sigáis cantando hasta mi regreso.



¿Sería por la conversación con Karen? ¿Sería la sensación de que ella tenía razón, aunque Karen no se la diera? ¿Sería por su instintiva desconfianza hacia Axel Svendsen?

Puck era incapaz de contestar. Pero, mientras se dirigía a todo correr hacia el portal, tenía la convicción de poder dilucidar el problema del dinero desaparecido. Claro que no tenía pruebas, pero tenía la ventaja de ser la única que sospechaba, la única que podría comprobar si sus sospechas eran fundadas, sin por ello acusar a nadie.

Si aquel problema no se resolvía, perjudicaría al ambiente de la escuela. Cada alumno se forjaría sus propias ideas acerca de la identidad del ladrón y reinaría la lógica inquietud. Sí, era *preciso* descubrir aquel misterio, y si los temores de Puck eran justificados, podrían poner un punto final a aquel asunto.

Franqueó el portón y siguió corriendo hasta los invernaderos. Pero creía, no sin razón, que el ensayo duraría aún media hora más, por lo menos; el tiempo suficiente para hacer lo que tenía pensado. Sin llamar la atención de nadie, Puck se disponía a registrar la habitación de Axel.

Puck llegó a la casa del horticultor.

Miró titubeando hacia el jardín, donde los arriates aún se veían medio cubiertos por la nieve y donde el señor Piil había montado

un verdadero pueblo de invernaderos, donde cultivaba hermosas flores, tanto en verano como en invierno.

Puck vio que el señor Piil se paseaba por un invernadero. Se deslizó con prudencia tras de la vivienda donde sabía que Axel tenía una habitación con una entrada directa. Puck entreabrió suavemente la puerta. La pieza estaba vacía. Era una habitación pequeña, muy agradable, con muebles sencillos, una cama, dos sillas, una mesa, un armario y una mesilla de noche. Delante de la ventana había una bonita lámpara.

Puck inspeccionó con detenimiento la habitación. Le costaría encontrar algún indicio. Incluso unos billetes de diez coronas no demostrarían nada. ¡Cualquiera tiene derecho a estar en posesión de sesenta coronas!

La muchachita dio unos pasos y su mirada recorrió el suelo en dirección al armario. De repente, algo despertó su atención. Sobre la alfombrilla, al lado de la cama, algo relucía.

Se arrodilló para verlo mejor. Era un trocito de mica, una materia de color gris claro, brillante, y, en sí, poco interesante.

Puck pensó, primero que era un trocito de metal. Se levantó y se disponía a marcharse, pero se detuvo de nuevo, pensativa.

Se acercó al armario y lo abrió. En el fondo habían unas botas de goma. Las sacó con cuidado y les dio vuelta, examinándolas con atención.

Estaban sucias; tenían tierra pegada en las suelas, naturalmente. Axel usaba aquellas botas para trabajar en el invernadero. A veces las llevaba todavía cuando iba a la escuela. Eran lo más indicado para la tierra húmeda y blanda de la primavera.

Pero a Puck le interesaban menos las botas que la tierra que llevaban en la suela. Porque en aquella tierra encontró fragmentos de la misma materia brillante que había recogido de la alfombrilla.

Y aquella materia sólo podía provenir de un sitio.

Aquel invierno pasado, cuando se hicieron mejoras para aislar mejor el pabellón de los profesores, los obreros habían intercalado entre la pared exterior y la pared interior aquel material brillante. Puck y sus amigos habían seguido aquellos trabajos con curiosidad. El edificio quedó aislado en un santiamén y los albañiles volvieron a colocar los ladrillos que habían quitado para efectuar la operación.

Pero no se había podido evitar que pequeños fragmentos de

aquella brillante materia se desparramaron sobre la nieve, alrededor de la casa. Y una vez fundida la nieve, aún quedaron trocitos en los arriates vecinos. Puck creía saber que un trabajo como aquél no se había efectuado en ninguna de las casas vecinas.

O sea, que el que llevaba aquellas botas se había acercado al pabellón de los profesores o había pisoteado los arriates. Axel, probablemente se limpiaba las botas una vez al día, lo que indicaba que la visita había sido efectuada aún no hacía veinticuatro horas.

Era fácil acercarse a la puerta sin ensuciarse el calzado: la entrada estaba enlosada. Por tanto, Axel debía haber pasado por los arriates. Era indudable.

Puck volvió a colocar las botas en su sitio, en el armario, y consiguió salir de la casa sin ser vista por nadie. El horticultor seguía paseándose por el invernadero, demasiado ocupado con sus amadas flores para preocuparse de lo que ocurría tras él.

Puck se dirigió a la escuela. Ya tenía una prueba irrefutable. Pero, para mayor seguridad, quería comprobar si todavía quedaban fragmentos de aquel material delante de la ventana del señor Strandvold.

Atravesó corriendo el césped, resbaló varias veces y poco le faltó para caer sobre la nieve antes de alcanzar su objetivo. Dio la vuelta a la casa. Allí estaba la habitación de Strandvold, allí estaba la ventana entreabierta sobre cuyo repecho Alboroto dejó el sobre.

Puck miró detenidamente el arriate que había al pie de aquella ventana y vio las huellas de unos pies, pero la tierra estaba demasiado húmeda para identificarlas con exactitud. Sólo se veía que alguien había pisoteado aquella negra tierra.

Puck estaba cada vez más segura de tener bastantes pruebas para desenmascarar a Axel, pero no se sentía contenta. ¡Qué pena tendría Alboroto, que tan contento estaba con la imprevista visita de su primo!

Subió la escalinata a toda velocidad, atravesó el vestíbulo y llamó a la puerta del señor Frank.

— Adelante.

Puck abrió la puerta y el director, sonriendo, la invitó a entrar.

— ¿Tienes algo importante que decirme? —le preguntó.

— Sí, eso es, precisamente —contestó Puck—. Pero no sé cómo empezar.

— ¿Acaso has roto algún cristal? —preguntó el director—. No sería la primera vez.

Puck no pudo evitar una sonrisa.



— No, no se trata de mí, es decir...

— Vamos —dijo el director—. Habla sin rodeos.

— Me figuro que Alboroto ya le habrá contado que han desaparecido sesenta coronas.

— Acabo de enterarme —dijo el director—. Es un asunto muy desagradable. Sesenta coronas no desaparecen así como así. Si hubiera desaparecido el sobre, podría creerse que simplemente se había extraviado; pero como no es éste el caso, hay que reconocer que ha habido un robo.

— Sí — dijo Puck —. Es indudable, y creo saber quién ha tomado el dinero.

— ¿De veras? —preguntó el director, muy asombrado—. ¿Por quién te has enterado?

Puck le explicó sus investigaciones. El señor Frank la escuchaba con las cejas fruncidas. Cuando terminó, dijo:

— Prefiero advertirte en seguida de que has obrado muy mal al emprender esas investigaciones. No se debe entrar en la habitación de nadie para registrarla. No tenías derecho a hacerlo.

Puck se ruborizó y miró al suelo.

— Ya lo sé, pero, sin la menor prueba, me parecía imposible hablar de mis sospechas...

— Comprendo tu argumento — interrumpió el señor Frank—, pero no es indispensable poder resolver siempre todos los problemas.

Puck miró de reojo al señor Frank y adivinó una sonrisa en los ojos de su director.

A veces demuestras ser una chica muy espabilada. En el caso actual, debo reconocer que has obtenido un resultado que merece ser estudiado. Desde luego, la persona que llevaba aquellas botas ha pisoteado el arriate. Muy bien observado. Pero no podemos hacer nada más hasta haber hablado con Axel. Les oigo cantar en el comedor; voy a buscarle. Tendremos una conversación tranquila, y nada ocurrirá. Pero no te quiero aquí mientras sostengo esta entrevista, que tiene que ser a solas con Axel. Sube aprisa a tu cuarto. Si es necesario, ya te llamaré después.

Dio una amistosa palmadita en el hombro a Puck.

— ¡Y recuerda que todo esto no es cosa que importe a tus amigas!

— Naturalmente. Sabré callar. Pero ¿quién se lo dirá a Alboroto? El director frunció las cejas.

— Sí; Alboroto... Lo siento por él. ¡Si pudiéramos prepararlo un poco!... Pobre chico... Es de muy buena fe, pero...

El señor Frank sacudió la cabeza.

— Tendremos que confiar en la Providencia — dijo —. Vamos.

El director inició el camino hacia la puerta, y Puck le siguió con mil ideas bullendo en su cabeza.



El director salió al vestíbulo. Puck le siguió.

— Sube aprisa a tu habitación — volvió a decirle, y Puck asintió.

Ya estaba al pie de la escalera y el director se disponía a entrar en el comedor, cuando se abrió la puerta principal y apareció Alboroto. Parecía tan alegre y despreocupado que a Puck se le oprimió el corazón.

— ¡Hola, Puck!

— Hola, Alboroto.

Pero Puck tenía la cara sombría y su voz carecía de inflexiones. Sus ojos buscaron instintivamente al director y se encontró con su mirada grave. Hizo una seña casi imperceptible con la cabeza como si quisiera decirle: «Puck, tienes que cuidarte de éste». Luego se volvió y entró en el comedor.

— ¡Bueno! —dijo Alboroto sonriente—. ¿Qué hay de nuevo?

¿De nuevo? ¡Por desgracia había demasiadas novedades! Pero ¿cómo decírselo?

Puck no contestó de inmediato. Alboroto la miró con expresión interrogante.

— ¿Qué ocurre? Tienes una cara rara.

— ¿Rara? ¿Qué quieres decir?

— Sí; como si tramaras algo. ¿Te ha llamado el director para darte una reprimenda?

— No, no he tenido sermón. Lo que pasa es que... Mira, tengo que decirte una cosa, Alboroto. ¿Quieres dar un paseo por el jardín?

— ¡A bodas me convidas! Dejaré de lado mis deberes.

— Voy a ponerme el abrigo.

Alboroto abrió la puerta de la entrada y tomaron el camino que atravesaba el parque y llevaba a la entrada principal. Con la mirada baja, Puck se preguntaba cómo podría explicar a Alboroto lo que pensaba de su primo.

El director le había encargado una misión penosa, pero se lo había merecido. Fue su sospecha la que había desencadenado la investigación; por tanto era su deber hablar con Alboroto. Era preciso prepararle para una explicación que, en un momento dado, sería indispensable. Pero era difícil, terriblemente difícil. Alboroto se sentía tan orgulloso de su primo y tan contento de su presencia... ¿Sería necesario decepcionarlo?

— Bueno — dijo Alboroto, al cabo de un momento de silencio —. ¿Qué querías contarme?

— Ah... —dijo Puck—. La cosa no es sencilla... Incluso es muy complicada... ¡Y es tan estúpido! —añadió casi encolerizada.

— Sea lo que sea, será mejor que lo sueltes — respondió riendo Alboroto—. Estoy ardiendo de impaciencia. ¡Tiene que ser un acontecimiento excepcional para que te muestres tan misteriosal ¡No es tu estilo!

— No —dijo Puck, deteniéndose—. No es mi estilo. En general, hablamos fácilmente tú y yo. Pero me temo que esta vez no sea así..., y que me guardarás un rencor mortal cuando te lo haya dicho.

— ¿Guardarte rencor? —Alboroto se echó a reír—. Dios mío, ¿cómo podría enfadarme contigo? No, no; habla, soy todo oídos, y te escucharé con gran benevolencia. ¡Adelante!

Puck respiró hondo. Ya no podía retroceder.

— Se trata de Axel — dijo.

— ¿De Axel? —Alboroto pareció muy sorprendido—. ¿Axel? Si no me engaño, está ensayando con nuestros amigos en este momento.

— No — contestó Puck —. Está hablando con el director.

— ¿De qué?

— De... de... de las sesenta coronas que han desaparecido □dijo Puck.

¡Ya lo había dicho!

— Siento en el alma decirte esto — siguió Puck —, pero parece que Axel ha robado este dinero.

— ¿Axel? ¡Imposible!

Alboroto sacudió enérgicamente la cabeza y añadió:

— Sería mejor que no contaras cuentos de ladrones. Es una broma de muy mal gusto.

□¡No! —protestó Puck—. No se trata de una broma, y no lo digo para apenarte, Pero, si no me equivoco, Axel no es exactamente el muchacho que te figuras. ¿Recuerdas la primera vez que nos encontramos con él? Me confesaste que apenas le conocías, que llevabas mucho tiempo sin verle, que tu padre y el suyo estaban algo reñidos. Y de repente comparece y apenas si se mueve de la escuela. Es muy astuto: es a la vez inteligente, hábil y muy entendido en todo: esquía de maravilla, toca el piano como un

profesional, pero...

Se detuvo. ¿Cómo explicarle lo demás?

— ¿Por qué me dices todo esto? —preguntó Alboroto un tanto irritado.

Puck estaba desesperada.

— Es muy difícil de explicar, pero hay algo en Axel que me parece misterioso y solapado. ¿Recuerdas que te pidió que no dijeras nada a sus padres de su llegada? Con seguridad que es porque...

— ¡Simplemente, porque quería darles una sorpresa, al escribirles que tenía un empleo! — dijo Alboroto con tono definitivo —. Se alegraba de poder anunciarles la buena noticia, pero antes quería asegurarse. Lo encuentro muy gentil por su parte, y creo que no hay razón alguna para esgrimir este argumento contra él.

— Puede que tengas razón... y puede también que Axel no haya querido que hables de él porque...

— Porque ¿qué?

En la voz de Alboroto había un reto.

— Porque tenía miedo de revelar dónde se oculta — dijo Puck —. No puedo probar lo que te digo, Alboroto, no te enfades. Tenemos que llegar al fin de nuestra conversación. Es raro que Axel haya llegado tan de imprevisto y que se haya rodeado de tanto misterio. Pretende haber trabajado en distintos talleres en la ciudad, pero suena a falso. De todas maneras, algo disimula... Quizás Axel se ha escapado de algún correccional... Se oculta aquí y tú le ayudas para que Piil le dé un empleo. Perfecto. Vive casi todo el día en la escuela. Llegó sin equipaje. Todo esto parece extraño.

¡Vaya! ¿Eso crees tú? —preguntó Alboroto y Puck se dio cuenta de que estaba francamente molesto—. A decir verdad, no deberías mezclarte en esos cotilleos. Tú misma confiesas que eres incapaz de probar esto o aquello y, sin embargo, te obstinas en acusar a mi primo de toda clase de delitos. ¡En mi vida he oído una cosa parecida!

— ¡Tengo pruebas! —dijo Puck—. Claro que no estoy segura de que haya escapado de un correccional. Pero encuentro que su comportamiento es muy extraño. Y a todo ello hay que añadir las sesenta coronas.

— Y ¿qué pintan las sesenta coronas? —preguntó Alboroto.

— Sabes de sobra que ese dinero ha desaparecido. El ladrón fue muy astuto al no tomar todos los billetes del sobre. Eso le daba tiempo para escapar antes de que el robo fuera descubierto. Pero pensé en el acto en Axel. ¿Quién más, aparte de él, podría tomar ese dinero?

— ¡Qué ideas se te ocurren! —exclamó Alboroto—. ¿Por qué tiene que ser Axel?

— Conserva la calma y atiéndeme —insistió Puck—. En la habitación de Axel encontré sus botas, en las que aún había tierra mezclada con mica, material que utilizaron para aislar el pabellón de los profesores. O sea que Axel pisoteó los arrietes que rodean el pabellón; se ven sus huellas hasta debajo de la ventana que el señor Strandvold había abierto. Es de una sencillez infantil; no cabe la menor duda. Y cuando me acusas de chismosa, te equivocas. Además, en este momento, el director estará hablando con Axel. Si tiene la conciencia tranquila, sabrá contestar. Pero hay que aclarar este asunto del robo, si no, todo el mundo desconfiará de todo el mundo y...

Puck encontró la mirada glacial de Alboroto.

— Atiéndeme — le dijo ella suplicante.

Pero Alboroto ya no quería escucharla más. El chico dio media vuelta y se dirigió hacia el bosque.

Puck lo siguió con la mirada, desconsolada. Su buena amistad con Alboroto parecía haber terminado. Alboroto le había vuelto la espalda, literalmente. Y todo porque ella tenía unas sospechas que parecían estar justificadas.

Puck apretó el paso para alcanzarle. ¡Aún no le había dicho la última palabra! Cuando estuvo cerca de él, prosiguió:

— Mira, Alboroto; quisiera que fueras justo, que pensaras en los motivos que me han obligado a contarte todo esto. No lo hago para disgustarte, sino para que no te pille de improviso. Imagínate qué situación sería la tuya si, al volver a la escuela sin saber nada, te encontraras con que Axel...

Alboroto no contestó nada, pero apretó el paso, y al final echó a correr. Después de intentar seguirle en vano, Puck se detuvo y Alboroto desapareció entre los árboles. ¡Puck comprendía tan bien lo que debía de sentir el muchacho!

Volvió lentamente a la escuela, con la extraña sensación de, a la vez, haber ganado y perdido una batalla. Había encontrado la prueba que salvaría el ambiente de la escuela, alejando las dudas injustificadas. Había descubierto al verdadero culpable y puesto fin a sus actividades. Pero, al mismo tiempo había perdido la amistad de Alboroto. Éste estaría pensando que Puck era mala, embustera, llena de alegría perversa.

Mientras Puck volvía a Egeborg, Alboroto seguía errando por el bosque. Caminaba sin rumbo fijo, presa de sentimientos contradictorios. Lo que su amiga le había contado le había llenado de ira. Además, la actitud de Puck era incomprensible. ¿A qué venían, de repente, todas aquellas sospechas y acusaciones? ¿Por qué quería incitar a los demás contra Axel? ¿Axel, que había sido tan gentil con ellos! ¿Axel que les había traído como una bocanada de aire fresco!

Alboroto no encontraba respuesta para aquellas preguntas, lo que sí sabía era que, si Puck hubiera sido un muchacho, se habrían liado a puñetazos. No sentía ningún deseo de volver a la escuela, de soportar las miradas maliciosas de sus compañeros.

Se daba cuenta de todas las ventajas que había sacado con la llegada de aquel primo lleno de simpatía y habilidades. Y ahora..., si la acusación de Puck estaba justificada... ¿Por qué no volver a la escuela y gritarles que Axel era incapaz de... incapaz de...?

¿Incapaz? ¿Axel?

Alboroto sacudió la cabeza; no podía concentrar sus pensamientos. De repente, le asaltó una duda. Una duda que iba creciendo. ¿Y si Puck, a pesar de todo, tuviera razón?

¿Era posible que Axel hubiera robado el dinero y hubiera fingido? Puck tenía razón al decir que había llegado de repente, en unas circunstancias imprevistas, que se había presentado sin equipaje. ¿Por qué tenía que ocultar su presencia allí?

Todos aquellos secretos parecían raros. ¿Tendría Axel, algo que encubrir? Y pensaba en el pasado. Alboroto recordaba a Axel, el muchacho que se atrevía a todo, que se burlaba descaradamente de las prohibiciones de los mayores, que no hacía más que lo que le daba la gana. El muchacho recordaba que su padre dijo un día: «Axel tiene un carácter muy difícil, me temo que cometa muchas tonterías...»

Alboroto se dio cuenta de que las palabras de Puck se le metían cada vez más adentro, y retrasó el momento de volver a la escuela. ¡Imposible mirar a la cara a sus compañeros después de aquello! Se sentía ya demasiado avergonzado y humillado para reunirse con ellos con su alegría habitual. Hubiera querido poder huir, dejar tras él todo aquello.

Con las manos metidas en los bolsillos, no levantaba la vista del suelo. Se dirigió hacia el lago Ege. El suelo estaba embarrado y húmedo. En los rincones sombreados aún había nieve.

La primavera se acercaba. Las olas con sus rizos de espuma no tardarían en reemplazar el hielo gris. Alboroto caminaba arriba y abajo por la orilla del lago. A lo lejos, al otro lado de la bahía, veía los árboles que rodeaban la escuela. Pero no tenía ganas de volver; no en aquel momento. Quería permanecer allí, a solas con su decepción, con sus preocupaciones.

* * *

El director abrió la puerta y se quedó un momento en el umbral mirando a los cuatro cantantes que formaban un medio círculo alrededor del piano. Axel les dirigía y les acompañaba al mismo tiempo. Sabía cómo hacerlo, conseguía hacerles cantar con entusiasmo. La imagen de aquellos cinco muchachos era el símbolo de la despreocupación y el director hizo una mueca.

Se sentía violento ante la idea de decepcionarles, y el papel de juez de instrucción no le gustaba en absoluto. Por otra parte, era indispensable aclarar aquel asunto, y la prueba que Puck le había dado le parecía tan importante que no le cabía la menor duda acerca del resultado de la entrevista que iba a tener con Axel.

Sin embargo, le supo mal interrumpir el canto. Aguardó el momento en que Axel terminó la canción. Después carraspeó y se acercó a los ejecutantes.

— Cantáis muy bien — dijo sonriéndoles a todos —. Debo reconocer que habéis hecho grandes y rápidos progresos.

Luego se dirigió a Axel.

— He venido porque tengo algo que decirle.

La mirada de Axel vaciló un momento, después contestó:

— Encantado, pero aún tenemos otro número del programa. Me gustaría ensayarlo antes.

— No —contestó brevemente el director—. Me temo que deb

o interrumpir el ensayo. Lo que me trae aquí es algo muy grave.

Se dio cuenta de la decepción que se reflejaba en la cara de los cuatro cantantes. Axel se levantó lentamente y cerró el piano.

— ¡De acuerdo! ¡Por hoy hemos terminado!

Saludó a los cuatro miembros del cuarteto y se dirigió hacia la puerta, fingiendo un aire de despreocupación. Pero su tensión nerviosa era visible.



— Bien —dijo el señor Frank—. Iremos a mi despacho.

Entraron en el despacho, y el director cerró la puerta.

— Siéntese —le dijo indicándole un sillón.

El joven se sentó. El director se paseaba arriba y abajo, molesto, pensando en la conversación que le esperaba. Por fin se detuvo frente a Axel y le miró gravemente.

— Me he enterado de una cosa muy lamentable. Han desaparecido sesenta coronas de un sobre que contenía el importe de los billetes de lotería vendidos estos últimos días.

Se encontró con la mirada de Axel, a la vez asombrada e inocente. Por un momento, el director estuvo a punto de renunciar a su interrogatorio. Le parecía casi imposible creer que el culpable pudiera hacer gala de una mirada tan franca, tan abierta.

Sin embargo, habiendo empezado su perorata, tenía que seguir.

— Naturalmente hemos hecho investigaciones — prosiguió el señor Frank—. Lamento que sea necesario, pero ante una situación como ésta, no se puede pasar nada por alto. Para la escuela, es de una importancia capital encontrar al ladrón. El dinero en sí, cuenta menos que el principio de honradez.

— Lo comprendo perfectamente — contestó Axel, a la vez

interesado y solícito—. Si puedo ayudarle en lo que sea...

— Precisamente, cuento con usted.

— Le ayudaré con el mayor placer — dijo Axel.

Pero el director creyó ver un ligero temblor alrededor de sus labios y unas manchas rojizas de nerviosismo en el cuello. Pero sus ojos seguían sonrientes y claros.

□ Nos facilita mucho la tarea al declarar que nos ayudará — dijo el señor Frank—. Permítame que le cuente lo que ha ocurrido. El sobre en cuestión quedó olvidado en el antepecho de la ventana de la habitación del señor Strandvold, en el momento preciso en que todos los alumnos estaban reunidos en el comedor para el almuerzo. No fue difícil hacer la cuenta de las personas que no podían encontrarse complicadas en el robo; los alumnos reunidos en el comedor, los criados reunidos en la cocina... Por tanto, el ladrón no formaba parte de la escuela.

— ¿Hay muchos vagabundos por aquí? —preguntó Axel con aire interesado.

— Siempre los hay, naturalmente. Si el robo lo hubiese cometido algún vagabundo que se hubiera colado a través del parque no tendríamos muchas posibilidades de atraparlo. Pero, por fortuna, no es éste el caso. A principios de invierno, se usó cierto material brillante, mica, para impermeabilizar el pabellón de los profesores, y todavía quedan rastros de él en los arriates. El que se acercó a la ventana fatalmente llevará rastros de esta tierra húmeda, impregnada de fragmentos de mica en sus zapatos.

— Parece una novela policíaca — comentó Axel.

Seguía sonriente, pero las manchas rojizas de su cuello eran más aparentes, y al director le pareció ver unas gotitas de sudor en su frente.

— Sí, casi es como una novela policíaca, con la diferencia de que en las novelas policíacas se ve con alegría cómo se descubre al culpable, mientras que nosotros nos acercamos al punto final con bastante inquietud. Es por eso que le he invitado a venir aquí.

— Pero ¿qué tengo yo que ver en esta historia?

El director se detuvo delante del sillón de Axel y miró al joven con aire preocupado.

— Hemos encontrado fragmentos de mica en la tierra que quedó pegada en sus botas —dijo lentamente—. Estamos convencidos de

que fue usted quien tomó el dinero.

Axel se sobresaltó como si hubiera querido saltar del sillón. Pero el señor Frank permanecía ante él, quitándole toda posibilidad de huir. El director era un buen deportista y estaba en forma. Axel aquilató sus posibilidades y comprendió que eran poquísimas.

En el mismo momento sonó el teléfono. El director lo miró pero no se movió.

El teléfono seguía llamando. Los ojos de Axel iban del aparato al director.

— ¿No quiere saber quién llama? —preguntó.

— No —contestó el señor Frank—. ¡Que siga llamando! Antes quiero terminar con usted. Estoy convencido de que usted sabe dónde están las sesenta coronas. Estoy dispuesto a no denunciar este asunto, por su primo, si quiere devolver el dinero y abandonar la escuela y la región. Pero, a cambio, exijo que me cuente todo el asunto detalladamente y que confiese su robo.

El teléfono sonó de nuevo. Axel dijo:

— Quizás es algo importante, ya que insisten...

— No se preocupe —dijo el director—. Antes me gustaría conocer su respuesta.

— Sólo tengo una: es una acusación repugnante y no la acepto. Además, no pueden probar nada y no encontrarán el dinero. No lo he robado y no tiene derecho a acusarme.

— Admitiendo que mi primera prueba no sirva, la segunda es de peso y no veo razón alguna para que sigamos con la comedia. Dígame la verdad y después salga de la escuela.

— ¡No voy a reconocer nada de nada! —protestó Axel—. No soy culpable. ¡No puede probar nada!

El teléfono sonó de nuevo. El director se agitó un poco. ¿Por qué aquella insistencia? ¿Se trataría de algo grave? Las telefonistas de Oesterby sabían que a veces era necesario llamar varias veces, pero nunca habían insistido tanto.

— Coja el teléfono de una vez — dijo desdeñosamente Axel —. No me escaparé.

El director no se movió. La puerta del vestíbulo se abrió y entró la señora Frank. Estuvo a punto de formular una pregunta, pero de repente se hizo cargo de la situación. Como el teléfono seguía llamando lo descolgó.

— Diga... Sí...

Escuchaba con atención. Sus ojos se encontraron con los de su marido. Ambos estaban graves. Se comprendía que la señora Frank se estaba enterado de cosas muy importantes.

— ¿Qué aspecto físico tiene? — preguntó.

Después escuchó de nuevo y tomó unos apuntes.

— Sí —dijo después—. No cabe la menor duda. La descripción corresponde exactamente.

El director ignoraba el tema de la conversación, pero Axel, por el contrario, parecía comprenderlo. Se apoyó en los brazos del sillón y se levantó. La señora Frank colgó el teléfono.

— ¿De qué se trataba? —preguntó el director.

— Luego te lo diré.

Su marido no insistió. Se volvió de nuevo hacia Axel.

— Explíqueme qué ha hecho con el dinero —repitió el director pacientemente.

— ¡Jamás lo encontrará! — exclamó Axel.

Inmediatamente se dio cuenta de que se había traicionado.

— ¿Qué quiere decir con eso?

— Que no tomé el dinero — balbuceó Axel.

La voz se le quebró, sus nervios ya no resistían más.

— ¡No he robado nada! ¡Me calumnian!

Las últimas palabras fueron casi un grito.

— ¡Me voy! ¡Terminen solos su concierto y todas sus estupideces!

Se acercó a la puerta y el director le puso una mano en el brazo.

— ¡Sea sensato! No se precipite hacia una situación que de todas formas no tendría salida. Sabemos que usted tomó el dinero. Acaba de reconocerlo. Devuélvalo y márchese de la escuela, nada le ocurrirá.

La señora Frank dio un grito.

— ¡Ah, no, no podemos!...

Su marido se volvió a mirarla, extrañado.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó.

Pero la señora Frank fue incapaz de dar ninguna explicación. Axel la miró y se echó a reír. Una carcajada breve y brutal.

— ¡No, Frank! No puede usted prometer nada. ¡Su esposa tiene toda la razón! Yo, yo sé lo que le han dicho por teléfono. Pero

¡nadie me atrapará! Antes de que vengan a buscarme me habré escapado, de esto puede estar bien seguro. No tendrá ninguna confesión ni el placer de retenerme aquí. ¡No admito sus acusaciones y sus pruebas! ¿Creyó que podría tumbarme con tan poca cosa?... ¡No! Si hubiera podido enseñarme el dinero y demostrar que yo lo había robado, aún... Pero unos terrones de tierra mezclados con mica no demuestran nada, nada en absoluto, y pueden registrar mi habitación de arriba abajo, pueden registrarme a mí también, pero ¡no encontrarán ese dinero!

— ¿Lo ha escondido en algún lugar? —replicó el director—. Se quedará aquí y terminará por confesar.

Reinó un silencio tenso. De repente, la señora Frank exclamó:

— ¡Ah! Me parece saber...

Se volvió a Axel.

— Usted entró aquí... Yo le vi... No tenía nada que hacer aquí. ¿Qué andaba buscando?

El señor Frank miró asombrado a su esposa. En los labios de Axel se dibujó una sonrisa burlona.

De repente, el señor Frank tuvo una idea.

— ¡El libro de Chopín! —exclamó—. Sé que lo tenía usted cuando la señorita Fagerlund salió del comedor. ¿Dónde estará este libro?... Sí, allí lo puse.

Se acercó a la estantería para tomar el libro y, en el mismo momento, Axel dio un salto hacia la puerta y salió corriendo. El director se volvió, pero el joven ya le llevaba la delantera. Tiró el libro sobre la mesa y salió tras él. El libro cayó al suelo. Al inclinarse la señora Frank para recogerlo, vio seis billetes de diez coronas sobre la alfombra.

* * *

Puck estaba perpleja. ¿Y si probara de nuevo a hacerse entender por Alboroto? ¿No habría sido un error abandonar tan pronto la partida?

Mientras meditaba, seguía su camino hacia la escuela. Pensaba que no lograría convencer a su amigo. No quedaba más remedio que dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

Se acercaba al edificio principal cuando oyó batir una puerta con fuerza y vio que Axel bajaba la escalera a toda velocidad para precipitarse hacia el parque. Después la puerta se abrió de nuevo y

apareció el señor Frank. Echó a correr tras Axel, que ya había tomado una buena delantera.

Al ver a unos alumnos que estaban cerca de la casa, Puck se dirigió hacia ellos gritando:

— ¡Detenedle! ¡Detenedle!

Pero los muchachos no parecieron comprender ni sus gritos ni sus gestos hasta que Puck se reunió con ellos y les explicó de qué se trataba.

Fue una carrera desenfrenada a través del parque.

Los chicos formaron cadena para intentar cercar al fugitivo y cortarle la retirada. Cuando Axel se dio cuenta, perdió la cabeza. En lugar de intentar romper la cadena, cosa que hubiera podido hacer, se atolondró y cambió de dirección.

Lo más sensato hubiera sido dirigirse hacia el interior de la región, pero corrió con todas sus fuerzas hacia el lago Ege.

Puck, desde el principio, renunció a la persecución. También renunció a formar parte de la cadena, consciente de que no podría evitar dejar pasar a Axel.

Así, Puck, permaneció cerca de la escuela.

Pronto se abrió la puerta tras ella y apareció la señora Frank.

— ¿Dónde están? —preguntó—. ¿Lo han detenido? ¿Dónde está mi marido?

□Ahora no veo al señor Frank — contestó Puck —, pero hace un momento corría entre los árboles, por allí, y unos cuantos alumnos mayores le ayudan a detener a Axel. ¿Qué ha ocurrido?

— Mi marido le llamó a su despacho y le explicó sus sospechas. Encontré el dinero; lo había escondido dentro de un libro que le prestó la señorita Fagerlund. Pero, naturalmente, Axel lo negó todo. A pesar de eso, estaba muy nervioso y, en cuanto pudo aprovechar una ocasión de huir, lo hizo.

— ¡Pero le atraparán! — dijo Puck.

— Naturalmente — dijo la esposa del director, cuya mirada no dejaba de recorrer el parque—. Naturalmente, pero tienes que saber lo que pasó en el despacho. El teléfono llamó y mi marido no se atrevía a contestar, temiendo que Axel escapara. Entonces llegué yo y contesté... ¡Era la policía! Han seguido la pista de Axel hasta aquí y no tardarán en venir en su busca.

— ¿Hasta aquí? ¿Qué pista?

— Se escapó de un correccional —dijo la señora Frank.

Puck abrió mucho los ojos.

— Exactamente lo que me temía. Tuve miedo desde el principio, pero no sabía explicarme por qué Axel no me inspiraba confianza. Al ver como todos se extasiaban ante él, empecé a pensar en su misteriosa llegada. Pidió a Alboroto que no escribiera a sus padres que Axel estaba aquí, nadie tenía que saberlo, y llegó sin ninguna clase de equipaje.

— ¡Pues así es! —exclamó la señora Frank—. Dentro de un momento vendrán a buscarle.

* * *

Eran numerosos sus perseguidores. Por mucho que Axel corriera, siempre se encontraba con algún muchacho que le seguía. Muchachos de cara resuelta y firme, de movimientos rápidos, que nunca perdían el contacto entre ellos. El círculo se cerraba en torno a Axel, que se acercaba ya al lago Ege.

Presa de pánico, se detuvo un instante, miró a derecha e izquierda, y luego, tomando una decisión desesperada, se lanzó sobre el lago helado.

Los otros muchachos dieron un grito, pero se detuvieron a la orilla del lago. Perseguirle por allí era una locura en la que arriesgarían las vidas. El deshielo ya había empezado y el hielo podía romperse. Un hombre solo quizá consiguiera atravesar la bahía, pero muchos a la vez no podían ni intentarlo.

Fue la gran oportunidad de Axel. Corría sin pensar en nada, con la única idea de escapar. La libertad estaba ante él si conseguía llegar a la orilla del lado del bosque. Los otros no tendrían tiempo de dar la vuelta al lago ni se atreverían a cruzarlo sobre el hielo.

¡Estaría a salvo!

Dos o tres veces sintió crujir el hielo bajo sus pies, pero no prestó atención. Corría tan aprisa que ni veía lo que ocurría a su alrededor. Oía gritos a lo lejos. La distancia que le separaba de sus perseguidores se hacía cada vez mayor. Se habían quedado en la orilla.

Axel echó una mirada hacia atrás mientras corría hacia el bosque: allá estaban todos, agitando los brazos y gritando, lo que de nada les servía. ¡No le atraparían! ¡Era libre! ¡Libre!

Si Axel hubiera mirado ante él, quizás hubiera podido evitar el

accidente.

El hielo crujió cuando se hundió hasta la cintura en el agua. En vano intentó salir; cada vez que su pie tocaba el borde del hielo, éste se rompía y Axel volvía a caer dentro del agua negra y glacial. Se hundió más en ella. Gritó de miedo, intentando mantenerse en la superficie. El hielo se rompió de nuevo y el lago era demasiado profundo para que pudiera hacer pie en el fondo.

Gritó pidiendo socorro, mortalmente angustiado.

De repente vio aparecer una silueta en el lindero del bosque. Agitó un brazo y gritó. Se trataba de llamar la atención de aquel paseante para que le socorriera antes de que sus perseguidores dieran la vuelta al lago. Axel hizo otro ademán pidiendo socorro y la silueta se acercó. Con profundo alivio, Axel reconoció a Alboroto.

Paseando por el bosque, Alboroto había oído los gritos y, al llegar cerca del lago, vio a Axel y comprendió que era cuestión de minutos el poder salvarle. Miró a su alrededor y vio en el suelo una gran rama hendida. La llevó hasta el hielo, y boca abajo, avanzó arrastrándose sobre el hielo, empujándola ante sí. Pronto quedó completamente mojado y se estremeció de frío. Pero se acercaba al agujero.

— ¡Agarra la rama! ¡Pronto! Voy a sacarte de aquí...

Axel obedeció. Alboroto tiró del otro extremo de la rama y, con un esfuerzo supremo, consiguió subir a su primo sobre el hielo.



— ¡No te levantes! —le gritó—. Tienes que arrastrarte como yo, sino, atravesarás de nuevo el hielo.

Axel obedeció.

Alboroto fue retrocediendo hasta que sintió la hierba bajo sus pies. Entonces se puso de pie, Axel hizo lo mismo. Se sentía muy deprimido, pero una sonrisa triunfante se dibujaba en sus labios. ¡Por fin había conseguido la libertad!

— ¡Oye, viejo! ¡Es estupendo haberlo conseguido! — exclamó encantado Alboroto.

— ¡Siempre saldremos con bien! —contentó su primo.

Daba diente con diente, pero su moral volvía a estar alta.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Alboroto.

— ¿Pasado? Nada. Pude escapar de ellos.

— Sí..., pero ¿por qué te perseguían?

— ¡No hagas tantas preguntas! —replicó brevemente Axel—. Es mejor que me des tu chaqueta. Necesito entrar en calor. Y me largo... Adiós.

— No — dijo Alboroto poniendo una mano sobre el hombro de Axel—. ¿Adónde irás? Hay que regresar y conseguirte ropa seca.

— ¡Por nada del mundo! — dijo Axel —. Apártate y déjame pasar.

Alboroto le miró extrañado. Todo lo que Puck le había revelado se leía literalmente sobre aquella cara cínica y dura.

— Fuera de aquí — repitió lentamente Axel.

— Sí, pero antes tienes que contestarme... ¿Es verdad lo que creen? ¿Que tú..., que tú...?

No, era incapaz de decirlo. ¡Si Axel por lo menos le contestara!

— Haces demasiadas preguntas — dijo éste —. Quitá la mano de mi hombro, si no me veré obligado a...

— ¿Es verdad o no es verdad? — repitió Alboroto.

□Y a ti ¿qué te importa? ¿Crees que es fácil vivir sin dinero? ¿Crees que es fácil arreglárselas con cuatro miserables cuartos que se ganan en casa de un horticultor imbécil? ¡Tengo otras costumbres! ¡Tendrías que vernos cuando actuábamos varios! ¡No había ni un coche que estuviera a salvo de nuestra banda! ¡No había truco que no conociéramos! Nadábamos en la abundancia hasta que los de la «poli» nos lo estropearon todo. Pero ya nos volveremos a reunir... Y ahora, ¡apártate de aquí lo más aprisa que puedas, chiquillo!

En los ojos de Alboroto se veía ira y también desesperación. Las nuevas palabras que Puck le guardaba para evitarle una decepción eran innecesarias, porque Alboroto ya no creía en Axel.

Aquella decepción le azotaba la cara, y su ira explotó:

— ¡No! Puedes estar seguro de una cosa: no te voy a soltar — contestó con los dientes apretados—. No tendrás oportunidad de escapar.

Axel le propinó un puñetazo, pero Alboroto esquivó el golpe

agachándose. Rodaron por la nieve y el barro. El uno intentando soltarse y el otro agarrándose a él. Los golpes llovían, pero Alboroto ni los notaba. Para él se trataba de aguantar... Aguantar... Los socorros no podían tardar ya mucho.

Y los socorros llegaron.

Los muchachos habían atravesado el bosque y, formando un círculo alrededor de los luchadores, se echaron sobre el fugitivo.

* * *

Fue el final de la aventura. Y la vida normal reanudó su curso. La policía había llegado, Axel firmó una confesión de sus delitos y se lo llevaron con el coche.

Sin embargo, en el pensionado reinaba un ambiente raro.

Aquellos violentos acontecimientos habían dejado huella en todos. La señorita Fagerlund se retiró a su habitación y no dijo nada del asunto. El cuarteto se calló, por lo menos de momento... Chicos y chicas que habían admirado a Axel como esquiador y como pianista, notaban de repente que tenían amplios temas para meditar. Aquella transición brusca entre la alegría sonriente y una profunda tragedia les afectaba a todos. Alboroto se encerró en su habitación y los demás le dejaban en paz.

Puck, por su parte, subió al «Trébol de Cuatro Hojas» con lágrimas en los ojos, porque aquellos acontecimientos habían sido un golpe para ella. ¡Y le habían planteado tantos problemas!...

Permanecía en su habitación con la mirada perdida. Se anunciaba la primavera y con ella vendrían los exámenes, otra fuente de preocupaciones. Los acontecimientos violentos se difuminarían como recuerdos muy lejanos, de los cuales se hablaría sin pasión.

Llamaron a la puerta y, casi antes de que Puck contestara, apareció Alboroto.

— ¿Puedo verte un momento, Puck?

— Claro que sí.

El muchacho se sentó. Hubo un momento de silencio. Después, Alboroto tomó la palabra.

— Sólo he venido a decirte que todo va bien.

— ¿Va bien?

— Sí —contestó Alboroto—. Lamento haberme enfadado contigo cuando nuestra conversación en el bosque.

— Te comprendo — dijo Puck —. Pero, te ruego que me creas, no quise afligirte; todo lo contrario. Quería evitarte una decepción.

— Ahora lo comprendo — respondió Alboroto —. Así, pues, ¿estamos de acuerdo en poner cruz y raya sobre todo este asunto?

— Sí —dijo Puck mientras sonreía feliz—. Soy de tu parecer. ¡Estos días han sido fatales!... ¿Volvemos a ser buenos amigos, Alboroto?

Él se echó a reír.

□¿Volver a ser? —exclamó—. Nunca hemos dejado de ser buenos amigos, Puck. Y, sin embargo, créeme que llegué a tenerte rencor...

— Comprendido y olvidado. ¡Lo que no olvidaré es que tuviste un valor extraordinario! — dijo Puck —. ¡Qué valiente fuiste luchando!

Alboroto levantó un dedo.

— ¡Recuerda que estos días se han borrado del calendario!

— ¡Perdón! —dijo muy sonriente Puck—. No lo olvidaré nunca más.

FIN